MANUEL CARRERA STAMPA

LOS GREMIOS MEXICANOS

La organización gremial en Nueva España

1521-1861

PROLOGO DE

RAFAEL ALTAMIRA

COLECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICO-ECONÓMICOS

MEXICANOS

DE LA

CÁMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA DE TRANSFORMACIÓN

I

F.D.I.A.P.S.A.

Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, S. A.

MEXICO, D. F.

1954

BE 20818

CLASIF. 472.2
ADQUIS. 1951
FECHA: 1951
PROCED. Donación del autor

Derechos reservados,
propiedad del autor.

Inventario'80

BIBLIOTECA
Justino Darandaz
IIE U. N. A. M.

CLASIF.
ADQUIS.
FECHA Dic. 1984
PROCED. Donación
S.

LIBRERÍA

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

CONTENIDO

Prólogo de Rafael Altamira	XI
Advertencia	1

CAPÍTULO I

La corporación gremial en la España del siglo XVI y su proyección en las Antillas Mayores	7
---	---

I. *Los gremios en España durante la primera mitad del siglo XVI*: 1. La vida artesana, 7. 2. El poder municipal. 9. 3. Jerarquía gremial, 10. 4. capital y trabajo, 13. 5. La cofradía. 15. 6. Proyección de la manufactura, 16.—II. *Los gremios en Santo Domingo y Cuba*: 1. Noticias sobre la institución gremial, 19.

CAPÍTULO II

Organización jerárquica del gremio	25
--	----

I. *Los aprendices*: 1. Edad mínima, 25. 2. Heredad en el oficio, 26. 3. Enseñanza, 26. 4. Contrato de trabajo, 27. 5. Obligaciones del aprendiz, 29. 6. Duración del aprendizaje. 30. 7. Número de aprendices. 31. 8. Obligaciones y derechos del maestro. 32. 9. Terminación del contrato de trabajo, 35. 10. Rescisión del contrato de aprendizaje, 36. 11. Excepciones de contrato, 37.—II. *Los oficiales*: 1. Requisitos, 37. 2. Examen, 38. 3. Carta de examen o título, 41. 4. Obligaciones de los oficiales, 42. 5. Otorgación de la carta de examen. 43. 6. Importancia del título, 44. 7. Privilegios, 45. 8. Contrato de oficialía, 46. 9. Salario, 47. 10. Despido, 49. 11. Término del contrato, 49. 12. Compañerismo. Huelga, 49.—III. *Los maestros*: 1. Requisitos, 51. 2. Obligaciones, 52. 3. Salario, 53. 4. Tienda u obrador como escuela de artes y oficios, 54. 5. El taller como industria familiar. 56. 6. Limitación de talleres, 57. 7. Compañías o asociaciones, 57. 8. Facultades y privilegios, 58.—IV. *Los clavaros o tesoreros*: 1. Atribuciones, 59.—V. *El Oidor de cuentas*: 1. Atribuciones, 59.—VI. *Los vedores*: 1. Requisitos, 60. 2. Obligaciones, 60. 3. Elección, 64. 4. Facultades y privilegios, 67. 5. Apoderados, 69.—VII. *Los alcaldes*: 1. Requisitos, 70. 2. Obligaciones, 71. 3. Privilegios, 71. 4. Rector, 72.—VIII. *La mesa o junta de gobierno*: 1. Facultades, 72.—IX. *La mujer*: 1. Situación, 73. 2. Su participación en el gremio, 76.

CAPÍTULO III

La cofradía gremial 79

1. *Su dirección*: 1. Erección, 80. 2. Clases de cofradías, 81. 3. Admisión, 82. 4. Expulsión, 82. 5. Patente o contrato, 83. 6. Autoridades, 83. 7. Elección de la autoridad, 84. 8. Obligaciones de las autoridades, 85. 9. Cofradías gremiales, 87.—II. *El Santo patrono*: 1. Santos titulares de las cofradías, 89. 2. Capillas, 91. 3. Gastos del culto, 93. 4. Asistencia a las fiestas, 93.—III. *Fiestas y solemnidades*: 1. Participación de las cofradías en festividades, 85. 2. Fiestas civiles, 105. 3. Obligaciones y excepciones, 107. 4. Abusos y rivalidades, 108.—IV. *Régimen administrativo y económico*: 1. Cuotas y multas, 110. 2. Fondo de la cofradía, 111.—V. *La previsión y el mutuo auxilio*: 1. De la práctica del auxilio mutuo o seguro social, 112. 2. Auxilios prestados, 113: A) Auxilio de enfermedad, 113. B) Auxilio de accidente, 114. C) Auxilio de invalidez y de vejez, 114. D) Auxilio contra el paro, 115. E) Auxilio de muerte o gastos de entierro, 115. F) Auxilio de supervivencia, 116. G) Auxilios de dote, 116. 3. Forma de verificar el mutuo auxilio, 118. 4. Elementos del seguro social, 120.—VI. *Historia de las cofradías*: 1. Origen de las cofradías, 122. 2. Desarrollo de las cofradías, 123. 3. Cofradía general, 124. 4. Creación de Montepíos, 125. 5. Fin de las cofradías, 125.

CAPÍTULO IV

Administración corporativa. Relaciones con las autoridades 129

1. *Poder ejecutivo de los alcaldes y veedores*: 1. Autoridad suprema, 129. 2. Penas y sanciones, 130. 3. Juicios, 133. 4. Legislación penal, 135. 5. Poder Ejecutivo, 136. 6. Las visitas, 138. 7. Otras autoridades ejecutivas, 140. 8. Asambleas directivas, 141.—II. *Personalidad civil del gremio*: 1. Personalidad, 142. 2. Finanzas, 142. 3. Procesos y litigios, 114.—III. *Relaciones con el Estado*: 1. Intervención del Municipio, 148. 2. Otras autoridades, 150. 3. Las Ordenanzas, 150. 4. Características de las Ordenanzas, 152. 5. Tribunales competentes, 154. 6. Relaciones con la ciudad, 155.—IV. *Milicias gremiales*: 1. Servicio Militar, 156. 2. Privilegios y causas, 158.

CAPÍTULO V

Reglamento del trabajo y de la venta 161

1. *Reglamento de Trabajo*: 1. Sistema de colocarse, 161. 2. Formas contractuales, 161. 3. Características de las formas contractuales, 162. 4. Contratación de maestros, 162. 5. Contratación de oficiales, 163.—II. *Duración de la jornada de trabajo*: 1. Jornada de trabajo, 163. 2. Trabajo nocturno, 164. 3. Jornada de trabajo de mujeres y menores, 165. 4. Descansos, 165. 5. Salarios, 167. 6. Contrato colectivo, 167.—III. *Reglamento de la técnica industrial*: 1. La buena ejecución de la obra, 168. 2. Calidad de los materiales, 169. 3. Cantidad de los materiales, 171. 4. Maquinaria y utensilios, 171. 5. Procedimiento técnico, 171. 6. Innovaciones e inventos, 173. 7. Libertad creadora, 173. 8. El arte en la

manufactura, 174. 9. Licencias y privilegios, 175. 10. Adelanto en la técnica, 176.—IV. *Reglamentación de la venta*: 1. Calidad del producto, 177. 2. Tienda pública, 178. 3. Fianzas, 179. 4. Formas de efectuar la venta, 180. 5. Ventas ilícitas, 182. 6. El reparto de materia prima, 185. 7. Derecho de preferencia, 187. 8. Almacenes generales de depósito, 188. 9. Reventas, 188. 10. Precios y posturas, 190. 11. Competencia, 192. 12. Lugares especiales para los gremios, 196. 13. Espíritu de confianza, 98. 14. Oficios conexos, 188. 15. Derecho de asociación, 200. 16. La usura, 201.

CAPÍTULO VI

Estado económico del gremio 203

1. *Impuestos internos*: 1. Tasas gremiales por derechos de examen, 203. 2. Aranceles, 205. 3. Cabelas de los plateros, 206. 4. Cuotas, multas y penas, 206.—II. *Impuestos externos*: 1. Media Annata, 208. 2. Juzgado de la Media Annata, 212. 3. Vajilla, 213. 4. Quinto Real, Fundición, Ensaye y Señoreaje, 214. 5. Pulpería, 215. 6. Cordobanes y Corambres, 215. 7. Sobre mesillas y tendajones, 215. 8. Tributo, 216. 9. Alcabala, 218. 10. Diezmo, 210.

CAPÍTULO VII

La diferencia de castas en la organización gremial 223

1. *Privilegios de los españoles*: 1. Situación, 223.—II. *Situación de los indios y sus castas*: 1. Derecho a examen, 226. 2. Acceso a la maestría, 228. 3. Tienda y taller, 229. 4. Acceso a la veeduría, 230. 5. Privilegio, 222. 6. Normas específicas para los indios, 234. 7. Cumplimiento de las Ordenanzas, 237. 8. La mujer indígena, 237.—III. *Situación de los negros y mulatos*: 1. Prohibición en los oficios, 239. 2. Opción para ejercer los oficios, 239. 3. Tienda y taller, 240. 4. Excepciones, 241. 5. Negros esclavos, 241.—IV. *Artesanos asiáticos*: 1. Noticias, 243.—V. *Proyección de la corporación gremial*: 1. Influencia del gremio novohispano en Guatemala, 244.

CAPÍTULO VIII

Evolución histórico social de los gremios en Nueva España 247

1. *Nacimiento*: 1. Orígenes: trabajo europeo e indígena, 247. Primeras Ordenanzas, 260.—II. *Apogeo*: 1. Desarrollo, 263. 2. Su importancia económico-social, 264. 3. Vicios existentes, 266. 4. Decadencia, 268. 5. Ataques a los gremios, 271.—III. *Supresión*: 1. Leyes y realidades, 275. 2. La Revolución Industrial y su proyección en el gremio, 279.

Apéndices. Apéndice I. Nómina de Ordenanzas de Gremios de los siglos XVI, XVII y XVIII 297

Apéndice II. Voces añejas u olvidadas usadas en este estudio 321

Obras consultadas y citadas 331

Grabados intercalados en el texto y fuera de él 357

Índice General 359

PROLOGO

Era el año del Centenario de México como nación independiente y yo representaba a la Universidad de Oviedo ante el gobierno mexicano. Pasados los días septembrinos de inauguraciones, festejos y discursos tuve la inmensa satisfacción de ponerme en contacto con la gente culta del país a través de un ciclo de conferencias que honrosamente me fueron encomendadas y sustenté en la capital de ésta mi nueva patria.

Hoy recuerdo con gran emoción esos días tan gratos y ya tan lejanos de mí, y al leer un pensamiento que dejé estampado y rubricado en 1910, en el Album de Recuerdos de la culta, encantadora y bella señorita Concepción Stampa, que bondadosamente y con lágrimas a flor de sus párpados, me ha traído su hijo, mi amigo don Manuel Carrera Stampa, me asaltan una serie de recuerdos de sucedidos y de personas; unas con vida, las más ya idas.

Grata e inesperada, pero triste, ha sido mi sorpresa.

Hoy, la ilustre y venerada madre de este joven descansa en eterna paz, viviendo y nutriendo su corazón. A su ruego, hace tiempo que deseo escribir un prólogo para este libro, que he leído en manuscrito; deseo aquél que se ha ido retrasando por un largo viaje de él fuera de México, y por una enfermedad mía, aún condolecente. Aprovecho un día en que me encuentro animado para trabajar un poco, para que no sufra más detenciones la publicación de este estudio, cuyo título es: LOS GREMIOS MEXICANOS.

El tema es sugestivo y original. Ante sus páginas desfilan las organizaciones gremiales de la Colonia bajo sus dos aspectos fundamentales y medulares: el gremio en sí y la cofradía gremial, tan poco estudiados hasta ahora y de tan vital importancia dentro de la historia del trabajo en Nueva España, colonia la más querida de España, la madre patria.

Ahonda el autor en las relaciones internas de los agremiados entre sí, y profundiza en las del gremio como institución moral y económica con el Estado. Nos da, además, una valiosa visión de la producción del artesanado y de su venta.

Importantes son las páginas destinadas a señalar las diferencias y preeminencias jerárquicas raciales dentro del trabajo corporativo. Completa su jugoso estudio con un panorama cronológico de la institución gremial, una muy nutrida bibliografía y un vocabulario de voces hoy en desuso.

Un gran esfuerzo y un paciente y honrado trabajo representa esta brillante monografía. Desde que fui leyéndola, comprendí que el autor posee condiciones como escritor y como historiador. Ha ahondado hasta lo más estimado de las fuentes y las ha criticado según merecen cada una.

Yo estoy cierto que a sus colegas, así como a la demás parte del público, le interesa la condición del asunto; puede que hallarán dentro de él otros puntos de vista que los que va descubriendo en su búsqueda el autor, pero no dudo que encontrarán en él lo que más puede decirse de un historiador.

Este prólogo no es una exaltación de buena amistad. Mucho menos, de adulación. Siempre he detestado la adulación, y predicado siempre también, a mis alumnos, que no la usaran. Por lo que toca a los profesores y maestros de todas las docencias, hemos considerado siempre como rigurosa obligación huir de las adulaciones como nocivas para cumplir nuestro mensaje de inculcar a nuestros estudiantes la verdad de lo que buscaban en las ciencias y las artes.

Así hago yo en estas líneas de prólogo del libro que comento, dedicado por su autor a la memoria de su extraordinaria y adorada madre.

Manuel Carrera Stampa

México, D. F., julio de 1949.

NOTA. Circunstancias ajenas a mi voluntad habían impedido —desde 1949— dar a la estampa este estudio en la forma adecuada tal como hoy se presenta. De entonces acá han aparecido varios ensayos y artículos en revistas, que me he visto precisado a agregar al cuerpo de este trabajo.

Como quiera que más de una persona podrá sonreír y dudar acerca de la autenticidad del prólogo que lo antecede, más aún, habiendo fallecido quien lo hizo; yo me escudo ante cualquiera suspicacia, en lo que asienta el Dr. Javier Malagón, "Altamira en México", *Historia Mexicana*, I, No. 4 (México, Abril-Junio 1952), 601; quien al enumerar los libros, folletos, artículos en revistas, prólogos, obras manuscritas y obras en prensa, escritas por tan distinguido historiador, jurista y educador, menciona este en la forma siguiente: "Prólogos. 4. Los gremios mexicanos de Manuel Carrera Stampa."

ADVERTENCIA

"El estudioso o el necesitado de investigar en las bibliotecas o archivos mexicanos, tiene que hacer esfuerzos descomunales para realizar seriamente su misión, y necesita ir de un lado a otro, a veces adivinando, para alcanzar un estimable resultado de su esfuerzo.

En estas condiciones el investigador es a menudo un héroe silencioso que realiza su estímulo, su esfuerzo, dentro de un ambiente de desamparo y de miseria."

Genaro Estrada, 200 *Notas de Bibliografía Mexicana*, (México, 1935), pp. 46-47.

Todo el mundo intuye la influencia del trabajo del artesano en las formas de vida y en el arte de la Colonia. Después de la decadencia que ella experimentó a principios del siglo XIX, hay actualmente un renacimiento, una enorme curiosidad por conocer y aquilatar debidamente las diversas instituciones sobre las cuales giraba y se realizaba el trabajo de la corporación gremial, de las artesanías, dentro del gran cuadro del trabajo en Nueva España.

La institución corporativa, su implantación, su desarrollo interno, su progreso y su decadencia, es lo que pretendo describir; por lo menos, a grandes rasgos.

Empresa ésta que, si bien puede resultar fallida, ni siquiera podría haberla intentado de no haber tenido la ocasión de utilizar fuentes desconocidas hasta el momento. Me veo obligado, en consecuencia, a referirme a ellas.

Además de su fundamental espíritu de metrópoli, la ciudad de México presenta un elemento homogéneo de común denominador, jurídicamente hablando. En efecto, de aquí emanaron y de aquí se copiaron la inmensa mayoría de las disposiciones y actos que regularon la vida artesana, y notablemente influyó y sigue influyendo la capital sobre el resto de las poblaciones mexicanas.

Las colecciones de documentos que guarda en su seno el *Archivo General de la Nación*, nos ofrecen también un carácter amplio. Nos hablan de la política y de la posición industrial y comercial de Nueva

España; de sus viejas relaciones con la Metrópoli, Guatemala y el Caribe; con Perú, China y Filipinas, y de sus influencias en "la tierra adentro". Ya sólo por esto, los ramos de *Ordenanzas*, *Consulado*, *Reales Cédulas originales* o de *duplicados*, *Correspondencia de Virreyes*, poseen un altísimo valor histórico para nuestro estudio.

Inapreciables son las colecciones de manuscritos contenidas en los ramos de *Cofradías* y *Archicofradías*, *Conventos*, *Industria* y *Comercio* y *Media Annata*; de carácter histórico-religioso unas, y económico otras; ricas en documentación del siglo XVIII fundamentalmente, y con menor abundancia del siglo XVII.

Más tarde, se ha enriquecido este enorme repositorio documental con una colección de manuscritos procedentes de la antigua Secretaría del Virreinato; particularmente, de la Real Hacienda, hoy *Archivo Histórico de Hacienda*, que los contadores y superintendentes reunieron con gran perspicacia, brindándonos hoy día documentos de índole varia y de un alto valor histórico-económico: cartas de exámenes, nóminas de obreros, informaciones, visitas, tarifas e impuestos, egresos gremiales; todos ellos insuperables para el conocimiento artístico y económico de la corporación gremial.

Se hojea el *Catálogo* con ávida esperanza. ¡Qué alegría ante la insuficiencia que ofrece la mayoría de las obras impresas modernas de historia de México, y de tropezar con tanto testimonio inédito! ¡Todo un porvenir de trabajo para el *scholar*!

Y, no obstante, unos cuantos pasos más lejos, atravesando la gran plaza de "el Zócalo" de esta interesante ciudad, nos ofrece todavía mayores sorpresas el *Archivo del Ex-Ayuntamiento de México*, antiguo *Archivo del Cabildo*, que contiene, como es fácil suponer, los documentos más importantes y fidedignos en lo que se refiere a la historia de los gremios en general. De hecho, este riquísimo arsenal de documentos conserva un respetable tesoro de manuscritos para la historia interna de la ciudad; de esta bella ciudad que tanto amo.

En él pude cazar a mis anchas todo un botín insospechado de materiales seguros y pertinentes: vistos-buenos, consejos, informaciones, cartas de exámenes, contratos, ordenanzas, peticiones, visitas, inspecciones de talleres u obradores; multas, infracciones, castigos y penas corporales; denuncias, fiestas y procesiones, reglamentos e informaciones sobre la vida corporativa; sobre su administración, comercio e industria; cuadros estadísticos, presupuestos de gastos e ingresos; noticias sobre cofradías, hermandades, entierros, fondos y montepíos. En su mayor parte, documentos totalmente desconocidos, redactados por hombres o letrados que poseían un conocimiento vivo de la vida y organizaciones en las cuales se movían; y tan dignos de confianza que, si

bien no dispensan del examen y la crítica, nos ganan como sólo pueden hacerlo los testimonios certificados.

Pienso examinar con detalle estos documentos, con el propósito de recoger lo que me parezca de interés en otros trabajos históricos pronto a aparecer, y que, en el curso del presente estudio he tenido necesariamente que sacrificar. Porque dada la masa enorme de material que se presentó a mis ojos, de tantos papeles manuscritos e impresos, impuse al relato forzosas limitaciones, debidas desde luego, a mi incapacidad y a la economía de mi tiempo.

Con gran fortuna, tropecé en él, con la rica e imprescindible colección de ordenanzas y disposiciones formada en el siglo XVIII, por el acucioso abogado Francisco del Barrio Lorenzot, que fué contador de Propios y Arbitrios del Cabildo, y que, por su gran homogeneidad, bien puede equipararse al célebre *Corps des métiers* francés, de Esteban de Boileau.

Aun cuando del Barrio Lorenzot hace referencia continuamente al *Becerro Antiguo*, esto es, al original manuscrito de los siglos XVI y XVII, merece toda confianza esta importante colección, copia del original y primitivo becerro que se halla extraviado.

Idéntica confianza y valor histórico otorgo a estos cuerpos homogéneos de leyes, que la que doy —aun conociendo sus deficiencias—, a la *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias*, a las formadas por Aguiar y Acuña, Pinelo, Encinas, Ayala, Beleña, Montemayor; todos ellos grandes maestros en derecho y cuyas compilaciones sirvieron tanto en los estrados de los juzgados de otras épocas. Es del Barrio Lorenzot un magnífico compilador; pero es desconocido. Tanto su magnífica compilación, que se encuentra inédita en clara y bella letra, como su labor jurídica, se hallan ignorados. Me ocupo en parte en darlo a conocer, dejando para otro tiempo un estudio detenido sobre este interesante jurista.

Para mayor comodidad y una fácil confrontación, los párrafos que se transcriben de él, son de su *Compendio*, publicado por Genaro Estrada.

En ocasión a una *Guía* que hice, publicada en La Habana, describí ya este archivo, y no es menester que me repita.

Trasiego de una visión directa son los diferentes relatos de la época que se hallan impresos, que han permitido mi resolución y mi ánimo para una exposición de largo alcance. Por ello, mi investigación se encaminó entonces preferentemente, a la *Subdirección de la Biblioteca Nacional*, al *Archivo Histórico del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, a la *Biblioteca de Historia de la Secretaría de Hacienda*, a la *Biblioteca del Museo Nacional de Antropología*, a la

Sección de Obras Raras de la Hemeroteca Nacional. Todas ellas conservan valiosísimos testimonios y relatos impresos, ediciones muy raras, ejemplares únicos —particularmente de los siglos XVII y XVIII—, sobre esta institución que tan poco conocemos y cuya importancia histórica me interesa relatar.

Para completar mis noticias sobre obras impresas —de manera particular, estudios modernos—, me valí de las que me ofrecieron la colosal *Library of Congress* de Washington, la *Public Library* y la *Newberry Library* de Chicago, y la *Public Library* de Nueva York, igualmente importantes.

Me disculpo de antemano por las omisiones que se descubrirán fácilmente en mi trabajo; algunas se deben a mi propia ignorancia, otras al hecho de que toda bibliografía tiene por fuerza que reflejar las preferencias de su compilador.

En los tiempos pasados, las familias mexicanas de rango, dejaban como parte de su patrimonio, valiosas colecciones de documentos. Esto formaba parte del haber hereditario de una familia. Me he valido de algunas verdaderamente importantes, tales como las de Don Federico Gómez de Orozco, Don Miguel A. Quintana, Don Vicente Ortigoza, mi bisabuelo, y Don Román Beltrán.

Después de varias vicisitudes, los papeles pertenecientes a las cofradías gremiales, y también los propiamente de los gremios, ya de carácter secreto o que revelan su vida interna: actas, disposiciones, ejecuciones, testimonios, mandamientos, recíprocas obligaciones, patentes; o ya, que nos muestran sus relaciones con el gobierno colonial o el clero, que se conservaban antes de la desamortización de los *Bienes Eclesiásticos* —1856-1861—, depositados en las capillas de iglesias y conventos pertenecientes o usufructuadas por las distintas corporaciones artesanas, pasaron a colecciones particulares, a manos de terceros ajenos a la Iglesia. Muy difícil, sino imposible, es actualmente, dar con el paradero de esta clase de documentación.

Sin embargo, he podido disfrutar del deleite peculiar a todo investigador curioso, de lograr consultar los manuscritos primitivos originales del famoso gremio de los plateros, a no dudarlo, el más poderoso e importante de la Colonia, guardados celosamente en una colección particular.

¡Lástima que documentos de la importancia de éstos se encuentren extraviados o perdidos para siempre; y lástima grande asimismo, que fuesen infructuosas mis búsquedas incesantes en este sentido!

De esa enojosa tarea de compilar no puede darse cuenta quien no haya intentado alguna labor semejante. No hago la declaración como

merecimiento mío con motivo de este libro, sino como testimonio del cuidado que puse en él; haya o no realizado mi deseo.

Nunca ensalzaré bastante la libertad con que se me ha permitido el acceso a todos los repositorios documentales visitados: tanto en la ciudad de México, como en distintas ciudades de la República; y muy particularmente, el viejo y olvidado *Archivo del Antiguo Cabildo*; el más precioso y rico para este estudio. En todos ellos he pasado horas y horas, días enteros, hurgando empolvados infolios, gruesos expedientes con manuscritos de penosa paleografía e incesante estudio, tratando de investigar la verdad, que a todos nos interesa por igual.

Agradezco infinito a don Gilberto Loyo, actual Secretario de Economía Nacional su interés por ver publicado este estudio y su recomendación ante la *Cámara Nacional de la Industria de Transformación* su patrocinadora. Igualmente, al Ing. José Domingo Lavín, quien desinteresadamente ha puesto gran empeño dentro de la Cámara para darlo a la estampa. A ambos desinteresados amigos, mi profundo reconocimiento.

Todo el esfuerzo, interés y trabajo aquí realizado está dedicado a la memoria de mi santa y adorada madre, doña Concepción Stampa de Carrera, promotora y su principal animadora, y a mi padre, don Carlos Carrera y López Guerrero, alma generosa y noble.

CAPITULO I

LA CORPORACION GREMIAL EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVI Y SU PROYECCION EN LAS ANTILLAS MAYORES

I. LOS GREMIOS EN ESPAÑA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI. —II. LOS GREMIOS EN SANTO DOMINGO Y CUBA.

Es mi intención relatar el trabajo corporativo, su proceso histórico y su acción industrial y económica durante las épocas pasadas. Su desarrollo, su auge, su decadencia. El decaimiento de su pasada grandeza y de su influencia y repercusión ulterior, es el punto de vista de mi situación y en el que este libro trata de colocarse.

Comienzo recordando la vida de la corporación gremial en la España Imperial del siglo XVI y su proyección evidente sobre la tierra recién conquistada de las Antillas Mayores y de Nueva España.

I. LOS GREMIOS EN ESPAÑA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI

1. *La vida artesana.*

En la España de principios del siglo XVI, en donde la vida comienza a eludir el compromiso con la tradición; en donde la vida es demasiado apremiante, demasiado absorbente y hasta apasionante para que, incluso los espíritus más nobles, no dejen de sentir ese relajamiento general de la ética y de los lazos conyugales, ese amor desmedido al lujo y a las fiestas y placeres, esa persecución a la elegancia y a las comodidades en el hogar, esa dilección por la indumentaria y los gozos más nobles del arte, esa constante difusión, en fin, de la instrucción y de la cortesía; en la que se distingue claramente, en el seno de la aristocracia de la sangre como en la del dinero, un género de vida humano pero en cuyo ambiente se ve apuntar el sentimiento de la responsabilidad del individuo ante su propia conciencia, el de la dignidad humana, la energía y la belleza y, sobre todos ellos, el de la libertad individual: cada ciudad, cada villa grande o pequeña, posee un número y una diversidad

de artesanos proporcionados a su importancia para su existencia cotidiana: panaderos, carniceros, tejedores, alfareros, sastres, carpinteros.¹

Toda ciudad o villa satisface las necesidades usuales de sus habitantes y del territorio circunvecino. Vende sus productos, su manufactura toda en la comarca en donde se surte de víveres y de materia prima. Los habitantes que la abastecen de productos agrícolas, compran en ellas los productos manufacturados. La clientela de los pequeños y grandes talleres u obradores urbanos está, pues, condicionada por la burguesía local y por la población rural que la rodea.

La legislación industrial instituida protege tanto al fabricante que vende la manufactura, como al cliente particular que la compra.

En las diversas ciudades españolas, muy a pesar de las innumerables diferencias de detalle, corresponde a la organización de los gremios de artes y oficios, a las mismas necesidades fundamentales de carácter general a toda Europa occidental, ya se les denomine *officium* o *ministerium* en latín, *jurande*, *corps des métiers*, en francés, *ambacht* o *neering* en holandés, *Zunft*, *Amt*, *Hanwerk* o *Innung*, en alemán, *Gilden* en flamenco, *guild*, *craftguild* o *mistery* en inglés, o bien *arte* en italiano.

Las corporaciones de gremios de artes y oficios españolas, como las europeas, presentan similares características en cuanto a su objetivo, variando enormemente en detalles de organización, funcionamiento y vida interior, no solamente con respecto a las de Europa occidental,

¹ La corporación gremial en España, ha sido ampliamente estudiada y aclarada en sus distintos aspectos: histórico, económico, jurídico, social, artístico y religioso. Por tanto, lo que en esta breve introducción se expone es una síntesis mostrando su estado en la España renacentista de la primera mitad del siglo XVI, con el único objeto de servir a mi exposición de antecedente histórico de nuestros gremios.

Se apoya en la bibliografía que a seguidas se cita, junto con apreciaciones propias mías, secuencia de mis estudios y lecturas; y no cito ninguna nota, por dos razones, primera: por no haber manejado manuscritos sino obras modernas; estudios concretos que se basan en una copiosa documentación original inédita, y en obras de la época, las más veces raras; así como en obras generales basadas también en una enorme bibliografía de difícil obtención, y en consecuencia, por no romper con el método adoptado en el cuerpo de este estudio. Segunda: por dar mayor cohesión a esta síntesis introductoria (Capítulo I). *Vid.*, Rafael Altamira y Crevea, *Historia de España y de la civilización española*. 4ª ed. (4 vols., Barcelona-Madrid, 1924), II, 208-217, 227-229, 231-234, 253-255, 490-495, 502-506. *Ibid.*, *Manual de Historia de España*. 2ª ed. (Buenos Aires, 1946), 338-9, 394-6. Antonio Ballesteros y Beretta, *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, (9 vols., Barcelona, 1918-1941), III, 836-53; IV, 156-165. *Vid.*, el Capítulo II, entero. Jaime Carrande Pujal, *Historia de la economía Española*, (4 vols., Barcelona, 1943-1945), I, 529-548. Ramón Carande, *Carlos V y sus banqueros*, (Madrid, 1949), 314-328, 352-356, 417. Juan Contreras [Marqués de Lozoya], *Historia de las Corporaciones de menestrales de Segovia*, (Segovia, 1921), la obra entera. Manuel Colmeiro, *Historia de la Economía Política en España*, (2 vols., Madrid, 1863) I, 129-135, 190-195, 315-327; II, 180-215, 329-350, 378-395; Juan Uña Sardou, *Las asociaciones obreras en España*, (Madrid, 1900), *Vid.*, la obra entera. Luis Blasco Tramoyers, *Las Instituciones Gremiales. Su origen y organización en España*, (Valencia, 1889), *Vid.*, la obra entera y L. Díez. G. O'Neil, *Los gremios en la España Imperial*, (Madrid, 1941), *Vid.*, la obra entera. Práxedes Zancada, *Derecho Corporativo Español. Organización del Trabajo*, (Madrid, s. a.), 19-70.

sino con respecto a las propiamente españolas de distintas ciudades y villas.

Es la necesidad de protección económica la que une a los del mismo oficio para resistir la competencia de los advenedizos nacionales y extranjeros, de manera particular: franceses, genoveses y flamencos.

Las autoridades reconocen oficialmente a las asociaciones de trabajadores con el carácter de organizaciones obligatorias, gozando del privilegio de ejercer exclusivamente determinada profesión, arte u oficio, de acuerdo con los reglamentos prescritos sancionados por la autoridad pública, que son los ayuntamientos: los cabildos municipales como cuerpos colegiados de cada villa o ciudad.

Son, pues, los gremios, esencialmente grupos privilegiados, ajenos a la libertad industrial.

No fueron, como cabe suponer, organismos independientes; tampoco gozaban del derecho de administrarse a sí mismos como un derecho inherente a la índole propia de los oficios; por el contrario, siempre vivieron bajo la tutela municipal, sin poder sacudir su autoridad y control. En este sentido, la palabra germánica *Amt*, que significa función, abarca muy bien este sentido de subordinación. Aun en centros industriales tan activos como Barcelona y Sevilla, los gremios nunca dejaron de estar manejados por el Cabildo municipal, que a la vez les facilitaba auxilio para vivir la concepción colectiva que los engendró.

En estas ciudades, así como en Málaga, Valladolid, Murcia y Segovia, las asociaciones artesanas reivindican una autoridad y una autonomía que a menudo las pone en pugna no sólo con las autoridades, sino con otras.

Tienen derecho de nombrar a sus concejiles y jurados, y de que los reconozca la Corona; se les permita ejercer el poder junto con la alta burguesía, y aun junto con la nobleza.

Al mismo tiempo, la ingerencia cada día mayor del monarca se extiende frente a los gremios, a quienes les restringe el poder local que en el siglo XV había ido en aumento.

2. El poder municipal.

Tanto el poder real como el municipal confirman, pero no dan, los estatutos o reglamentos a ningún oficio u arte. El poder legislativo confirmaba, sí, los acuerdos gremiales cuando éstos se sancionaban como privilegios u ordenanzas; pero la organización interior de cada gremio era libre, espontánea y, en cierto modo, independiente. En estrechísima unión y subordinación al municipio, siguen una evolución

paralela a él. Fenómeno natural, ya que el gremio forma parte integrante, si no fundamental, del municipio. La economía urbana encontró en los gremios su más amplia y cabal expresión.

En virtud de una serie de pragmáticas de los Reyes Católicos y de Juana la Loca, se mandó producir de un modo idéntico y en iguales condiciones a todos los oficios similares del reino, detallando minuciosamente las operaciones de fabricación. Se intentó unificar la industria. De ahí que aparezcan los Códigos municipales, verdaderos reguladores del trabajo. El municipio no sólo revisa la manufactura en su proceso de elaboración, sino que ejerce fuerza coercitiva por medio de un sistema de multas y sanciones en contra de los transgresores.

Esta creciente intervención del Gobierno se revela por la aprobación de las ordenanzas gremiales y por la promulgación de leyes o pragmáticas de carácter general. Es así como nacen las ordenanzas de peñalares en Barcelona y de tejedores de seda, sucesivamente, desde 1500, 1514, 1523, 1528 y 1532, en Granada.

El poder real vigila la recopilación de esta clase de ordenanzas, que, revisadas y aprobadas, devuelven a los municipios para su pronta aplicación.

Todas estas leyes, ya sean de carácter general, de gremios, o condiciones de producción: reales cédulas, bandos, autos acordados, pragmáticas, acuerdos, etc., dadas por promulgación o como resultado de peticiones a las Cortes, van formando poco a poco la legislación común que uniforma y rige la vida artesana. Se unifican y modifican las ordenanzas gremiales apareciendo con extraordinaria armonía, tanto en su forma como en su fondo, así como en cuestiones de menor importancia y en aspectos técnicos. Todas ellas, sin embargo, se reducen a una misma aspiración: la conveniencia corporativa contrapuesta a cualquiera otra.

3. Jerarquía gremial.

Los miembros de toda corporación se repartían en categorías subordinadas entre sí: los maestros, los oficiales, los aprendices; y, como jefes de esas organizaciones, los mayores, los alcaldes, los veedores, los clavarios y los prohombres. No todos los gremios tienen estas categorías. Es difícil precisar el límite de jurisdicción y actividades en cada uno de estos cargos, ya que no siempre aparecen bien definidos en las ordenanzas. Presidían los exámenes, velaban por el exacto cumplimiento de las ordenanzas y reglamentos afines, en cuanto concernía a la disciplina interior del gremio, a los procedimientos de fabricación, al uso de las materias primas, a las visitas de los talleres y tiendas. a

los otorgamientos de exámenes, castigos, multas, etc. Manejaban los fondos de la corporación y debían de ser elegidos por los maestros del cuerpo entero. En algunos gremios se elegían hasta tres, pero lo general es que fuesen dos los que debieran ejercer el cargo, que duraba un año o dos. Constituyen en consecuencia, la clase dominante de la que dependen las otras tres.

Propietarios de la materia prima y de los instrumentos de trabajo, los maestros son los pequeños jefes de los talleres. El producto manufacturado les pertenece, y toda la ganancia de sus ventas queda entre sus manos.

Bajo su inmediata dirección, a su lado y bajo su techo, los aprendices se inician en la industria o el arte escogidos. Nadie puede ser admitido en el oficio sin haber garantizado debidamente su aptitud.

El tiempo de aprendizaje es largo. Varía de cuatro a seis años, aun cuando su duración cambia de oficio a oficio, no siendo raros los gremios que exigen apenas dos, u ocho largos años. También varía la edad exigida para iniciarse en las labores, catorce a diecisiete años. Ante escribano debe hacerse el contrato entre el maestro y los padres o tutores del aprendiz.

El aprendizaje está regulado formalmente por muchos detalles estipulados en los contratos: multas en caso de falta de cumplimiento de las partes; por falta de asistencia física al taller por culpa del muchacho aprendiz; o por malos tratos por la del maestro.

Estipulábase la obligación de atender a la enseñanza teórica y práctica del discípulo y de instruirlo en la religión católica.

En algunos gremios pagaban los aprendices por el aprendizaje que iban a recibir; en otros, al contrario, el maestro les abonaba una pequeña cantidad al expirar el plazo designado. La costumbre, más que las leyes, regía todos estos aspectos de la vida artesana.

A principios del siglo xvi, aparece una importante prohibición que se reiterará durante las siguientes centurias: por la cual no puede ser admitido como aprendiz quien sea de "mala raza, judío o cristiano nuevo, ni de otra raíz infecta." Ni tampoco los que han sido condenados por el tribunal de la Inquisición, ni los esclavos negros o hijos de esclavos. La expulsión de los judíos de España, la trata de negros, la contra-reforma religiosa, explican estas normas pan-ibéricas, que se reflejarán en América, prohibiendo en principio, la entrada al gremio a los indios y a sus castas.

Los oficiales son trabajadores asalariados que han terminado su aprendizaje, pero que no se han podido elevar aún a la categoría de maestros. Trabajan bajo la dirección del maestro, de quien generalmente reciben el salario.

Terminado el tiempo del aprendizaje, pasaba el joven a la categoría de oficial, lo que le autorizaba a presentarse a los veedores, alcaldes o prohombres de la corporación a la que perteneciese junto con su maestro, quien juraba haberle recibido como oficial y haber cumplido su aprendizaje, levantándose un acta para constancia.

El tiempo preceptuado para el ejercicio de oficial era más corto que el del aprendizaje. El número de oficiales era limitado en cada taller u obrador. Trabajaban en los talleres de los maestros, o por cuenta de éstos, en casas o talleres particulares. Recibían el jornal diario o semanariamente, según lo estipularan; ya verbalmente, ya por las ordenanzas, que en este aspecto, como en tantos otros, varían de industria a industria.

Para ser maestros deben presentar exámenes técnicos ante los veedores o jurados examinadores. El examen era teórico-práctico, revistiendo ciertas formalidades. Aprobado el oficial examinado, se le da una constancia: "carta de examen", a manera de título. Para ello debía pagar determinados derechos. Tasas e impuestos que van aumentando hasta ser excesivos en el siglo XVIII.

La mayor parte de los oficios especializados prohíben terminantemente la dirección de un taller a todos los que no posean el título gremial de maestro. Se impide, pues, el encubrimiento fácil, protegiendo al público contra el producto falsificado y defendiendo al maestro contra la competencia desleal y trashumante. En suma, el trabajo está formalmente regulado en sus menores detalles, lo que hace casuistas a las leyes, que se esfuerzan lo más posible en garantizar la igualdad más completa dentro de la jerarquía establecida, para todos y cada uno de los agremiados, y brindarles una completa protección.

El número de maestros es, efectivamente, limitado, ya que es proporcional a las exigencias del mercado local y a las adquisiciones de la maestría, que se halla sometida a ciertas condiciones, en su mayoría difíciles de superar: pagos de impuestos o tasas, cada vez mayores conforme se desvaloriza la moneda, nacimiento legítimo, filiación, religión, vecindad, etc., que hacen dicha adquisición bastante difícil y hasta temida.

Cada taller es, al mismo tiempo, una tienda o un almacén en la que el comprador se pone directamente en contacto con el productor. El intermediario, al igual que en el comercio de las materias primas alimenticias, tiene un papel insignificante.

En consecuencia, el artesano es un empresario independiente, un pequeño capitalista. Su capital incluye: su casa o su taller, propio o alquilado; la maquinaria y la herramienta indispensable para su pro-

fesión, y la materia prima. Es dueño absoluto de la producción manufacturada.

Establecidos como tales, gozan de ciertos privilegios y prerrogativas. Algunos, de manera particular, en las grandes ciudades o puertos llegaron a ser ricos y hasta poderosos, pero eran los menos, como es fácil suponer. Su personal, limitado por las ordenanzas, consta, por regla general, de uno, dos, tres aprendices y oficiales.

Si algún maestro, por matrimonio o por herencia, adquiere una fortuna más cuantiosa que la de sus compañeros en el oficio, le será imposible aumentar el volumen de sus negocios ampliando su taller y el número de oficiales, en detrimento de los demás maestros; ya que el régimen industrial impedía esta clase de competencia, que se consideraba desleal. Pero la desigualdad de las fortunas debió ser rara entre aquellos pequeños propietarios. Para la inmensa mayoría, la organización les proporciona una posición estable, social y económicamente, que impide se eleven más allá del nivel fijado.

Por otra parte, se pueden clasificar a los gremios, como anticapitalistas, puesto que no interviene para nada la iniciativa privada y el espíritu de empresa estaba muerto. En consecuencia, la obtención del lucro, fin de toda asociación capitalista, era nulo.

4. *Capital y trabajo.*

Encontrábanse en ellos reunidas las dos categorías productoras: capital y trabajo.

La condición de los maestros, propietarios o inquilinos de talleres, es, en general, satisfactoria, dados los adelantos de la industria y el *standard* económico de la época; no sólo en España, sino en toda Europa, más no así la de los oficiales y aprendices que empleaban.

Esta clase ínfima vive, por lo general, en alguna pobre o lúgubre habitación rentada por una semana o un mes, atrasándose en sus pagos y sin tener más propiedad que su ropa. Se agrupan, generalmente, por barrios en las ciudades populosas, siendo común que los del mismo oficio vivieran por determinado sector de las ciudades, y otros de otro oficio, en barrio diferente.

De una ciudad a otra van contratándose con los maestros, debiendo, sin embargo, avisar con antelación al abandonar el oficio de su primitivo patrono, lapso que varía notablemente entre un gremio y otro.

Los lunes a temprana hora se congregan en las plazas, alrededor de las iglesias, o en algún lugar determinado, esperando ansiosamente que algún maestro los contrate, generalmente por ocho días.

Los trabajadores, y en general los artífices y artistas, viven harto miserablemente y harto incultos para poder organizarse. El poder, desatendiéndose de ellos, protege por el contrario: al maestro, al patrono. Por añadidura, conviene no perder de vista que el trabajo a domicilio, forma común de la organización individual hasta apenas el siglo XVIII, es tan favorable a la explotación de los trabajadores, que se adapta muy bien a su inteligencia y a su cooperación.

La jornada de trabajo empezaba al amanecer y terminaba al caer la noche. El salario se distribuía el sábado por la tarde; y aun cuando los reglamentos y ordenanzas gremiales y municipales mandaban que se verificase en efectivo, los abusos del *truck-system* eran numerosos, recrudeciéndose más aún en los pequeños oficios urbanos.

El gran taller no existe. En vez de reunirse en grandes locales, se encuentran repartidos en numerosos obradores y talleres de pequeñas dimensiones. El maestro, tejedor, sedero o sayalero, propietario o, con mayor frecuencia, arrendatario de la herramienta que emplea, era, en suma, un trabajador a domicilio, asalariado de un gran mercader capitalista. Así operaban en Barcelona, la ciudad española textil por excelencia y gran emporio industrial de la época, compitiendo sus tejidos con ventaja con los más famosos de Flandes. Así sucede también en Valencia, Segovia Murcia y Sevilla.

La vigilancia que ejerce el municipio ofrece garantías muy precarias al obrero, puesto que las autoridades urbanas se reclutan precisamente entre los capitalistas, entre la alta burguesía o la nobleza. Oprimidos por las personas encargadas de distribuir el trabajo; los maestros se ven obligados, a su vez, a oprimir a los oficiales y aprendices.

Protege al artesano, pero al mismo tiempo cuida el municipio, y más aún, la propia corporación, que ningún miembro se enriquezca en detrimento de los demás. Por eso mismo, los reglamentos se suceden unos a otros e imponen una minuciosidad cada día mayor, llegando los textos a ser de un casuismo insoportable. Los procedimientos industriales y la técnica, rigurosamente idéntica para todos, fijan los más nimios detalles en el proceso de la manufactura; determinan el número de los utensilios y el de los trabajadores en los talleres; instituyen vigilantes encargados de ejercer toda clase de inspecciones y visitas, careos y confiscaciones; y, algunos, no todos, fijan las horas de trabajo, el monto de los salarios y el costo de los precios; establecen una serie de castigos, multas y penas y dan normas de mutuo auxilio; entre otras, meramente de práctica religiosa.

Mediante la estrecha subordinación de todos ellos, se logra salvarguardar la independencia de cada miembro; aunque, por otra parte, los privilegios concedidos al gremio por los reyes y los municipios, así

como el monopolio industrial y comercial de que gozan los miembros de la corporación gremial, aniquilan toda iniciativa personal.

El progreso técnico se considera como una deslealtad. Nadie puede usar un procedimiento que lo capacitará para producir más aprisa y con menos costo. El ideal manufacturero estriba en la estabilidad de las condiciones dentro de la estabilidad de la industria. Esta disciplina que se impone a los trabajadores tiene por objeto, además, la calidad de los productos manufacturados, favoreciendo al consumidor. La falsificación y el engaño son, si no imposibles, difíciles y peligrosos. La severidad de los castigos contra los fraudes, la manufactura mal hecha, la negligencia, es temida y casi siempre ejecutada. La falta de observancia de alguno de los preceptos técnicos a que deben sujetarse todos los maestros como amos de sus talleres, y que se conceptúan como de vital importancia, orillábalos a la ruina económica. Señalados como fraudulentos, nadie más los volvería a ver. Nadie más les volvería a comprar su mercancía. Como todo comerciante diligente, el maestro gremial cuidaba de su fama y fortuna.

El artesano peninsular, en ese tiempo, está sujeto al constante control de los veedores, que celosamente vigilan todo procedimiento técnico de día y de noche, pudiendo penetrar a cualquier hora en los talleres u obradores. Además, está vigilado por el mismo público consumidor, bajo los ojos del cual tiene que trabajar obligatoriamente en su ventana o taller abierto.

Su objeto esencial, pues, es proteger al artesanado contra la competencia del extranjero y contra la de sus colegas. La pieza de examen, en la que suele consistir el examen práctico, constituye por sí misma el tipo genuino de la fabricación en cada oficio. Atiéndese, además, a fabricar cosas representativas, genuinas del municipio y de la región; de suerte que se acrediten con la marca de la ciudad y del gremio.

El arte llega a alturas superiores merced a esta minuciosidad reglamentaria para lograr la "obra maestra", es decir, la manufactura u objeto artístico. Lo más perfecto posible en el arte o en la industria. Los mejores clientes de los gremios, son en esa época la Iglesia y los príncipes mecenas. Las catedrales, los palacios, las iglesias, se engalanan con supremas obras de arte.

5. La cofradía.

Las cofradías gremiales, de eminente espíritu de hermandad, religioso y caritativo, se hallan íntimamente compenetradas con los gremios; de suerte, que los que veneran a un santo patrón pertenecen

a la misma rama industrial. La cofradía gremial se une para adorar a un santo y mantener una vida religiosamente más elevada.

En las ordenanzas gremiales aparecen normas de previsión social. Igualmente, en los contratos que celebran los cofrades con la cofradía como cuerpo constituido, llamados *patentes* o *recíprocas obligaciones*.

La asistencia de medicinas y de médico, hospital, alimentación y asistencia al cofrade enfermo; la dote a la hija casadera de maestro examinado; los gastos de entierro y misas de responsos por el alma del cofrade muerto; el rescate para los agremiados cautivos por los berberiscos, y otros interesantes aspectos de previsión social, se encuentran establecidos y funcionando en el seno de las cofradías, ayudando así, benéficamente, al pobre trabajador en su enfermedad o en su ancianidad.

No sólo son instituciones de previsión social, sino que, merced a ellas, los gremios, con los cuales a veces forman un todo difícil de distinguir, participan notoriamente en todas las festividades de la sociedad de esos tiempos; ya en fiestas civiles, como son las juras de los monarcas, los nacimientos de los príncipes, etc., ya en solemnidades religiosas, tales como los días santos o mayores. Tienen capilla propia en alguna iglesia o convento, celebrando los cultos de su santo patrono con gran pompa. Todos los cofrades aportan alguna cantidad para formar el fondo común o caja, que servirá para brindar con él los servicios enumerados y otros de menor importancia, todos de gran alcance social.

Las cofradías influyeron notablemente, durante el siglo xvi, en la vida y en la sociedad artesana, de la cual forman uno de los aspectos de mayor interés. Y no sólo en la vida artesana, sino también, en toda la sociedad española que, siendo católica, veía con gusto las ceremonias procesionales de las cofradías y hermandades, regocijándose con su presencia.

6. Proyección de la manufactura.

El alza de los salarios y el aumento de los precios, provocados por el descubrimiento de las rutas de la especiería y, particularmente, por las de América, constituyen para los artesanos de los mercados locales y obreros de las industrias de exportación, el mercado, la plaza comercial que se trata de alcanzar y dominar. El capital urbano que logra preponderancia, ahoga a quienes producen para el comercio al mayoreo, que va en aumento día a día, al abrirse las rutas oceánicas. Las ciudades de Lisboa, Sevilla y Amberes son, en el siglo xvi, los

emporios del comercio de Occidente, arrebatándoles el predominio a las ciudades-puertos de Venecia, Génova y Barcelona, dueñas de las rutas comerciales durante la centuria pasada.

El capital y el trabajo se han disgregado; y es que nace en esos tiempos: la gran industria de exportación.

En las grandes ciudades donde el comercio es importante, además de los artesanos que viven del mercado local, para una clientela limitada y reducida a la ciudad y a sus contornos, hay gremios enteros que proveen a los mercaderes al mayoreo que se dedican al comercio internacional.

Envían la materia prima, la elaboran y la entregan como producto manufacturado. Desempeñan, pues, el papel de simples asalariados frente a los que les dan empleo; esto es, los grandes mercaderes. En consecuencia, en la gran industria, el trabajo y el capital se han disgregado. Al agremiado, el maestro dueño de su pequeño taller, conoce y se entiende únicamente con el empresario por quien venderá en el comercio de Levante: en Valencia, Barcelona, Génova; las ferias de Medina Sidonia y Medina del Campo, o en las ciudades de Lisboa, Sevilla, Brujas, Amberes, Venecia, y aun en las más apartadas de América.

Los mercaderes de Burgos acaparan la casi totalidad de la lana procedente del centro de la península. La actividad fabril llega a su máxima intensidad desde 1540 a 1590. En íntima relación con la industria pañera, está la de confecciones. Los calceteros, juboneros, sastres y roperos, zapateros y chapineros, influyen corporativamente con sus innumerables productos; y sus labores lucen entre las exportadas.

A la industria de la seda, que es, con la textil, la de mayor envergadura y la que deja mayores dividendos, se le dan normas de carácter general, más fiscales que de técnica industrial, que se suceden desde 1500 hasta mediados del siglo, conservando su esencia clásica —Bizancio y Luca—, y destacándose en febril competencia Granada, Málaga, Almería, Toledo, Talavera de la Reina y Valencia.

Supervivencias de la economía urbana medioeval, más que protectionistas, son las leyes suntuarias que desde 1494 se vienen dando prohibiendo la importación de brocados, rasos y paños de oro, en flagrante contradicción con el suntuoso ceremonial de la casa de Borgoña, adoptado por el César; y prohibiciones, por otra parte, que son desastrosas para diversas industrias.

Se importan y se transforman pieles y cueros; y desde principios del siglo data el florecimiento de industrias, tales como la lencería, la cerámica y la herrería, que habrán de proyectarse un poco más tarde, en las Indias, dejando sus huellas imperecederas.

La industria lanera, la más importante en el reino, compite con ventaja con las de Inglaterra y Flandes. Unificada por reglamentos de carácter general dados desde 1511, 1528, 1529, 1549 y 1552, extrema la fabricación de paños en la península, alcanzando un alto grado de perfección. Dependen de la industria textil: Segovia, Cuenca, Córdoba, Barcelona.

La manufactura, es decir, la forma de producción en que el trabajo a domicilio es retribuido y dirigido por un negociante, viene a ser, desde mediados del siglo xvi, la forma de la organización industrial por excelencia, hasta la aparición de la fábrica moderna; de la cual, por otra parte, puede encontrarse, hacia esa época, aquí y acullá, ejemplos precoces y significativos. Depende en cierto modo de los mercados al mayoreo, ya sea en las ferias, ya en los lugares de producción y de consumo.

Pero al paso que se extiende el mercado del comercio internacional al mismo tiempo que la industria de España se proyecta en América que se está conquistando, no sólo espiritualmente, sino, con más ahínco, económicamente, creando nuevas plazas de consumo, se requiere también mayor número de trabajadores. Y aun cuando en las ciudades españolas estrictamente de una honda raigambre medioeval en su estructura económica individual, el capitalismo, desarrollado en forma eruptiva por el descubrimiento de América, penetra vivamente en su estructura, dominando al comercio de mayoreo; pero no logra transformar al gremio, institución medioeval neta; el cual, tan sólo sufre algunas modificaciones debidas al progreso industrial, más en la técnica que por motivos sociales y jurídicos.

Transformado con el desarrollo de la industria y del comercio el espíritu de la industria y de la sociedad, los gremios españoles continúan dominando o influyendo el régimen económico de las ciudades. El proteccionismo urbano sigue con un fuerte imperativo, aunque ya no con el radicalismo de pasadas centurias.

El proteccionismo que les aseguraba a los gremios la explotación de la clientela municipal y suburbana, continúa vigorosamente, aun cuando se van suprimiendo poco a poco los tratos que los reglamentos municipales oponen al impulso del comercio, de la circulación, de la especulación industrial y comercial: compraventas, corretajes, comisiones, permutas, etc. El gobierno, ante el desarrollo del capitalismo —cuyos alcances importa no exagerar—, deroga privilegios políticos y económicos de los oficios en la administración urbana. Al rigor de la legislación municipal va sustituyendo, poco a poco, un sistema más flexible. Se observa esto en las industrias nuevas que surgen, tales como las de tejidos de seda, telas de lino, fábricas de papel.

El proteccionismo urbano implica una serie enorme de matices, puesto que el desarrollo de las ciudades no fué uniformemente rápido, y la preponderancia de los oficios no se ejerció en todas ellas con la misma intensidad. Así se revela en el seno de las ciudades un antagonismo económico y social, cuya generalidad demuestra que proviene de causas añejas, profundas y permanentes. Pero, el naciente capitalismo influye notablemente rompiendo, en parte, este antagonismo y el proteccionismo medioevales; de manera particular, en las grandes ciudades-puertos: Barcelona, Sevilla y Lisboa, centros capitales de la economía peninsular.

El comercio al mayoreo va en aumento día a día al abrirse las rutas oceánicas, conquistando nuevos mercados de consumo. Al mismo tiempo, la industria española se proyecta sobre el Continente americano al unísono que crece y se fortalece en la península.

Cuando se está consolidando la industria española, tomada en términos generales, es precisamente cuando se transplanta a los territorios recién conquistados y en proceso de pacificación. Y es importante señalar el fenómeno; pues, cuando se habla de trasplante industrial español a tierras de América, se piensa en la transplantación de industrias de largo historial técnico-artístico, lo cual es cierto en parte; pero es más exacto decir: la introducción o trasplante de industrias que renacían o se creaban en tierra española al unísono de su poder político y económico como primera potencia mundial. Esto no hay que perderlo de vista.

Al mismo tiempo que surgen en la España del siglo xvi, industrias antes desconocidas o en vías de un proceso técnico superior, se transplantan a América.

Viejas instituciones medioevales, como el gremio, entre otras muchas, se implantan a la tierra recién descubierta y apaciguada; renovadas por el capitalismo naciente y por la fuerte savia renacentista, dando interesantes frutos, de jugos semejantes, pero de modalidades diferentes. A estas modalidades y a su forma estructural interna propiamente mexicana, son a las que habré de dedicar los capítulos siguientes señalando antes, la proyección de la corporación gremialista española en las Antillas Mayores (Santo Domingo y Cuba), trampolín de las instituciones y de la cultura hispana en el Continente americano.

II. LOS GREMIOS EN SANTO DOMINGO Y CUBA

1. Noticias sobre la institución gremial.

Santo Domingo y Cuba, las dos grandes islas de las Antillas Ma-

yores, fueron el trampolín forzoso para saltar al Continente: a "Tierra Firme".

Si bien es cierto que las Islas Canarias, y más tarde Santo Domingo y Cuba, sirvieron a la administración española como bases de la experiencia administrativa e institucional que habría de desarrollar posteriormente en América y Asia, de manera particular en aspectos del trabajo y demográficos, en la corporación gremialista, bien poco, casi nada, es lo que se puede rastrear que sirva de antecedente directo, histórico-jurídico y económico al establecimiento de la institución en las Indias continentales y de manera concreta en Nueva España.

Si bien es verdad que hubieron de pasar oficiales y maestros en las artes mecánicas y artísticas a Canarias, en la conquista y colonización de Nueva España, intervinieron las islas muy pobremente; puesto que, en realidad, de donde partieron las expediciones o el mayor grupo de conquistadores y colonos, si no el único punto sí el principal, fué de la isla de Cuba: "la llave del Nuevo Mundo", como la llamaría el historiador don José Martín Félix Arrate.²

La singular posición geográfica y estratégica de la isla fueron esenciales dentro de la organización del Imperio español.

Desde 1508 es cuando se empieza a conquistar y a colonizar a Cuba. En 1511, Diego Velázquez, colono de Santo Domingo, en donde había fundado cinco villas, pasa a colonizar a Cuba, y surgen numerosas villas y poblados: Baracoa, fundada en 1511; Trinidad (Santa María de la Asunción), fundada por Sebastián de Ocampo, Sancti Spiritus, Puerto Príncipe por Francisco de Figueroa; La Habana en 1515. Atraídos por los progresos de la isla, numerosos colonos residentes en Santo Domingo pasan a Cuba, en busca de mejores condiciones de existencia. A partir de entonces se establece una corriente migratoria de este punto hacia Cuba, puntos de paso más tarde, hacia el Continente.

De 1513 a 1515 aparecen los primeros alcaldes y ayuntamientos, y por tanto, las primeras disposiciones regulando la vida de las villas:

² Lo dicho en la nota anterior debe de considerarse también para esta parte. Vid., José Martín Félix Arrate, *Llave del Nuevo Mundo*. Prólogo y notas de Julio J. Le Riverend Brusson, (México, 1949), 88, 93, 169. *Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Redactados por el personal facultativo del Archivo General de Indias*. V. (1509-1533). (Madrid, 1930). Vid., la obra entera. H. E. Friedlaender, *Historia Económica de Cuba*, (La Habana, 1944), 23-25, 41-43. Francisco A. de Icaza, *Diccionario autobiográfico de Conquistadores de Nueva España sacados de los textos originales*, (2 vols., Madrid, 1923), toda la obra. Agustín Millares Torres, *Historia General de las Islas Canarias*. Prólogo, notas y adiciones de Agustín Millares Carlo, (La Habana, 1945), 150, 286. Jacobo de la Pezuela, *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, (4 vols., Madrid, 1863-1866), I, 22, 23, 77, 164, 165, 171. Todavía no se han hecho estudios en Cuba, del tipo de este que ahora presento, por lo cual resulta muy difícil sacar conclusiones sobre muchos aspectos de la institución gremialista en las islas antillanas. Es indudable, que rastreando en los archivos de Santo Domingo y Cuba, saldrá alguna cosa de valor digna de tomarse en consideración.

abastos de materias primas, oficios, población, dotación de ejidos y solares, etc.

La población blanca es muy escasa, no sólo en esta época crítica, sino durante todo el siglo XVI y parte del XVII, puesto que el mágico y misterioso Continente desconocido, ejerce una atracción de poderoso imán, y la emigración es incontenible.

Las expediciones de descubrimiento del Golfo de México se suceden dejando a las islas de Santo Domingo y Cuba sin gente. De ésta última es de donde parten hacia rumbos desconocidos: Francisco de Córdoba en 1517, quien arriba a Yucatán en tres carabelas y con cien hombres; en 1518, Juan de Grijalva recorre parte del golfo con cuatro carabelas y 200 hombres; a fines de ese mismo año, sale Cortés hacia la futura Nueva España, tierra de prodigiosa atracción, realizando en los años siguientes la epopeya guerrera. Más tarde, Pánfilo de Narváez con 1,000 hombres y 18 buques, en 1520; y más y más expediciones con gente blanca (y de color) ya de por sí poco numerosa.

Así, pues, Cuba es sólo un lugar de tránsito hacia el Continente. Un lugar de paso que no puede guardar para sí la desmedida dinámica que desarrolla la población blanca en sus ansias de riquezas.

En estos primeros años no existe ni en Santo Domingo ni en Cuba, el trabajo corporativo. Los conquistadores y pobladores: soldados unos; comerciantes, clérigos, aventureros, otros; menestrales y gente sin oficio ni beneficio los más, poseedores de algún oficio o de rudimentos de algún oficio: toda clase de gente pasa a las islas y de allí al Continente. Los oficios en los primeros días de las islas, están sin ningún concierto, en franca libertad; sirviendo tan sólo a satisfacer las necesidades de una raquítica industria familiar. Es una etapa de improvisaciones.

No hay gremios ni hay cofradías. No hay trabajo organizado. Los artesanos trabajan con entera libertad de acción en lo que haya lugar para el logro de las necesidades, aun las más vitales.

La mayor parte de los conquistadores y pobladores se dedican, a más de la actividad guerrera, a la agricultura y a la ganadería: al azúcar, al tabaco y a la cría y explotación de ganado vacuno y caballar, más que porcino. Otros, al comercio y a la explotación de las minas de cobre. Los menos, a los incipientes oficios.

Con todo, las ciudades debieron contar con gente poseedora de conocimientos mecánicos e industriales, como: carpinteros, curtidores, tejedores, herreros, albañiles, gente diestra en algún oficio.

No existiendo actualmente estudios especiales sobre estos problemas, resulta difícil precisar; sin embargo, podemos pensar que la gente que se quedaba en las islas, no arriándose a pasar al Continente; practicara

algún oficio para cubrir sus necesidades, las más apremiantes, utilizando la mano aborigen. No se encuentran en las islas durante estas primeras décadas de vida colonial, rastros de cofradías ni del trabajo corporativo; aunque indudablemente, los *Cabildos* de las villas y ciudades, regularan, como era costumbre establecida antaño en la península, las relaciones de trabajo.

En Nueva España, en los primeros días de su conquista y colonización, se tropezó con semejantes problemas: el trabajo se realizó con una extremada libertad de acción y una sorprendente improvisación, aunque bajo dos formas fundamentales de gran importancia: permanencia —relativa si se quiere— en el sitio o ciudad fundada; y, la utilización de la técnica, o mejor dicho, la educación artístico-industrial de los indígenas; excelentes artesanos y artífices, que continuaron ejerciendo su arte e industria, en las principales capitales donde residían o en las de nueva fundación.

¿Cómo influyeron las artes y oficios indígenas en las nuevas técnicas importadas de España; unas de profunda raigambre medioeval, y otras recién elaboradas y puestas en práctica por el poderoso brote renacentista? Es un problema que no se ha estudiado, puesto que, habría necesidad de profundizar cada una de las artes industriales por separado para llegar a conclusiones apetecibles. Es indudable, empero, que hubo una transculturación sorprendente.

Algunas industrias, utilizando como se utilizaba, la mano indígena, como base esencial en los talleres, si no predominaron a las nuevas técnicas y métodos usados, sí influyeron favorablemente en ellas. Con claridad meridiana se nota esta influencia indígena, en la arquitectura y en la escultura, de las cuales por su misma naturaleza, nos quedan más ejemplos que en las artes menores. En la talla de madera, en alguno que otro objeto de plata y hierro, en las lacas michoacanas, en algunos textiles y en tejidos y bordados, primorosamente labrados por sabias manos morenas. Pero es indudable también, que bien pronto el indio, al contacto con nuevas técnicas industriales, olvidara los viejos métodos tradicionales de sus abuelos y adoptara *im promptu*, los nuevos procedimientos traídos por los españoles; sobre todo, si se tiene en cuenta que, por lo general, eran ellos en su mayoría, los maestros de los talleres y obradores.

Sostengo, que en numerosas industrias, la técnica indígena no desapareció por completo a través de la Colonia, sino que se acopló con la técnica española y por ende europea, dando por resultado una nueva técnica, un nuevo procedimiento industrial o artístico; ayudado, en gran parte, por las diferentes materias primas; algunas desconocidas totalmente por los conquistadores, pobladores y vecinos que tu-

vieron que usarlas forzosamente en la elaboración de los diversos productos que la manufactura y el arte requerían, y que, hubieron de suplir a las usadas en España, por su falta total o parcial en Nueva España. Por ejemplo: el *tequesquite*, usado en la elaboración de los curtidos y en algunas pinturas; el añil y la cochinilla usados en los tintes para los tejidos; igualmente, el palo de Campeche; el uso de innumerables fibras mexicanas (ixtle, henequén, lechuguilla), para la manufactura de tejidos de diversos usos. Diversas plantas y metales que transformaron a su vez, algunas industrias españolas y europeas.

Fué así, como se formó, con el transcurso del tiempo, una técnica mexicana, distinta de la indígena aborigen y distinta de la europea (española). Un procedimiento propio nuestro. De ahí resulta, que es fácil distinguir objetos y utensilios de otros tiempos, elaborados aquí, de otros de diferentes países. Esto es, productos mexicanos; objetos artísticos mexicanos de la época de la Colonia, diferentes a los manufacturados en Europa o Asia; diferentes a los producidos en el Continente.

Logramos en consecuencia, elaborar y poseer una técnica nuestra, propia y característica, si no en todos los casos, sí en numerosas industrias. He ahí explicado el título que encabeza este libro.

CAPITULO II

ORGANIZACION JERARQUICA DEL GREMIO

I. LOS APRENDICES.—II. LOS OFICIALES.—III. LOS MAESTROS.—IV. LOS CLAVARIOS.—V. EL OIDOR DE CUENTAS.—VI. LOS VEEDORES.—VII. LOS ALCALDES.—VIII. MESA O JUNTA DE GOBIERNO.—IX. LA MUJER EN EL GREMIO.

La estructura de la corporación gremial estaba integrada por diferentes categorías jerárquicas de personas. Del simple aprendiz al veedor y al alcalde, autoridades supremas, pasando por el oficial y el maestro. Categorías jerárquicas claramente delimitadas entre sí.

El aprendizaje era la iniciación obligatoria para abrazar un oficio o arte, y estaba sometido a una rígida reglamentación. Tiempo de estudio y de prueba durante el cual el futuro obrero debería aprender todo lo concerniente al oficio o arte, y debía, asimismo, sumisión y obediencia al maestro. De esta primera etapa de la escala jerárquica corporativa habré de ocuparme enseguida, para estudiar más adelante, los diferentes problemas que presentan otros aspectos de la institución.

I. LOS APRENDICES

1. *Edad mínima.*

Al niño o mancebo que entraba a trabajar en el taller u obrador de maestro examinado, se le daba el nombre de *aprendiz*.

No fijan las *Ordenanzas* gremiales, ni los mandamientos afines, la edad para poder ingresar legalmente al taller del maestro. No había en realidad un límite de edad para su entrada a él. Era comúnmente aceptado en la vida gremial, que entrasen a trabajar entre los 9 y los 18 años.¹

¹ Respecto a la mínima edad de admisión del aprendiz al taller, nada dicen las *Ordenanzas*; posiblemente en los talleres gremiales el *minimum* fuese 9 o 10 años determinados en el contrato de aprendizaje. La edad de admisión de acuerdo con la documentación que se cita a lo largo de este estudio, oscilaba entre los 9 y los 18 años, edad que corrobora por otra parte Enrique A. Cervantes, *Nómina de Loceros Poblanos*, (México, 1933), 19, 20,

2. *Heredad en el oficio.*

Por regla general, el aprendiz seguía el oficio del padre, ya en su propio taller o en el de algún otro maestro. Conforme con el transcurso del tiempo, se van haciendo los gremios organismos cerrados y monopolizadores y se va acentuando también este carácter de heredad en el oficio. Un ejemplo típico lo encontramos en la historia de la pintura en Puebla: así, Ignacio Rodríguez Ayala siguió el oficio de su padre Miguel Angel; los Berruecos, famosa familia de artistas; Pablo José Canseco continuó con el de su progenitor Diego, lo mismo que su hermano Miguel; Domingo Javier Carnero, hijo de José Rodríguez Carnero; Ignacio Aniceto Gutiérrez Polo, hijo de José Patricio Polo, y otros muchos más.²

Con todo y eso, el oficio o arte dentro del gremio no era patrimonio de castas hereditarias.

3. *Enseñanza.*

Tanto los padres del aprendiz y éste mismo, como los tutores o curadores en su caso, no perseguían como finalidad una retribución (*salario*), que compensara el servicio que prestaba en el taller u obrador, sino adquirir los conocimientos técnicos necesarios de tal arte o industria que le permitiesen en un futuro no lejano colocarse de maestro. El trabajo que desarrollaban el aprendiz y el oficial dentro del taller u obrador del maestro, eran accesorios. Como no había otra manera de adquirir los conocimientos del arte u oficio, que la de poner su trabajo a disposición del maestro, se celebraba para ese fin un contrato o escritura.³

La instrucción recibida en el arte u oficio que se eligiese, equivalía a la remuneración por su trabajo, o al menos, formaba parte de ella, puesto que el aprendiz recibía, además, comida, vestido y lecho,

23, 25, 31-4, 36, 43, 46, 47, 49, 57, 63, 68, 69, 81, 82, 90, 92, 100-2 y Lawrence Anderson, *El Arte de la Platería en México. 1519-1936*. (2 vols., New York, 1941), I, 230-8, 256-267; así como en AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 7, fs. 241-3, 259-60, 289. Sin embargo, había aprendices de mayor edad de la señalada. Hacia 1789, había más de 89 aprendices de plateros de 25 años, así aparece en la foja 258 y en *Civil Indiferente*, v. 64, Diligencias de empadronato 1753; Empadronato de 1811. *Vid. infra*, Nota 78.

² Francisco Pérez Salazar, "Algunos datos sobre la pintura en Puebla en la Epoca Colonial", *Memorias de la Sociedad Científica Antonio Alzate*, XLI, Núms. 2 y 3 (México, Nov.-Dic. 1922), 268-9, 274, 292-3.

³ Genaro Estrada, *Ordenanzas de Gremios de la Nueva España*, (México, 1920), 22, 38, 43, 45, 47, 140, 155. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 7, f. 261. AAMéx., Francisco del Barrio Lorenzot, *Compendio de los Libros Capitulares de la Muy Noble, Ynsigne y Muy Leal Ciudad de México*. MSS. I, 82, 86, 92, 94, 107, 108, 133-5, 179, 180, 183, 188-9, 214, 228, 236, 311, 315, 321, 332; II, 40, 63; III, 183.

y, en ocasiones, el salario mismo; por tanto, no era el aprendiz quien pagaba la enseñanza que recibía, sino el maestro quien pagaba el servicio que se le prestaba, permitiendo la entrada al taller u obrador.

No hay que perder de vista este doble aspecto de enseñanza y estudio y de trabajo continuos dentro de toda organización gremial, porque constituye nada menos que el punto angular básico de la institución.

4. *Contrato de trabajo.*

Costumbre establecida en la vida corporativa era que se tomase a prueba al aprendiz por un corto tiempo, en el cual el maestro pudiera apreciar las facultades, dotes o inclinaciones de su futuro discípulo:

"...Parece que al ingresar un aprendiz en el oficio con determinado maestro, y antes de hacer el contrato respectivo ante Notario Público, permanecía a prueba un corto tiempo, en el cual el maestro podía apreciar sus aptitudes, y el aspirante, definir su oficio."⁴

La entrada a un taller u obrador revestía ciertas formalidades *ad solemnitatem*. No era un acto privado. No hablan, por desgracia, las *Ordenanzas*, de los derechos y las obligaciones recíprocas entre maestros y aprendices. Unos y otros se especificaban en un contrato escrito.

Ante un notario y dos testigos se otorgaba un contrato entre los padres, tutores o curadores, en su caso, del aprendiz y el maestro, por el cual contraían, tanto el maestro como el aprendiz, determinados derechos y obligaciones, registrando sus nombres en el libro del Escribano del oficio o Clavario que para tal efecto cada gremio llevaba. He aquí un contrato o "escritura" de aprendizaje que ilustra lo que llevo dicho y lo que diré más adelante.⁵

"Phelipe de la Peña, que será de edad de 13 años y 6 meses a el cual por verlo en edad competente a aprender el oficio de batihoja de panecillo de oro y plata a que se ha inclinado y tiene tratado de ponerlo en la casa y tienda del maestro Miguel de Ledesma y Navarrete maestro de dicho arte... que pone a oficio por aprender a dicho Phelipe de la Peña su hijo, por el tiempo y espacio de 4 años que han de empezar a correr y

⁴ Enrique A. Cervantes, *Loza Blanca y Azulejo de Puebla*, (2 vols., México, 1939), I, 55.

⁵ Estrada, 38-9, 40, 74, 90, 140. Genaro Vázquez, *La Legislación del Trabajo en los Siglos XVI, XVII y XVIII*, (México, 1938), 75. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 5, fs. 249-2; fs. 262v, 263. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Compendio*, I, 92, 94-5, 214; II, 63. Heinrich Berlin, "Los Archivos notariales como fuente para la historia del Arte Colonial en Latinoamérica", *TAX: Acculturation in the Americas. Proceedings of the 29th. International Congress of Americanists*, II, (Chicago, 1952), 308.

contarse desde hoy día de la fecha en adelante dentro de los cuales ha de servir a dicho maestro en todo lo que fuere tocante a dicho oficio y asimismo en lo que le ofreciere del ministro de su casa, dándole cama, casa, de comer y beber y ropa limpia, tratándole bien y enseñándole el dicho oficio con todas las circunstancias, avisos y documentos necesarios, de manera que en el referido tiempo lo aprenda con la perfección que dicho maestro la sabe sin reservarle ni encubrirle cosa alguna haciendo que dicho Phelipe de la Peña lo ejercite por su mano, de suerte que no ignore cosa de lo que debe aprender ni el dicho maestro se lo deje de enseñar.

Y si cumplido dicho tiempo no estuviere dicho su hijo bastante capaz y suficiente en el dicho oficio, lo ha de poder poner la otorgante con otro maestro que a costa de dicho Miguel de Ledesma y Navarrete lo acabe de enseñar en el tiempo que fuere necesario o lo ha de tener en su casa pagándole al respecto de oficial hasta que lo sea consumado cual más quisiera dicho Phelipe de la Peña.

Y asimismo ha de ser obligado dicho maestro a curarle sus enfermedades como no pasen de 15 días; y cumplido dicho tiempo de 4 años, le ha de dar un vestido entero y por su defecto 30 pesos en reales; y se obliga la dicha Theresa de Monsón a que dicho su hijo no se ausentará de la casa de dicho maestro y caso que lo haga, luego que sea avisada, hará diligencias en su busca y le da poder a dicho maestro para que por su cuenta lo busque y hallado que sea lo volverá a dicha tienda y casa con prisiones."

Esta clase de contratos de aprendizaje era común y corriente entre todos los artesanos por disímolos que fuesen sus oficios: batihojas de panes de oro, carpinteros, herreros, sastres, zapateros, etc., así como entre artistas y artífices, como arquitectos, pintores, plateros, etc., puesto que, en la sociedad de la Colonia, los artistas y artífices se equiparaban a los artesanos formando, como ellos, agrupaciones gremiales.

Con gran formalidad y ceremonia se iniciaba el futuro artesano o artista en el gremio de su elección. "¡Padres muy escrupulosos llevaron ante notario hasta la enseñanza de la música!", dice humorísticamente Berlin, pero no sin falta de razón.

El contrato o "escriptura", como decían las *Ordenanzas*, o sea la relación de trabajo, era, en consecuencia: a) un contrato silanagmático; es decir, las dos partes: maestro y aprendiz, se obligaban recíprocamente para ese fin, el uno hacía el otro; b) oneroso, ya que cada parte recibía algo de la otra: enseñanza, alojamiento, comida, vestido y demás prestaciones necesarias por parte del maestro y determinada cantidad de trabajo por parte del aprendiz; c) de tracto sucesivo, esto es, cuyos efectos se prolongaban en el tiempo que duraba la prestación del servicio o validez el testimonio del notario, o sea, la propia escriptura.

Por otra parte, las estipulaciones contractuales revelan muchos detalles de las costumbres gremiales y sociales de los artistas y de los artesanos coloniales. Un estudio comparativo de esta clase de documentos, no sólo de diferentes épocas o de determinado lapso de tiempo, sino de diferentes regiones del país, dará sin duda novedosos y desconocidos aspectos de la institución que vengo estudiando. Análisis que por los límites y la índole de este estudio me es imposible hacer, pero que dejo para otra ocasión.

5. Obligaciones del aprendiz.

La relación de trabajo empezaba con la propia prestación de servicio del aprendiz desde el momento en que entraba a trabajar al obrador o taller. Eran obligaciones del aprendiz: a) prestar el servicio *en persona*; las sustituciones del aprendiz sólo eran posibles mediante acuerdo expreso entre el maestro y los padres, tutores o curadores de aquél, en caso de que fuese obligado a prestar el servicio en lugar distinto del convenido, así como en tiempo diferente o en otras condiciones de las establecidas. El trabajo, pues, debía hacerse "...por su mano...", como dice la escritura anterior, y en términos parecidos o análogos, los contratos de aprendizaje; b) guardar fidelidad, es decir, no ejecutar acto alguno que redundara en perjuicio de la persona o de los intereses del maestro, tales como hacer concurrencia desleal durante la prestación del servicio, divulgar secretos profesionales, tratar directamente con la clientela, etc.; c) prestar auxilio en cualquier momento cuando peligraran la persona o intereses del maestro y de los artesanos sus compañeros, por siniestros, riesgo inminente (inundación, incendio), etc.; d) cuidar las herramientas y utensilios de trabajo y devolverlos al terminar el aprendizaje y oficialato; e) "ser de buenas y loables costumbres", absteniéndose de todo acto injurioso o mal trato con el maestro y compañeros de labores; f) obedecer al maestro como queda dicho, respetarlo y servirlo "...ha de servir a dicho maestro en todo lo que fuere tocante a dicho oficio y asimismo en lo que se le ofreciere del ministro de su casa..."; g) derivado del contacto íntimo y cotidiano de la vida en común, debía guardar absoluta reserva de la vida privada del maestro y de sus familiares; y por último, i) aprender el oficio, para lo cual expresamente había sido puesto bajo tutela del patrón, "...ejecutando el trabajo con la intensidad, cuidado y esmero apropiados".⁶

⁶ *Gaceta Municipal de Guadalajara, Epoca Colonial*, (Guadalajara, 1917), I, 114-5, 144. Artemio del Valle Arizpe, *Notas de Platería*, (México, 1941), 45-6, 499. Cervantes, *Op. cit.*, I, 56. Heinrich Berlin, *Historia de la Imaginería Colonial en Guatemala*, (Guatemala, 1952), apéndice 4, Aprendiz, 203-204.

No solamente debían obedecer al maestro, sino también, en ciertas ocasiones, a los oficiales, quienes ocupaban un rango superior al suyo dentro del trabajo del taller u obrador, y jerárquico dentro del gremio, aunque sólo los maestros podían tener aprendices.

A veces, eran empleados en servicios ajenos al arte u oficio, como barrer, limpiar, llevar y traer los mandados, etc.; obligándolos tanto los maestros como sus familiares a hacer faenas interiores y domésticas del taller, tienda u obrador, quedaba pues obligado a cumplir todas las órdenes de su maestro siempre y cuando fuesen honestas. Es de presumir que hubo de haber habido numerosos abusos.⁷

6. Duración del aprendizaje.

No se halla en las *Ordenanzas* gremiales estatuido el principio de entera libertad de las convenciones en cuanto a duración del aprendizaje. Resulta extraño que unos oficios marquen más años de aprendizaje que otros, igualmente difíciles de aprender y de gran laboriosidad y cuidado. No hay una norma general en este sentido. Hay que ver en estas anomalías el encumbramiento de ciertos oficios y el desecho de restringir el número de maestros.

Los maestros, sin duda alguna, se beneficiaban en prolongar la duración del aprendizaje, ya que les aseguraba el servicio gratuito, se puede decir, de unos artesanos, que, al cabo de algunos años, eran prácticos y hábiles. Esto obedecía al interés general de la corporación. Obedecía también al interés de la sociedad en general, el que los maestros y oficiales tuviesen la responsabilidad legal del adiestramiento de quienes se acogían a sus enseñanzas por el tiempo prescrito en el contrato.

En algunas *Ordenanzas* se señala el tiempo más o menos razonable para adquirir los conocimientos necesarios para tal arte u oficio; pero este lapso de tiempo quedaba estipulado expresamente en el contrato o escritura de aprendizaje, y variaba de dos a seis años, según el oficio o arte escogidos.⁸

Se exceptuaba a los hijos del maestro examinado, quienes tenían derecho a aprender el oficio de su padre y gozaban, en algunos oficios, de exención en el pago o rebaja a la mitad.⁹

⁷ Valle Arizpe, *Op. cit.*, 155.

⁸ Estrada, 38, 45, 55, 74, 76-7, 97, 100, 102, 135, 155, 166, 177. Vázquez, *Op. cit.*, 159. Cervantes, *Nómina de Loceros Poblanos*, *Loc. cit.* Berlin, *Op. cit.*, 32-33. AAMéx., Barrio Lorenzot, I, 92, 93, 95, 214: II, 63.

⁹ Estrada, 39, 40, 45, 48, 76, 90, 102, 141, 166. Vázquez, 45, 102, 149. AAMéx., Barrio Lorenzot, I, 93, 109, 183, 333: II, 93, 214.

FIG. 1. Uno de los *Compendios* hecho por el Abogado Francisco del Barrio Lorenzot citado en este estudio. Fot. del Autor.

7. Número de aprendices.

El número de aprendices que trabajaban en un taller u obrador estaba limitado unas veces y otras no; así aparece en las *Ordenanzas*.¹⁰ Algunas prohibían contratar demasiados asalariados, pero sólo para evitar que los patronos o maestros más ricos, de mayor prestigio o más emprendedores, monopolizaran la producción, evitando así que los maestros pudiesen absorber el trabajo en detrimento de los demás de un mismo arte u oficio. En otras palabras, se trataba de evitar excesivas desigualdades, procurando guardar un equilibrio, una armonía en la concurrencia.

Tanto las propias *Ordenanzas* como la costumbre, establecieron que los aprendices fuesen escogidos comúnmente entre los hijos de los trabajadores agremiados.

El gremio tenía odio a la excesiva producción y competencia, y al reducir el número de aprendices —tan sólo en algunos oficios, no en todos—, limitaba para lo venidero el de los maestros, evitando de este modo que fuesen muchos los que participaran de las ganancias. Por eso reconoció a los hijos de los maestros, a quienes el nacimiento ponía a la entrada del taller u obrador, el derecho de entrar a él, dándoles grandes facilidades para hacerlo. Así, por ejemplo, el gremio del *Arte Mayor de la Seda* —uno de los más celosos en su régimen interno—, ordenaba, que al hijo de maestro examinado se le enseñara el oficio sin escritura, estando exento de los derechos de examen, aprendizaje, etc.¹¹

Es indudable, sin embargo, que el espíritu que animaba a la legislación gremial era el democrático de igualdad y que tenía el fin manifiesto de impedir que se rompiera ese orden económico y social fundado en la igualdad de las condiciones de trabajo y de la producción y de la venta. Las limitaciones al número de aprendices, pues, obedece también a éste principio.

Por otro lado, ese sentimiento familiar que emanaba de ésta y de otras normas semejantes contenidas en las *Ordenanzas*, estatutos o mandamientos afines y en los contratos de aprendizaje, sobrepone este sentimiento familiar por encima del concepto de la concurrencia, medula del trabajo corporativo, toda vez que aquellos maestros que tuvieran mayor número de hijos disponían de mayor mano de obra que otros que vivieran en el celibato o sin hijos. Parece imposible sacar una de-

¹⁰ Estrada, el gremio del arte mayor de la seda admitía 4 aprendices, 45; el de confiteros de 1603, permitía tener 2 o más "mozos" o aprendices, 165. Vázquez, 149, 154. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 154-6. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 56, 60, 85, 95, 108, 109, 373.

¹¹ Estrada, 54, 76, 102. Vázquez, 43. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 92, 94, 96; II, 63, 214.

ducción, ya sea en favor de la opinión que considera la concurrencia como único verdadero motivo el de la limitación, o bien, en favor de la que acepta esta limitación para interés del aprendiz. Quizá una documentación posterior nos daría la clave.

8. Obligaciones y derechos del maestro.

Veamos ahora sucintamente las obligaciones del maestro. Eran obligaciones del patrono o maestro examinado, con taller u obrador: a) la fundamental del proporcionar trabajo, es decir, la de adiestrar técnicamente y proporcionar enseñanza al pupilo o aprendiz; ahora bien, no siempre era posible que el maestro personalmente instruyese al aprendiz. La enseñanza debía de hacerla sin reservas ni encubrimientos: "bien y cumplidamente", y "...enseñándole el dicho oficio con todas las circunstancias, avisos y documentos necesarios, de manera que en el referido tiempo lo aprenda con la perfección que dicho maestro lo sabe sin reservarle ni encubrirle cosa alguna..." Así dice el contrato que transcribí con antelación y con semejantes términos se expresan los contratos de esta naturaleza. Comúnmente, estaba subordinado en el trabajo y enseñanza a los oficiales, quienes les instruían en los primeros pasos del oficio, estando bajo la vigilancia y cuidado del maestro. Para la enseñanza práctica debía facilitarles las herramientas y útiles, así como los materiales que hubiere menester; en otras palabras: intervenía directamente con su propia materia prima y utensilios en la instrucción de sus pupilos; b) debía observar buena conducta, para el buen ejemplo de sus subordinados aprendices y oficiales, no presentándose ebrio, mariguano, etc.; c) tenía que darles alojamiento, alimentación y vestido, así como aseo de la ropa; cosa, ésta última, que generalmente hacían los mismos aprendices. Un contrato de aprendizaje entre *Loceros* decía, refiriéndose al vestido que el maestro debía de dar:

"...un bestido depaño de la tierra diesiocheno, calson, sopilla, (sic). capa, dos camisas con sus balonas, medias, zapatos y sombrero..."¹²

d) de proporcionarles atención en caso de enfermedad, vigilando por su salud y de hacer los gastos necesarios para recuperarla, "...a curarle sus enfermedades como no pasen de 15 días..." Algunos contratos no ponen límites, otros unos quince días, otros un mes. Si la en-

¹² Cervantes, *Loza Blanca y Azulejo de Puebla*, I, 55-6. Estrada, 182. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 110. A. Millares Carlo y J. I. Mantecón, *Índice y extracto de los protocolos del Archivo de Notarios de México*, D. F., (2 vols., México, 1945), II, 111.

fermedad se prolongaba, los gastos corrían de cuenta del padre o tutor del aprendiz. Y sobre todo, e) la obligación de la duración de la enseñanza, que concluía cuando el aprendiz había adquirido los conocimientos necesarios; duración que se hallaba determinada taxativamente en los contratos de trabajo y en las *Ordenanzas* (en algunos casos, no en todos), como ya se ha visto. A veces tenía que darle un juego de utensilios de su oficio y podía ser también obligación del maestro, la de enseñar a leer, contar y doctrina cristiana.

¿Se les daba salario? Hay alguna alusión al respecto, como el que "entra a servir de soldada", esto es, por salario; pero era más probable que les diesen algún dinero al terminar la enseñanza. Más que los aprendices eran los oficiales quienes gozaban de una paga por su trabajo, de un salario. A los aprendices se les daba ropa en vez de dinero "...y cumplido el tiempo de 4 años, se le ha de dar un vestido entero y por su defecto 30 pesos en reales..."

Los padres, tutores o curadores del aprendiz, ¿pagaban al maestro por el aprendizaje al tiempo de terminar éste o a la hora de firmar la escritura o contrato? ¿Qué cantidad era la comúnmente acostumbrada? Estos y otros problemas análogos no se encuentran especificados en las *Ordenanzas* y mandamientos afines; es posible: o que no existieran, o, con mayor probabilidad, que una documentación ulterior dé más luces sobre el asunto.

Es indudable pensar, sin embargo, que un maestro que se comprometía a enseñar, a dar comidas, alojamiento y vestido, de lo que más le interesara sería el hacerse retribuir todos estos servicios y las cantidades supuestas a erogar, y que las cobrara anticipadamente al tiempo de formar la escritura, de acuerdo, claro es, con los propios servicios, la costumbre y el medio ambiente. No se halla cláusula alguna que impidiera al maestro exigir un precio exagerado al padre del pupilo o aprendiz, o de abusar de la pobreza de una familia para imponer al niño un aprendizaje excesivo, haciéndole trabajar duramente, de acuerdo con sus conveniencias.

Debemos convenir, que a todo maestro con taller en producción le convenía sobremanera adiestrar la innata habilidad de sus aprendices y oficiales, por cuanto, que ellos hacían o coadyuvaban incesantemente a los trabajos encomendados al maestro, al taller. Le importaba al maestro, indudablemente, el logro de buenos aprendices y oficiales en quienes descargar toda su confianza en la producción de la manufactura o del objeto mueble. Muchachos listos, hábiles, diestros en el manejo de los instrumentos y de la materia prima; diligentes y sumisos a sus órdenes, mandatos y observaciones. En suma, en tener bajo

su mando y dirección un equipo humano especializado, adiestrado para llenar las exigencias y las eventualidades de su taller u obrador.

De tal suerte hubieron de privar estas ideas —por lo demás extendidas a toda la industria artesana, aún hoy día—, que si pasado el tiempo estipulado en el contrato, el niño no había aprendido suficientemente el oficio al cual se le había dedicado, el maestro debería pagar su aprendizaje con otro maestro del oficio hasta que terminara de enseñárselo; o bien, pagarle como si fuese oficial hasta estar capacitado para desempeñarlo.

Así, era corriente, que se estipulara en los contratos de aprendizaje cláusulas semejantes o parecidas a ésta:

"Y si cumplido dicho tiempo no estuviere dicho su hijo bastante- mente capaz y suficiente en el dicho oficio, lo ha de poder poner la otorgante con otro maestro que a costa de dicho Miguel de Ledesma y Navarrete [aquí el nombre del maestro] lo acabe de enseñar en el tiempo que fuere necesario o lo ha de tener en su casa pagándole al respecto de oficial hasta que lo sea consumado cual mas quisiera dixho Phelipe de la Peña [aquí el nombre del aprendiz]." Como aparece en el contrato transcrito.

Por último, los contratos de aprendizaje estaban sujetos al examen y aprobación de los veedores o de las autoridades del Cabildo, como competentes para rechazar o admitir cláusulas para el aprendiz. Es de suponer que en todo esto se regían más por la costumbre que por las leyes o las pragmáticas.

Para el mayor logro de la enseñanza impartida en el taller, el maestro tenía el derecho de vigilancia en el oficio, restringiendo a su agrado el empleo en su trabajo y el tiempo o jornada del mismo, controlando así, a un tiempo, su conducta y su producción; y en segundo término, el derecho disciplinario o de corrección, imponiendo al indisciplinado, perezoso o vicioso, castigos y correcciones. En este aspecto, el maestro era un verdadero *pater familiae*.

Admitido en los contratos entre el maestro y los padres, tutores o curadores del aprendiz este derecho de corrección corporal, degeneró, en ocasiones, en abusos o crueldades, como cabe suponer. Facultado el maestro para imponer medidas disciplinarias que corrigiesen al aprendiz que rompiera el orden preestablecido, es indudable que se abusara de este derecho, pues las leyes vigentes señalaban castigos y obligaban a la indemnización a los maestros que hicieran daño "... con pial, piedra u otra cosa dura, lesionando al aprendiz o causándole la muerte..."¹³

¹³ *Gaceta Municipal de Guadalajara*, I, 114-5, 144. *Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias*, 4 vols. (Madrid, 1680), Lib. IV, Tit. 3, Ley. 2. Etienne Martin de Saint

Si el aprendiz huía, cosa que era frecuente por el mal trato que se le daba, o porque extrañara la vida de su hogar, o por otras causas, el patrón no podía contratar a otro individuo sino después de transcurrido cierto tiempo señalado por el contrato de aprendizaje; tiempo éste en el cual el aprendiz podía volver a su trabajo habitual. Si volvía, estaba obligado, en principio, a resarcir el daño ocasionado al maestro por su intempestiva falta al taller; empero, esto no entrañaba la ruptura del contrato.¹⁴

Si no volvía y no se daba con su paradero para hacerlo volver al taller, sus padres, tutores o curadores en su caso, estaban obligados —en principio—, a poner otro aprendiz en el lugar del prófugo, corriendo desde luego por su cuenta con los gastos del nuevo aprendiz y los daños y perjuicios ocasionados por la fuga del aprendiz anterior.¹⁵ Hay que señalar que esta interdicción era perjudicial al maestro, por cuanto se veía precisado a restringir su producción.

Ahora bien, ¿provocaban los maestros las huidas para poder alegar el cobro de los daños y perjuicios que ocasionaba su falta en el taller u obrador? En realidad, era por abusos de los maestros que inducían a irse a los aprendices del taller. Los legisladores pensaron, sin duda, y así lo mandaron, se les diese una vida soportable, cosa que, por otro lado, estaba latente en el ámbito de la vida gremial, rutinaria y monótona.

9. Terminación del contrato de trabajo.

El contrato de aprendizaje terminaba: a) por mutuo consentimiento; b) por la muerte del maestro, que generalmente traía aparejada la ineludible y forzosa terminación del negocio. Muchas veces, sin embargo, la mujer continuaba con la tienda y taller de su marido difunto, con los mismos aprendices y oficiales a su servicio. La historia de la imprenta en México nos da un claro ejemplo de ello: doña María de Sansorio, viuda del impresor Pedro Ocharte, su segunda mujer, continuó hacia 1592-97 con la acreditada imprenta de su cónyuge muerto; igual cosa aconteció con doña Catalina del Valle, viuda de Pedro Balli, hacia 1611-14; con María Espinosa, viuda de Diego López Dávalos, hija del tipógrafo Antonio de Espinosa, hacia 1611-15; con Paula de Benavides, viuda de Bernardo Calderón, hacia los años de 1640-84, y

Leon, *Histoire des Corporations des Métiers, depuis leurs origines jusqu'au leurs suppression en 1791, suivi d'une étude sur l'évolution de l'idée corporative au XIX siècle et sur les syndicats professionnels*, (Paris, 1897), 14. Millares y Mantecón, *Op. cit.*, II, 50, 61, 82.

¹⁴ Estrada, *Ords. de Batallas 1598*, 143. Berlin, *Op. cit.*, 33.

¹⁵ Valle Arizpe, *Op. cit.*, 115. Cervantes, *Op. cit.*, I, 56-7.

con otras muchas más que siguieron con las imprentas que habían acreditado sus deudos;¹⁶ c) por muerte del aprendiz; d) por venta o cesión del obrador o taller a otro maestro, que hacía que pasara sus propios aprendices y oficiales. Esta venta o cesión no estaba autorizada más que en circunstancias excepcionales, como en caso de extrema pobreza del patrón, en caso de viaje a Ultramar o en caso de enfermedad incurable que lo postrara en el lecho; e) por expulsión del aprendiz, vuelto a entrar en la corporación después del término fijado en la escritura, o bien que volvía a reincidir; f) por incapacidad física o mental, tanto del maestro como del aprendiz (parálisis, rotura o pérdida de algún miembro, locura, idiotez o imbecilidad, etc.); g) por faltas de asistencia al trabajo sin permiso del patrón o causas justificadas (enfermedad o algún impedimento fortuito); h) por terminación del tiempo fijado en el contrato.

10. Rescisión del contrato de aprendizaje.

Eran causas para que se rescindiera el contrato: a) la absoluta ineptitud del aprendiz para el arte u oficio que pretendía aprender; b) las injurias o faltas graves de consideración a la persona del maestro y las de sus familiares; c) la desobediencia notoria del aprendiz; d) la falta de cumplimiento de lo contratado por parte del aprendiz, sus padres, tutores o curadores en su caso. Estos, a su vez, podían sacarlo por las causas anteriores y por lo excesivo de la rigidez o malos tratos del maestro.

El que diese motivo a la despedida o separación injusta del aprendiz del taller, debía indemnizar a la parte opuesta de los daños y perjuicios causados. Igualmente se indemnizaban si dañaban "maliciosamente la obra"; esto es, si sabotaban.¹⁷

A los alumnos, aprendices y oficiales que eran separados del gremio por alguna de las causas enumeradas, se les cerraban prácticamente —por algún tiempo al menos— los talleres u obradores de los maestros del arte u oficio, ya que se notificaba a los demás agremiados los motivos de tal separación.¹⁸

¹⁶ Estrada, *Ords. del Arte Mayor de la seda 1526*, 46. José Toribio Medina, *La Imprenta en México (1539-1821)*. (8 vols., Santiago de Chile, 1902-1912). I, CXXXIII-V, CXXXX, CXLI, CXLIII, CLVI-XII, CXLIV-CLV, CLXVI-CLVIII, CLXX, CLXXV-VI, CXCH. Emilio Valtón, *Impresos Mexicanos del siglo XVI*, (México, 1933), 85-6, 201 y ss.

¹⁷ Estrada, *Ords. del Arte Mayor de la Seda 1526*, 25; de *Sombrereros 1571*, 99. Vid., Berlin, *Op. cit.*, 34. El caso de ruptura del contrato por orden judicial, por imputar actos deshonestos al aprendiz.

¹⁸ AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 283, leg. 3, exp. 23, f. 47.

Esto ocasionó, como se deduce fácilmente, que oficiales y aprendices incapaces o inhábiles, obligados por tales medidas, emigrasen a las ciudades y poblaciones del interior del Virreinato.

Pero en estos casos, ¿los aceptaban los maestros sin ninguna formalidad? He dicho antes que la entrada al taller estaba sujeta al contrato de aprendizaje. Por último, ¿tenía la misma validez legal un contrato de aprendizaje verbal que uno escrito? Es de presumir que todo contrato consensual fuese nulo y la falta de contrato escrito fuera imputable a los padres del aprendiz, tutores o curadores.

11. Excepciones de contrato.

En fin, para terminar con los problemas relativos al aprendizaje, señalaré que, por excepción, no se requería aprendizaje en un oficio: el de *Batihojas*; lo cita la ordenanza respectiva de 1598, que dice:

"Que no se prescriba tiempo para los aprendices sino que cualquiera que, pidiere examen, se le dé en cualquiera tiempo estando hávil..."¹⁹

Es posible que, al igual que en este oficio, hubiera a principios del coloniaje otros en que no se exigiría el examen, por razones obvias que no es preciso analizar; pero en todo caso constituyeron excepciones. Precisamente, como se verá adelante, la medula de esta institución era el aprendizaje, la preparación técnica.

Vistos los diversos aspectos que presenta el aprendizaje a través de las *Ordenanzas* gremiales y mandamientos afines, en los que es necesario advertir, no aparecen señaladas sus funciones y atributos de una manera clara y precisa, como lo están otros diversos aspectos de la institución que más adelante estudiaremos. Paso a analizar lo referente al oficialato, un escalón más en el rango jerárquico gremial.

II. LOS OFICIALES

1. Requisitos.

Las palabras *oficial*, *laborante*, *mancebo*, o *compañero*, designaban al individuo que había hecho satisfactoriamente su aprendizaje.²⁰ Designábase también genéricamente como *oficial* al que se consagraba

¹⁹ Estrada, *Ords. de Batihojas 1598*, 143; *Ords. de Batihojas de Panes de Oro 1599*, 146.
²⁰ Estrada, 38, 45, 53, 55, 74, 76, 78. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 54, 108, 180, 188-9, 321; II, 40.

a un oficio o al que poseía tienda o taller, pero sin tener la carta de examen; en otros términos, el oficial era el asalariado que había cumplido ya su aprendizaje, pero que no había obtenido aún el rango de maestro.

2. Examen.

Acompañado del maestro con quien había trabajado, acudía a que se registrase su nombre en el libro de los oficiales que llevaban el Fiel de Fechas o los veedores del gremio. Después de uno a tres, o más años de oficialía, solamente después de ella, y comprobada, podía pasar a ser maestro.²¹ Para ello era necesario poseer cierta cantidad de dinero para con ella poder abrir la tienda u obrador,²² y tener además los conocimientos suficientes para presentar el examen requerido.²³ El examen se solicitaba por escrito por el presunto examinado, ante el Cabildo,²⁴ debiendo comprobar su oficialato con la escritura o contrato de oficialía, o con el testimonio de personas idóneas.²⁵

Este examen se hacía públicamente en forma teórica y práctica "...de Obra y de palabra...", o en ambas formas, que era lo más usual, ante escribano, veedores y testigos. La parte teórica consistía en preguntas y repreguntas sobre el oficio, ejercicios teóricos y memorísticos, resolución de problemas o cálculos, dibujos; empezando los maestros que componían el jurado examinador, por regla general, examinadores en turno en aquel año. En el gremio de *Plateros*, que es el del que contamos con mayor documentación y del que poseemos libros enteros de exámenes, (que se citan en la bibliografía), aparece que examinaban dos veedores, mayordomos y diputados.²⁶ Es posible que en otros oficios existiese idéntica costumbre. Según se desprende de las *Ordenanzas*, la forma descrita era la acostumbrada.

²¹ Estrada, 36, 38, 45, 55, 74, 76-7, 97, 100, 131, 133, 135, 166. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 54, 92, 95, 108, 180, 188-9, 214; II, 40, 63.

²² Algunas ordenanzas permitían a los agremiados oficiales un término de 6 meses perentorios para buscarse el dinero suficiente para sus exámenes, previo aviso de los veedores a las justicias o Cabildo. Estrada, *Ords. de Carroceros 1706*, 90.

²³ *Ibid.*, 5, 38, 40, 43, 129, 140, 141, 180, 182. Vázquez, 29, 64, 71, 75, 81. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 12-3, 61, 65, 82, 85, 92, 132, 184-5, 194-6, 201, 202, 219, 249, 304, 316-7, 326, 341, 347, 348, 364; II, 32.

²⁴ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, fs. 75, 89; exp. 3, fs. 28-33; exp. 6, fs. 70, 81; exp. 7, f. 64; v. 382, leg. 2, exp. 11, fs. 6, 21; exp. 12, fs. 65-8; exp. 13, f. 65; exp. 16, f. 12; v. 383, leg. 3, exp. 21, fs. 48-9; exp. 33, f. 1. *Arquitectos*, v. 380, exp. exp. I, fs. 5-9. AGN., *Industria y Comercio*, v. XXXII, exp. 18, fs. 5-6.

²⁵ Estrada, 9, 38, 40, 90, 129, 131, 133, 135, 166. Vázquez, 75, 78, 81, 85, 93, 128, 149. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 12-3, 61, 65, 82, 85, 92, 132, 184-5, 194-6, 201, 202, 214, 219, 249, 270, 289, 294, 304, 316-7, 326, 347, 348, 364; II, 32.

²⁶ AGN., *Casa de Moneda*, vs. 1, 271. Ambos volúmenes traen numerosos exámenes, de plateros en su mayoría. AGN., *Alhilda*, *Media Annata*, legs. 267-69, 270-11, 270-25.

Si la prueba era satisfactoria, quedaba aprobado el sustentante de ella en lo que respecta a la parte *teórica*. Los maestros examinadores sacaban en suerte la clase de obra práctica o *maestra u obra perfecta*, que debía hacer el examinado.²⁷ Esta última parte la constituía una obra bien ejecutada llamada *pieza de examen*, que pasaba a hacerla el oficial pretendiente en la casa de uno de los examinadores; generalmente, en la del más antiguo o en un convento o capilla, o en el propio Ayuntamiento.²⁸

Las *Ordenanzas*, por regla general señalan en qué debían consistir las pruebas prácticas; así, a los *Violeros* no se les daba carta de examen si no sabían hacer: un claviórgano, un manocordio, un laúd, una vihuela grande de piezas y otras vihuelas menores;²⁹ los *Carpinteros Entalladores* debían saber hacer una figura desnuda y otra vestida, "*bien medida y con buena gracia*";³⁰ los *Zapateros*, "*una bota rodillera*", una botilla de hacer zapato con embono morisco o de planta, un zapato de hombre y uno de mujer, entre otras muchas cosas más.³¹ Las *Ordenanzas*, al regular este acto, muestran un casuismo exagerado —aunque propio de la época—; casuismo al que me referiré más adelante.

Cumplida la tarea, los veedores daban certificación de que la pieza hecha había sido realizada sin consejo ni ayuda de nadie, y esto era sometido a examen o voto general. La autoridad que aprobaba la constituían los alcaldes, veedores o maestros examinadores que se nombraban para el efecto, y una persona designada por el *Ayuntamiento* o *Cabildo*: comúnmente, el escribano de él y dos testigos por parte del examinado, que tan sólo daban fe, y los concurrentes al acto; éstos últimos eran espectadores tan sólo.³² El público gustaba de estas pruebas que revestían cierta formalidad.³³

²⁷ Estrada, 5, 38, 40, 43, 78-9, 84-6, 88-9, 90, 96-7, 103, 110, 115, 126-7, 129, 131, 133, 134, 136, 138-9, 140, 143, 145, 147, 153-4, 155-6, 160, 166, 174-5, 177, 180, 182, 184-5. Vázquez, 28-9, 64, 79, 85, 93-4, 98, 120, 137 y ss., 153. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 12-3, 61, 65, 82, 85, 92, 132, 184-5, 194-6, 201, 202, 214, 219, 249, 270, 289, 294, 304, 316-7, 326, 347, 350-1, 364; II, 32. *Artesanos Gremios*, v. 381, exp. 2, fs. 8, 59, 91; exp. 3, fs. 9-10; exp. 6, f. 67; exp. 7, fs. 73-4, 79, 87; v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 21-2, 60-1, 83, 137-40; exp. 16, fs. 38-9, 73-4; v. 383, leg. 3, exp. 21, fs. 32, 45; exp. 23, f. 1; exp. 28, fs. 4-5. *Arquitectos*, v. 380, exp. 1, f. 16. *Procuración General*, v. 444, f. 36. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 5, fs. 224, 226.

²⁸ Estrada, 23, 24, 36, 129, 143, 147, 154. Vázquez, 82, 136. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 500. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 12, 94-5, 107-8, 133-6, 179-80, 183, 214, 228, 236, 311, 326, 332; II, 63.

²⁹ Estrada, *Ords. de carpinteros, entalladores y violeros 1568*, 85.

³⁰ *Ibid.*, 86.

³¹ *Ibid.*, *Ords. de zapateros 1749*, 115.

³² *Ibid.*, Véanse todas las ordenanzas en general.

³³ Vázquez, 136, 149. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 125, 140, 500. Manuel Romero de Terreros y Vinent, *Artes Industriales en la Nueva España*, (México, D. F., 1923), 28.

Caso de excepción dentro de la vida gremial, eran los exámenes de los *Plateros, batihojas y tiradores de oro y plata*, que se verificaban ante el *Ensayador Mayor del Reino*, que era el "*Juez Veedor y Visitador perpetuo de las tres Artes Mayores*", en la casa de éste o del Real Ensayador.³⁴ A fines del siglo XVIII, no podían examinarse sin la certificación del *Secretario de la Real Academia de San Carlos*, de haber asistido normalmente a la clase obligatoria de dibujo impuesta por el gremio; el cual, con un gran sentido de la realidad en que se desenvolvía la vida artística de este oficio, implantó para su mejor desarrollo, como obligación ineludible, la práctica de dibujo.³⁵

Para prepararse a sustentar examen se les concedía de uno a seis meses. En efecto, los oficiales impedidos de presentar el examen, ya sea por considerarse mal preparados, ya por ser pobres, o estar enfermos o cargados de hijos y tener que trabajar duramente para sustentarlos, u otras causas análogas, pedían licencias al *Cabildo*, de dos, tres, cuatro o seis meses, para examinarse y para que en ese lapso de tiempo se les permitiera ejercer el oficio libremente y no les molestaran los veedores del gremio a que pertenecían. Para ello se les daba una licencia o *billete*, como se le designaba, que presentaban a los veedores cuando éstos lo requirieran sirviéndoles de salvaguardia.³⁶

Esto venía a constituir una modalidad introducida y aceptada por la costumbre, que fué extendiéndose poco a poco rompiendo con las trabas que se les ponían a los agremiados por las *Ordenanzas*: modalidad impuesta por las condiciones propias en que se desarrollaba el trabajo corporativo y que se aceptó por las autoridades mismas de los gremios y las del *Ayuntamiento*, pese a los preceptos normativos en contrario contenidos en las propias *Ordenanzas* gremiales, como una puerta de escape a la rigidez de la legislación gremial. Y es más; esta prórroga, en ocasiones, se prolongaba a dos o tres meses más; pero la práctica demostraba que aun con ese tiempo de más a favor del oficial, traspasaban la tienda o taller o se ausentaban al acercarse su vencimiento, gozando así de derechos exclusivos a maestros y no pagando el derecho de media annata.³⁷

³⁴ Vázquez, 136, 149. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 500.

³⁵ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 60; exp. 5, 34, 39-41, 44; v. 382, leg. 2, exp. 10, f. 1; exp. 16, fs. 119-20; v. 383, leg. 3, exp. 18, f. 63; exp. 21, f. 45; exp. 30, fs. 3-6. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 7, fs. 255-9, 262v; v. XXIII, exp. 4, fs. 59, 61, 67, 72.

³⁶ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 60; exp. 5, fs. 34, 39-41, 44; v. 382, leg. 2, exp. 10, f. 1; exp. 16, fs. 119-20; v. 383, leg. 3, exp. 18, f. 63; exp. 21, f. 45; exp. 30, fs. 3-6. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 7, fs. 235-9, 262v; v. XXIII, exp. 4, fs. 59, 61, 67, 72.

³⁷ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 383, leg. 3, exp. 18, fs. 63-4.

3. Carta de examen o título.

Una vez que había salido airoso de la prueba y era admitido se le daba posesión de nuevo maestro en sesión solemne. El alcalde o veedor del gremio leía en alta voz y explicaba los estatutos u *Ordenanzas* y reglamentos del mismo. El nuevo maestro juraba observar y ejercer su profesión lealmente: en nombre de Dios y de la Santísima Virgen, y sobre las reliquias del Santo Patrono del gremio a que pertenecía. Admitido como "*capaz y suficiente*", se le daba una carta de examen ante el escribano del *Cabildo* y dos testigos o más, que, a manera de título, le acreditaba ante las autoridades constituídas, y el público en general, para ejecutar cualquier trabajo del oficio como maestro examinado, y le daba el derecho de poseer "*tienda y obrador*" con aprendices y oficiales.³⁸

En la carta de examen se especificaban: a) el nombre del examinado, sus generales (origen, vecino de tal lugar, edad, peso, color de la pigmentación, color del cabello y de los ojos, estatura y señas particulares, tales como: cicatrices, lunares, manchas, calvicie, defectos físicos, etc.); b) la contestación a las preguntas de obra y de palabra; c) el consentimiento legal para usar y ejercer el oficio; d) el permiso para tener tienda pública, obrador, aprendices y oficiales, y gozar de franquicias y privilegios; y e) el juramento de rigor por parte del nuevo maestro, de obligarse a guardar las *Ordenanzas* fiel y lealmente. Las cartas de examen se otorgaban por petición de parte; es decir, del examinado, suscritas por el Escribano de Su Majestad de la ciudad en donde se otorgaran. En México, este funcionario llevaba el pomposo título de Escribano Mayor del Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Nobilísima Ciudad de México.³⁹

Al margen de la carta de examen se hacía anotar la marca o señal (apellido, inicial, figura, letra o signo) que el nuevo maestro debería usar, sellar, pintar o grabar en todos sus trabajos (parecida a la actual marca de fábrica), marca y señal invariable y que servía para identificarlos en caso de fraude o de incumplimiento a las *Ordenanzas*, así como para distinguir el lugar de procedencia; con ello se trataba tam-

³⁸ Estrada, 22, 34, 38, 82-3, 86-7, 94-6, 102, 105-6, 108, 110, 120, 127, 133, 138, 142, 144-5, 154-5, 181, 183, 188. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, 1, 12-3, 61, 65, 82, 85, 92, 132, 184-5, 194-6, 201, 202, 214, 219, 249, 270, 289, 294, 304, 316-7, 326, 347, 350-1, 364; II, 32, 63.

³⁹ Estrada, *Ordenanzas de carpinteros, entalladores, ensambladores y violeros 1568*, 83. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 3, fs. 1-107. *Exámenes de éstos 1700*; v. 382, leg. 2, exp. 8, fs. 14-87, 94, 124. *Libros de exámenes, de oficios y artes de esta ciudad 1766-70*; exp. 12, fs. 1-143. *Libros de exámenes de maestros de artes y oficios de esta Muy Noble y Leal Ciudad de México perteneciente a la oficina de su Cabildo, que todos los que quisieran aprender se presenten a examen, 1772-79*. En estos expedientes hay una copiosa documentación de lo asentado.

bién de que no gozaran de franquicias los que no estuviesen examinados, y poder castigar fácilmente a los infractores, así como cobrar ciertos impuestos.⁴⁰ Conocidísimo es el impuesto que se cobraba a los *Plateros*, *batihojas* y *tiradores de oro y plata*, llamado señoreaje y de ensaye.

Las marcas de los *Loceros* por ejemplo, van dibujadas en la parte posterior de las piezas de loza, o si se trata de azulejos, en la parte decorada; las marcas de los *Plateros* van generalmente en la parte de abajo y atrás de las obras labradas al lado de la marca del Ensayador.

En esto tenían mucho celo los municipios, reglamentando en beneficio de los consumidores y dando oportunidad a los maestros de lograr más lucro acreditando productos en condiciones semejantes o iguales, señalando con la marca de la ciudad o villa, un tipo de exportación. De ahí, como veremos más adelante, el que se destruyera todo trabajo defectuoso que desacreditara el taller u obrador del maestro, en particular, y el del gremio o de la ciudad de procedencia, en general. Teóricamente, sin la marca no se podía vender la manufactura.

Se asentaban prolijamente los nombres de los examinadores, examinados, día, mes, año, rúbricas, etc., en los libros de acuerdos del gremio o del *becerro*, ante escribano público del Cabildo (Mesa de Propios, Fiel Ejecutoria, Artesanos-Gremios) y en las actas del Cabildo, significando con eso la entrada a la nueva dignidad profesional constituida, y, además, que el propio *Ayuntamiento* hacía fe de ello.⁴¹

4. Obligaciones de los oficiales.

A la fecha fijada para el examen debía presentarse el oficial sujeto a la prueba; de no hacerlo, se le imponía una multa, consistía

⁴⁰ Estrada, 10, 42-3, 57, 61-63, 79, 93, 110, 119, 132, 140, 147-9, 158, 161, 171, 173, 177-8, 189, 206, 223, 235-6, 249. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 480, 487. Eusebio Bentura Beleña, *Recopilación Sumaria de los Autos Acordados de la Real Audiencia y Sala del Crimen de esta Nueva España y Provincias de su Superior Gobierno*, etc., (3 vols., México, 1787), I, XCV, 2º folio, 90. Romero de Terreros, *Op. cit.*, 21, 159. Cervantes, *Op. cit.*, I, 71, 86, 92, 96-8, 112, 116, 123, 138-40, 148, 182, 186, 190, 192, 202, 248, 268, 276. *Hierros de Oaxaca*, (Oaxaca, 1932), XI, LVII, Anexo I, LVIII. *Hierros y Forjadores Poblanos*, (México, 1933), LVI-LVII, cartas de exámenes con las marcas al margen que bien pueden constituir ejemplos. Antonio Cortés, *Hierros Forjados*, (México, 1935), 71-76. *Actas Antiguas de Cabildo de la Ciudad de México*, (71 vols., Ed. Ignacio Bejarano, México, 1889-1910), v. VIII, 430, acta del 18 de abril de 1580. Anderson, *Op. cit.*, I, 315-6, apéndice II, 439, 442-3. Aunque se aparta del tema, recomiendo el capítulo: "Las Marcas", I, 281-367. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 2, 5-6, 9, 21, 33-5, 99, 100, 143, 161-2, 168, 171, 218, 252, 308-9, 352, 363; II, 3-4, 82-81. *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 6, fs. 31-5. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 17, fs. 1-2. *Bancos de Herrador y Registro de Fierros*, v. 414, leg. 1, exp. 1. AHNMI, *Manuscritos*, leg. 52-2. Ords. de hiladores de sederos 1602 y de la mezcla de seda y algodón, pertenecientes éstas últimas, a Juan Antonio Delgado 1796.

⁴¹ Estrada, 74, 83, 139, 189, 195, 198. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 340, 346-7; II, 82, 205-6. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 17.

ésta en pagar la cera para el día de Corpus, y se fijaba nueva fecha para el examen.⁴²

A veces permanecían sin presentar el examen mucho tiempo, sin llegar a examinarse por muy diversas causas; así llegaban al examen a edad avanzada, sobre todo si se toma en cuenta que el trabajo en el taller era una especie de escuela de artes y oficios, como queda dicho, y el oficialato una etapa transitoria. Hubo oficiales que se presentaron a los 29, 30, 33, 46 y 48 años de edad;⁴³ y en nóminas y listas que he visto de oficiales de platería y de sedería, en las que se expresan edades y tiempo que llevaban en el oficio, etc., aparecen algunos que se examinaron a la temprana edad de 50 y 54 años.⁴⁴

En la práctica, el oficial podía recibirse; o si no tenía algún dinero para ello, o no era inteligente para emprender un comercio, permanecer toda la vida al servicio de otro.

En caso de no ser aprobado el sustentante, podía recurrir al Alcalde Mayor o Corregidor, quien de oficio nombraba los sinodales, y en su presencia y ante escribano volvía a examinarlo.⁴⁵

A esta segunda prueba presentábase, es de suponer, más preparado; y es aquí en donde, con estas prácticas, el gremio adquiere el carácter de equipararse a una escuela de artes y oficios; porque este segundo examen era, en realidad, un examen "extraordinario".

5. Otorgación de la carta de examen.

A veces se tardaba el trámite de otorgar la carta de examen varios años, ya sea porque el gremio estorbaba la obtención del título en su derecho de defender el bien común y el interés del público, o bien que el sustentante fuese incapaz o negligente para presentar el examen. La autoridad a la que se recurría para la pronta solución del asunto, era el *Cabildo* y en segunda instancia, la *Real Audiencia*;⁴⁶ excepcionalmente, el *Virrey*; y aún, hubo casos, ante el propio Rey de España, como aconteció, para dar un ejemplo, con el artista Nicolás Gardet, de reconocida habilidad.⁴⁷

⁴² Estrada, *Ords. de entalladores* 1704, 88.

⁴³ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 3, fs. 11; exp. 7, fs. 84; v. 382, leg. 2, exp. 8, fs. 14-45; v. 383, leg. 2, exp. 12, fs. 1, 143. *Vid. Supra.*, Notas 37, 39.

⁴⁴ AGN, *Industria y Comercio*, v. V, exp. 5, f. 243; exp. 6, fs. 242-3; exp. 7, fs. 25-60; v. XVIII, exp. 9, fs. 119; exp. 10, fs. 300-16.

⁴⁵ Estrada, *Ords. de Batihojas* 1598, 144. Vázquez, 82.

⁴⁶ Romero de Terreros, *Op. cit.*, 28. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 125, 150. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 383, exp. 30.

⁴⁷ AAMéx., Francisco del Barrio Lorenzot, *Cedulario de la N. de México, Contiene las Cédulas Libradas por los Reyes Nuestros Señores, las Bulas despatchadas por Su Santidad*, etc., 1522-1767, (2 vols., México, 1767), v. 439, I, fs. 170, 176v. *Vid.*, Silvio Zavala y María (1943), II, 180.

Si el sustentante hubiese aprendido más de lo preguntado en el examen, tenía derecho a pedir que se le examinase de nuevo y obtener nueva carta de examen de aquello que a sus instancias demostró saber, pagando los mismos derechos que la primera vez.⁴⁸ Excepcionalmente, se verificaba un acto así como es fácil de comprender.

De diversas partes del Virreinato venían a examinarse a la ciudad de México.⁴⁹ No es lógico suponer que tan sólo ésta ciudad librara la carta de examen requerida a quien la solicitase, habiendo por demás gremios más florecientes en otras ciudades o villas que en ésta, como por ejemplo: el de *Loceros* en Puebla, el de *Herreros* en Apizaco, los de *Dulceros* en Valladolid y en Querétaro, y otros muchos más en diferentes poblaciones. Pero es probable, quizá, que en algunos oficios no hubiesen quienes los examinasen en los lugares donde profesaban el oficio u arte; o bien, recurrieran a la ciudad de México, considerando que la carta de examen expedida aquí, tuviese más fuerza legal, más validez; dándole mayor prestigio a quienes las poseían, que las que se otorgaban en las cabeceras de provincia.⁵⁰

Numerosas son las nóminas y cartas exámenes consultadas que prueban lo dicho.⁵¹

6. Importancia del título.

Los que pasaban de un lugar a otro dentro del Virreinato, o los venidos de fuera de él y que deseaban ejercer su oficio, si eran aprendices u oficiales, debían forzosamente presentar examen en el lugar en que se iban a radicar o *avecindarse*. Si eran maestros con carta de examen, ya examinados en España, "*cabezas de reino*", o en provincias, dentro del Virreinato, la sola presentación de la carta ante el Cabildo era suficiente para concederles permiso de ejercer su oficio y pertenecer al gremio respectivo, y tener tienda u obrador públicos.⁵²

⁴⁸ Estrada, *Ords. de carpinteros, entalladores, ensambladores y violeros 1568*, 83.
⁴⁹ AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 8, fs. 14-45; v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 1-243; v. 383, leg. 3, exp. 26, f. 28.

⁵⁰ *Ibid.*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 75; v. 382, exp. 8, fs. 14-45; leg. 2, exp. 12, fs. 1-243; v. 383, leg. 3, exp. 26, f. 28; exp. 29, fs. 1-3.

⁵¹ Cervantes, *Hierros de Oaxaca*, XI, dice que no ha encontrado "...un sólo indicio por el que pueda suponerse que en Oaxaca se extendieran dichas cartas", por lo que presupone que posiblemente éstas sólo se otorgaran a maestro examinado en las ciudades de Puebla y México.

Estrada, 4, 22, 34, 78, 82, 86-7, 94-6, 98, 102, 105-6, 108, 110, 120, 124-5, 127, 133, 142-6, 181, 183, 188. Vázquez, 64, 67, 76, 79, 81-6, 94. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 89; exp. 6, fs. 36, 43, 89, 93-5; v. 382, leg. 2, exp. 11, fs. 22-4; exp. 14, fs. 1-3; exp. 16, fs. 51-2; v. 383, leg. 3, exp. 21, f. 48; exp. 23, fs. 8-9. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 7, fs. 42-9.

⁵² Algunas Ordenanzas fueron muy rigurosas en este sentido, tales entre otras: las de batihojas de 1598 que por declaración expresa del Virrey ordenaron que el que fuera

El trámite, como digo, era presentar la carta ante el Cabildo, a la cual se dictaba un auto que autorizaba la carta. Si había alguna duda de autenticidad o falta de personalidad, el auto pedía que se presentaran testigos; presentados éstos, se les oía y recaía otro auto autorizándola o negándola de plano. El pretendiente podía apelar ante la Real Audiencia, como más adelante se verá.⁵³

En caso de pérdida de la carta de examen, los veedores del gremio respectivo podían dar la información pertinente y el Cabildo otorgaba copia de ella.⁵⁴

7. Privilegios.

A los oficiales que estaban casados, se les otorgaron ciertos privilegios, tales como de darles el examen cuando así lo requirieran y de suministrarles materia prima con prioridad a los solteros de igual condición. Respecto del primer punto, dicen las *Ordenanzas de Carpinteros y Entalladores, Ensambladores y Violeros de 1568*:⁵⁵

"...el forastero si fuere mozo, no pueda ser examinado hasta tanto, que Resida y labre dos meses al año con maestros examinados del Oficio, y si fuere Casado pueda serlo cuando lo pidiere, y siendo examinado pueda tomar obras, poner tienda..."

Respecto a la prioridad de materia prima ordenan las de *Curtidores de 1561*:⁵⁶

"Por queja de los casados, que tienen Tenería, de que Repartiéndose los cueros de Rastro también en los Solteros examinados no tienen que trabajar, ni con que mantenerse, se manda que la corambre de el Rastro se Reparta éentre los casados áunque no sean examinados..."

Además, los oficiales casados podían obtener el título sin el aprendizaje hecho aquí, y a su pedimento;⁵⁷ a los oficiales venidos de España y no examinados, pero con cónyuge, se les concedía examen gratuito constando su extrema pobreza, y se les prestaba la ayuda necesaria.⁵⁸ Desde luego que todas estas disposiciones legales, no hay

examinado en los Reinos de Castilla, en cabezas de reino "...pudiera usar el oficio en esta ciudad presentado su título al Cabildo, siendo aprobado y con certificación de los escribanos de conocimiento del escribano de Cabildo de quien viniere despachado..." Estrada, 144. Vázquez, 82. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 5, fs. 10-3; v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 19-20; 134-6.

⁵³ AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 1920-1.

⁵⁴ *Ibid.*, *Loc. cit.*

⁵⁵ Estrada, 81.

⁵⁶ *Ibid.*, 11.

⁵⁷ *Ibid.*, 81-2.

⁵⁸ *Ibid.*, 182.

que tomarlas en un sentido estricto de fiel cumplimiento, por cuanto sabemos que las exigencias de los gremios como organismos celosos vigilaban la entrada al seno de la corporación.

8. Contrato de oficialía.

El oficial elegía con toda libertad al maestro con el cual quería entrar a trabajar, discutiendo libremente las cláusulas de su contrato; generalmente, por causas obvias, seguía trabajando en el taller donde había hecho el aprendizaje. El contrato revestía —es probable—, las mismas formalidades que el de aprendizaje: ante un notario, jurando sobre los santos patronos que observarían lealtad y fiel cumplimiento de las *Ordenanzas*. Semejantes cláusulas a las contenidas en el contrato de aprendizaje se estipularían —es lo más probable deducir—, en los del oficialato. No se encuentra esta clase de documentos, pero, por esto es fácil pensar que serían semejantes o parecidos a los contratos mencionados, con las salvedades propias a una categoría jerárquica superior.

No pagaban derecho a la hora de su contrato o enganche con el maestro, y el número de oficiales no estaba limitado, como lo estaba por algunas *Ordenanzas* el de aprendices. Según ya quedó expresado, no se encuentra ningún estatuto o norma que hable limitando su número para evitar la concurrencia.

Sí sabemos de cierto que, para enganchar a un oficial, era necesario pertenecer al oficio y tener carta de examen y tienda. No se podía contratar oficial que no fuera del oficio. Los oficiales se ajustaban bajo contrato con el maestro, por días, semanas, meses o años. Hasta que no expirase el plazo convenido, no podían abandonar el taller, bajo pena de multa; la falta de cumplimiento daba origen a una condena pecuniaria contra el que delinquía; no podían contratar con otro maestro en tanto que no hubieran reparado "*la injusticia en la medida y proporción*" a su último patrón.⁶⁰

Es evidente que toda una categoría de obreros trabajaran a destajo, forma por otra parte impuesta por la costumbre, y que iba, hasta cierto punto, contra la legislación gremial.

Era frecuente que el amo o maestro les diese casa, comida y ropa

⁶⁰ Los veedores del gremio de zurradores se quejaban de la liviandad de los maestros en recibir a oficiales, sin inspeccionar los motivos de la ausencia del obrador o taller de donde provenían; la queja se elevó ante el Cabildo quien dictó un Auto el 24 de abril de 1807: "que en lo sucesivo no se admitiese oficial alguno en sus talleres sin que precisamente demostraran los documentos justificativos del maestro en cuyo taller habían trabajado". AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 383, leg. 40, f. 48.

limpia, aunque estaba más generalizado que viviesen en su propia casa (propia o alquilada) y a sus expensas.⁶¹

No podía trabajar en su domicilio, por ejemplo; ni tener telares o forjas, cosa que pugnaba con el desconfiado espíritu de aquella legislación e iba contra la costumbre establecida,⁶² según veremos con mayor detenimiento en el capítulo referente. Y es probable, que por exigencias impuestas por la costumbre, el oficial hiciese trabajos en su casa, y después los llevara al taller u obrador del maestro, adonde los terminaba bajo su dirección.

Por otra parte, estaba prohibido en principio, contratar los servicios de un oficial con otra persona que no fuera maestro del oficio. Excepcionalmente, sí se permitió.⁶³

Sí estaba prohibido de contratarse a un cliente, para trabajar de una manera permanente y regular, estaba generalmente permitido, o al menos tolerado, que el oficial trabajara ocasionalmente en casa del cliente;⁶⁴ con ello se quería evitar la libre concurrencia. Ahora bien, hay que distinguir el trabajo que se hacía por mandato expreso del patrón, y el trabajo que se ejecutaba por el oficial, tratando directamente de una manera personal, y en su nombre, con el vecino o cliente para el cual trabajaba. En el primer caso, el oficial era ajeno a las condiciones del trabajo estipulado entre su maestro y el contratista, tales como: el salario, la obra, la jornada, que eran fijadas de antemano. Más delicada es la hipótesis de que el artesano oficial se entendiera directamente con el cliente. ¿Cuáles eran las cláusulas habituales? Imperativamente, las *Ordenanzas* prohíben este segundo aspecto, como más adelante se verá con mayor detenimiento; no podía el oficial engancharse con dos maestros a la vez, sino después de expirar el término con el primero.

9. Salario.

El oficial trabajaba a salario, por unidad de tiempo o jornada de trabajo y por unidad de obra o tarea, que el maestro le daba, considerando ésta la fuente única o principal económica de su vida. Existía en consecuencia, una relación de dependencia económica entre unos y otros, de carácter alimenticio.

⁶¹ Cervantes, *Nómina de Loceros Poblanos*, 26.

⁶² Estrada, 77, 90, 155. Vázquez, 144.

⁶³ *Ibid.*, Loc. cit.

⁶⁴ Estrada, 24, 77, 90, 126, 155. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 12, 94-5, 107-8, 133-6, 176, 180, 183-9, 214, 228, 236, 311, 332; II, 83.

El salario, es lo más probable, se pagaba cada semana, aunque a veces se estipula que "*como lo fuera pidiendo el oficial*".⁶⁴

Es cosa clara, en consecuencia, que el salario no fuese igual para todos los oficiales, ya que habría unos más antiguos que otros dentro de la oficialía, y más hábiles dentro del taller. Es de presumirse, asimismo, que de taller a taller variasen con pequeñas diferencias los salarios dentro de los gremios; así como de oficio a oficio o de gremio a gremio.⁶⁵ Es posible pensar que hubiese un salario que podría decirse: mínimo; una cotización generalizada dentro del ambiente gremial para determinada clase de trabajos u oficios, o que variase ésta con pequeñas diferencias según los diferentes gremios.

El lugar de pago del salario de los oficiales, se presume, era el propio taller, y, excepcionalmente, la casa del maestro en aquellos oficios en que no concurrieran ambos.

Aun cuando sobre el particular todavía no puede darse una respuesta documentada con respecto al salario, puede uno preguntarse: ¿entre las medidas disciplinarias que tenía el derecho de ejercer el maestro sobre aprendices y oficiales, se encontraba la de retener o descontar el salario de los oficiales? Probablemente los maestros recurrieron a este arbitrio con el propósito de lograr mayor rendición en el trabajo.

¿Era lícito al oficial ceder su salario a terceras personas? Igualmente: ¿era lícito por parte del maestro retener, descontar o reducir el salario a favor de acreedores del oficial artesano? ¿Se podían embargar los salarios de los obreros merced a una sentencia judicial a favor de terceros? Estos y otros aspectos análogos de interés dentro de la corporación gremial, son problemas que no he podido averiguar por falta, repito, de una documentación al respecto.

Los maestros no podían recurrir a los servicios de sus mujeres o de sus vecinos, o de las mujeres de sus oficiales en los trabajos regulares de su industria, arte u oficio, para ahorrarse de ese modo el mantenimiento de un oficial asalariado. De hecho —en la práctica, ha-

⁶⁴ Cervantes, *Op. cit.*, 26. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 5, f. 39; v. 382, leg. 2, exp. 11, fs. 36-7, 48. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3833, leg. 3, exp. 10, fs. 1-4.

⁶⁵ Sobre este punto conviene ver Gonzalo Gómez de Cervantes. Introduc. de Alberto María Carreño. *La vida económica y social de la Nueva España en el siglo XVI*, (México, 1944), 21, 104, los zapateros un peso diario? No he encontrado documentación que me diese más luz sobre este punto tan importante del gremio y que permitiera señalar por épocas o etapas el *standard* de vida del artesanado. Los del gremio de herreros pagaban a los oficiales un peso por la tarea y se les adelantaba de dos en dos reales. AAMéx., *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3833, leg. 3, exp. 106, fs. 1-8, 10 y ss. *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 11, f. 37. S. C. *Política de Artesanos. Diario de México*, IX, 554 calculaban en 1809, 4 reales diarios. Berlin, *Op. cit.*, 35-36, señala 4 reales para unos y 18 reales viajando en Guatemala.

sido la costumbre— muchas mujeres: esposas, hijas o parientas de los maestros, ayudábanlos en las tareas dentro del taller, obrador y tienda pública.⁶⁶

10. *Despido.*

Ningún oficial podía ser despedido *sin razón suficiente y demostrada*.⁶⁷ Mandaban las *Ordenanzas* que se avisara con quince días de anticipación de su salida del taller; asimismo, el patrón que por cierre u otra causa fortuita tuviera que despedir al oficial, debía de comunicárselo con igual número de días, para que éste pudiese buscar acomodo. Si ambas partes no lo hacían, incurrían en una sanción pecuniaria que podía hacerse valer ante el *Cabildo*.⁶⁸ Lo más probable era que el oficial despedido, por decirlo así, del taller y sin trabajo por el momento, no alegase en su favor este derecho que, como tantos otros, ignoraba; aunque es presumible, además de lo establecido por las *Ordenanzas*, que se estableciesen cláusulas de este tenor en los contratos. En ese caso, sí tuviera el oficial plena conciencia de sus derechos.

11. *Término del contrato.*

El contrato terminaba por semejantes causas a las expuestas con respecto al aprendiz, y por el término fijado expresamente en él. Es de presumir también, que existiesen contratos verbales entre el maestro y el oficial, y en ese caso, toda falta a la palabra empeñada entrañaba una condenación pecuniaria para el transgresor. La autoridad competente para dirimir estas cuestiones debió ser el *Cabildo*.

Por último, ¿intervenían los oficiales en la elección de los veedores y de otras autoridades del gremio a que pertenecían, o solamente era facultad exclusiva de los maestros?

Queda la respuesta de todos estos problemas aquí señalados a una ulterior y prolija búsqueda en nuestros repositorios documentales.

12. *Compañerismo. Huelga.*

La maestría era accesible a todos los oficiales. Todo artesano laborioso y económico podía aspirar y llegar a ser maestro. En cambio,

⁶⁶ *Vid. supra.*, Nota 16; *Vid. infra.*, Notas, 159, 160-1.

⁶⁷ Estrada, *Ords. del Arte Mayor de la Seda 1526*, 47.

⁶⁸ *Ibid.*, *Ords. de Sombrereros 1571*, 99. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 153.

muchos maestros volvían a ser oficiales, a consecuencia de transacciones desgraciadas o por otros motivos. Esta facilidad con que se pasaba en la vida gremial de una a otra categoría, evitaba, hasta cierto punto, un antagonismo sistemático: la pugna siempre latente entre el inferior y el superior, económica y socialmente más desahogado.

Sin embargo, no hay que formarse una idea falsa de estas relaciones de compañerismo, pues era inevitable que en ciertos momentos los asalariados tuvieran intereses distintos. A veces, hasta disturbios, coaliciones y movimientos, que hoy, usando el lenguaje jurídico, calificaríamos de huelgas. En efecto, hacia el año de 1582, el 4 de julio, surgió un movimiento de descontento intergremial: el maestro de Capilla, el racionero, los cantores y ocho menestres de la Catedral Metropolitana, acordaron abandonar su trabajo a causa de lo reducido de los salarios, como protesta enérgica para que se les aumentaran.⁶⁹

Otro movimiento de la misma índole, es el que realizaron los trabajadores de la panadería de don Basilio Badamler: "*se atumultaron y no querían trabajar*", dice el proceso instituido hacia el 3 de abril de 1784.⁷⁰ Podría multiplicar los ejemplos, pero basta con los señalados, para dar una idea de las relaciones entre maestros, oficiales y aprendices en la vida corporativa de la Colonia.

En todas estas ocasiones —resulta obvio señalarlo—, intervenían los veedores de los gremios y las autoridades del *Cabildo*, tratando de resolver rápidamente los conflictos.

No hay indicio alguno que me permita sostener que se uniesen oficiales y aprendices de distintos gremios para mantener la protesta o el descontento de determinado número de asalariados dentro de un taller, obrador o tienda pública o de un gremio entero. Debía existir, cosa inevitable impuesta por el mismo trabajo en común y cotidiano, esa camaradería, esa unión que ata las voluntades y los corazones; más aún, si tenemos en cuenta la organización celular de la corporación gremial.

⁶⁹ Gabriel Saldívar, *Huelga en Catedral*, en "Universidad", (México, abril, 1937), III, No. 15, 6-7. Roberto de la Serda y Silva, *La Primera Huelga en la Época Colonial*, en "El Popular", (México, 6 de agosto de 1938).

⁷⁰ AAMéx., *Panaderías y Pulperías*, v. 3253, leg. 2, exp. 40, fs. 1-4. Luis Chávez Orozco, *Páginas de Historia Económica de México*, (México, 1936), 50-1. Hay que observar, que probablemente hubo más movimientos de esta índole. A pesar de arduas investigaciones en nuestros repositorios documentales, no he podido hallar documentos que los atestigüen con referencia al gremio que es la institución que se estudia. En cambio, si los hay en otras instituciones: minería, obrajes.

III. LOS MAESTROS

1. Requisitos.

El vecino que se distinguía entre los de su ciudad, villa, pueblo o comarca, por una habilidad técnica o artística que le proporcionaba el sustento y los medios decorosos de satisfacer sus necesidades, las de su familia y las de su casa, era el *maestro*. El maestro era un técnico y un educador.

"...que se deben entender por Maestros de Artesanos y Tiendas Públicas en las Casas o Talleres en que a dirección y jornal de un sujeto, trabajan, tres o mas oficiales de aquel Arte y a los tales Maestros se les debe exhibir Media Anata..."⁷¹

Para ser de esta condición, debían demostrar ser cristianos viejos y tener limpieza de sangre, "...español por los cuatro costados". Esto era una condición previa para obtener el grado de maestro —hubo numerosas excepciones más adelante—, además de llevar una vida arreglada y de buenas costumbres:

"...no ser aspirante al camorro, no juntarse con gente de baja estofa, ser de genio apacible y sossegado, temeroso de Dios y de conocida calidad, procederes y costumbres..."⁷²

Amén de otras innúmeras disposiciones por el estilo. Un acendrado espíritu ético dominaba toda la legislación gremial.

Algunas *Ordenanzas* admitieron no sólo a españoles, sino a extranjeros, siempre y cuando demostrasen las condiciones exigidas para el caso.⁷³

El título de maestro —la carta de examen—, sólo podía obtenerlo quien comprobaba su limpieza de sangre. Quien, mediante un juicio más o menos dilatado y costoso, podía exhibir su ascendencia libre y pura de toda mezcla infamante.

⁷¹ Cervantes, *Loza Blanca y Azulejo de Puebla*, I, 63. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 6, fs. 55-7.

⁷² Legislación, *Ordenanzas y Otros mandamientos*, v. 3938, leg. 14, f. 8. Con esta misma referencia reproduce las "Ordenanzas formadas por los maestros veedores de Arquitectura para su aprobación 1736", *Arquitectura y lo demás*, I, No. 5 (México, septiembre 1945), 69-72. Estrada, 155, 181. AAMéx. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 7, f. 42.

⁷³ Estrada, 10, 34, 96, 98, 102, 124-5, 146, 181, 183. AAMéx., Barrio Lorentzot, *Ordenanzas*, I, 136, 182, 185, 187-8, 201, 208, 240-1, 243, 305, 318, 321, 340, 346-7. *Artesanos Gremios*, v. 383, leg. 3, exp. 33. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 7, f. 92; exp. 8, f. 62.

Tanto la legitimidad como la limpieza de sangre, se averiguaban a petición del interesado, quien presentaba su fe de bautismo e información testimonial y documental. En ocasiones se practicaba una concienzuda investigación a cargo de tres vecinos calificados, que declaraban ante uno de los Alcaldes Ordinarios de Cabildo (Mesa de Propios, Artesanos-Gremios, Juez de Gremios). Pero ello no bastaba para la completa tranquilidad del gremio. Este era quien usaba de aquella pureza, según el juicio, las más veces arbitrario de los testarudos veedores y maestros. Por eso, haciendo caso omiso de la aprobación del Alcalde Ordinario, Fiel Ejecutoria, y más tarde Juez de Gremios, designaban en caso oportuno a dos de sus miembros; generalmente, los propios veedores del gremio, para que realizaran las pesquisas: recibiendo *informes secretos*; o bien, la simple presentación de dos testigos calificados por parte del interesado bastaba dar por suficiente —“*bastante para conceder el examen*”—, la averiguación y concederle el derecho a examen al peticionario. La autoridad —Cabildo— daba el *billete para los examinadores para que lo ejecutaran de estilo*. No se crea sin embargo de lo dicho que, a pesar del escrutinio llevado a cabo por las autoridades y el no tener la limpieza requerida, fuesen óbices para que el maestro no ejerciese su oficio. Muchos maestros de diversos gremios usaban de su maestría sin ni siquiera haberse sometido a esa averiguación.⁷⁴

Desde luego, baste decir por ahora, que a los judaizantes, herejes, indios, mestizos y negros se les vedaba —en principio— la maestría:

“...limpios de toda mala raza de moros, chinos, ni judíos, ni de recién convertidos a Nuestra Santa Fe Católica, que nunca hayan sido castigados por ningún tribunal ni menos por el Santo Oficio de la Inquisición...”⁷⁵

2. Obligaciones.

Los maestros trabajaban cuidadosa y acertadamente: “*sicut bonus pater familiae*”; con espíritu familiar, intentando el perfeccionamiento de su industria, arte u oficio, sin alcanzarlo muchas veces, como es fácil comprender. Debían proceder “*sin engaño, fraude y cristianidad*”, para atender a las exigencias y demandas del público consumidor.⁷⁶

⁷⁴ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 6, fs. 55-7; v. 383, leg. 3, exp. 33, fs. 2-4. *Legislación, Ordenanzas y Otros Mandamientos*, v. 2938, leg. 14, l. 8. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, loc. cit.

⁷⁵ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 383, leg. 3, exp. 27, fs. 2-8.

⁷⁶ Estrada, *Ords. de Herederos y Aluxares* 1709, 155.

Los maestros eran pequeños propietarios poseedores de los instrumentos de producción y de la materia prima. Poseían un patrimonio, con facultades de padre de familia respecto a sus subordinados; poseían un taller, enseres, utensilios, máquinas, y se procuraban la materia prima con que poder manufacturar o producir. Bajo su custodia moral estaban “*sus discípulos*”, aprendices y oficiales, a quienes les enseñaba el oficio “*todo cuanto sepa*”, según rezan las *Ordenanzas*.⁷⁷

Compartía el trabajo con ellos y los alentaba en cuerpo y en espíritu. Personalmente, trabajaba al lado de sus subordinados, enseñándoles el oficio, arte o industria: dándoles instrucciones, reprendiéndoles, ayudándoles manualmente, y en muchos casos, económicamente —como prestación personal—, comía con ellos, vivía y participaba de sus alegrías y de sus pesares, y, en el trabajo, los trataba de igual a igual. De esta democrática y doméstica intimidad, al compañerismo, no había más que un paso. No siempre ocurrían las cosas en un ambiente de optimismo y buen entendimiento, como cabe suponer. Pero es indudable que cada maestro en su taller, trabajando con su cohorte de aprendices y oficiales, procurase vivir en buena armonía.

Consecuentemente con todo lo dicho, eran obligaciones primordiales de los maestros con respecto a sus subordinados: la de instruirlos, dándoles su protección moral, económica y social, y enseñarles el oficio o arte. Debían instruirlos éticamente, enseñándoles la religión católica; cosa que llevaban a cabo por medio de las cofradías, y de darles el buen ejemplo al mismo tiempo que adiestrarlos en los más nimios detalles del arte u oficio. La costumbre, más que las *Ordenanzas* y otros mandamientos semejantes, contribuyó a regular esta situación preeminente de padre de familia dentro del taller. La perfección y probidad en el ejercicio de un arte o una industria eran consideraciones de peso para los maestros, quienes veían en el ejercicio de su profesión, no sólo un medio para ganarse la vida, sino un positivo y legítimo orgullo. De manera particular, los maestros en artes: arquitecto, escultor, pintor, orífice, entallador, platero y forjador.

3. Salario.

En la asociación gremial, el maestro trabajaba a salario, unas veces; y otras, por unidad de obra, a destajo, según los diferentes objetos a

⁷⁷ Cervantes, *Nómina de Loceros Poblanos*, 23-4, 30, 38, 71 y ss.

que se aplicaba su actividad; presentando diversas modalidades de acuerdo con los diferentes gremios, y pudiendo consistir en la construcción de diferentes piezas independientes entre sí, como: zapatos, sombreros, forjas, santos, muebles, en cuyo caso se pagaba el servicio según el número de piezas entregadas; o bien, podía suceder que la unidad de pago fuese una medida lineal o de otra índole como: pie o vara de barda, de zanja, o de sayal, como acontecía entre los albañiles, canteros, sayaleros e hiladores.

Se infiere entonces, que cada maestro cobrase por obra producida de acuerdo con las condiciones impuestas por la oferta y la demanda, las épocas y la costumbre, y por la mayor o menor fama y prestigio de que gozase, así como por la competencia y por otras causas de menos importancia.

4. *Tienda u obrador como escuela de artes y oficios.*

Sólo a los maestros examinados se les permitía tener tienda u obrador con oficiales y aprendices.⁷⁸ El número de aprendices y de oficiales que cada maestro podía tener era sin límite; la costumbre permitió un número ilimitado de aprendices y oficiales necesario, de acuerdo con las posibilidades económicas de cada maestro.⁷⁹ Ya hemos visto que no se halla fijado taxativamente el número de ellos, en las *Ordenanzas*.

El taller u obrador del maestro venía a ser una escuela adonde a los aprendices y oficiales se les enseñaba prácticamente el arte o industria. La jerarquía establecida: de aprendices y oficiales, es decir, alumnos de primera enseñanza y alumnos de enseñanza más elevada, y la obligación ineludible de presentar exámenes y obtener la carta de examen como título, se equipara en términos generales a una escuela de artes y oficios, ya que el taller u obrador de cada maestro en particular, venía a ser como digo, una especie de escuela técnica

⁷⁸ Estrada, 8, 17, 19, 21, 23-5, 28-9, 36, 43, 52, 54, 75-6, 80, 82, 84-6, 90-4, 96-9, 100, 102-5, 107-8, 110, 112, 115-6, 118, 120, 124-9, 131-2, 134-9, 140, 144, 146-7, 150, 154, 156, 158, 160, 163, 165, 169, 170, 175, 185, 208, 234, 235. Beleña, *Op. cit.*, 20, fol. I, XXXIII, 17. Vázquez, 29, 64, 73, 93, 130, 138 y ss. AAMéx., *Barrio Lorentzot*, I, 56, 60, 93, 108-9, 183, 333, 373; II, 83. *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, fs. 55-7; exp. 6, f. 64; leg. 3, exp. 17, fs. 15-7; exp. 22, fs. 1, 2, 8; exp. 23, fs. 28-9, 50-3; exp. 26, fs. 27, 29, 31. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Vecedores Gremios*, v. 3832, leg. 2, exp. 73; exp. 78; v. 3833, leg. 3, exp. 85. *Cédulas y Reales Ordenes*, v. 2977, leg. 3, exp. 276. AGN. AHHDa., *Media Annota*, leg. 270-1.

⁷⁹ Estrada, 45. Las *Ordenanzas del arte mayor de la seda de 1526* admitían 4 aprendices; hubo maestros que tuvieron 10 o más. Vázquez, 149. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 125, 152, 154, 156. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 81, leg. 1, exp. 5, fs. 46-7. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Vecedores Gremios*, v. 3832, leg. 2, exp. 72. AGN. AHHDa., *Media Annota*, leg. 270-1.

o práctica. El gremio en general y los maestros en particular, daban como es fácil comprender, mucha importancia a la aptitud artística; a la habilidad mecánica de cada aprendiz u oficial; a los talentos y habilidades personales de sus pupilos, cuyo crédito garantizaba y conocía con su marca, unida a los objetos fabricados en su taller. Así lo reconocieron los *Plateros* instituyendo la clase de dibujo en la *Real Academia de San Carlos*; y de no conceder la carta de examen al que no demostrase aptitud.

Debido a la instrucción técnica de los artesanos que tenían que sujetarse a los años de enseñanza prescritos por las *Ordenanzas*, y a la que quiero insistir, las obras o productos manufacturados por los gremios, eran por lo general de superior calidad, es decir, aspiraban a ser obras de arte.

La cerámica, los esmaltes, el cincelado, el mosaico, el dorado y repujado de cueros, la forja del hierro, el vidriado, la tarasea, la platería y orfebrería y la sedería de otras épocas constituyen actualmente la admiración nuestra.

Aun en obras de gran envergadura se trataba de llegar a lo más excelso. Así, en las grandes catedrales y en casas señoriales, en iglesias y retablos, etc., en las que intervenían los gremios de albañiles, canteros, arquitectos, entalladores, carpinteros y escultores se trataba de llegar, merced al buen gusto y a la perfección artística y técnica, a construir verdaderas obras representativas.

Iban más lejos aún, eran rigurosísimos en la manufactura de artículos o productos de primera necesidad, como: el pan, el vino, las velas de sebo, las cestas, los cueros curtidos, las telas y tejidos, cuando claro está, se trataban de calidad, llegando a producir lo mejor.

Se puede asentar, que el arte informaba todo en el gremio. La habilidad técnico-artística y la misma designación jerárquica nos lo revela; así se decía: *aprendiz* a quien empezaba a trabajar en el taller; *oficial* al que estaba más diestro, pero que no obtenía aún el rango de maestro y acudía a perfeccionarse al taller del *maestro* a quien se le reconocía como individuo de experiencia y habilidad.

En consecuencia, se trataba de darle al pupilo o principiante una educación estética y una preparación técnica del procedimiento industrial; un adiestramiento técnico-artístico que lo capacitara para producir con belleza y calidad.

Tanto la escritura de aprendizaje como el testimonio de ella, venían a ser el certificado de estudios y de comportamiento, pudiéramos decir: primarios, del laborante. De igual modo, el testimonio de oficialato constituía prácticamente el certificado de tener terminada la enseñanza secundaria y de estar listo para el examen o la prueba final.

Además, por medio de los contratos de aprendizaje se vinculaban los maestros de una generación con los futuros de la generación siguiente. Constituye el contrato dentro de la historia del arte, la prueba más efectiva para la existencia de las distintas "Escuelas", y esto es de interés señalarlo y tenerlo presente.

En fin, el taller gremial por todo lo dicho y por el sistema disciplinario impuesto por el contrato entre aprendices y oficiales por un lado, y maestros o patrones por el otro, y practicado dentro de él, merced al derecho de corrección del maestro sobre los neófitos, venía a constituir el lugar ideal, adonde muchos padres mandaron a sus hijos en vía de enmienda o de corrección, para que al mismo tiempo que adquirían un conocimiento práctico, útil a su vida futura, se les forjara el carácter, reportándoles innegables ventajas. Nosotros tenemos un ejemplo clásico de esto en la persona del santo mexicano San Felipe de Jesús, que fué aprendiz de platero. La cosa es tan conocida que no es necesaria una aportación documental.

5. El taller como industria familiar.

Todas las reglas que traen las *Ordenanzas*, que hoy día nos parecen demasiado minuciosas, y, en algunos casos superfluas, de que hablaré con mayor detenimiento en el capítulo referente, y que trataban de imponer el peso, la medida y la calidad de los objetos, confirman que el arte efectivamente avanzaba a través de los gremios; o mejor dicho, a través de cada taller, de cada obrador; y en esto, el taller u obrador gremial se puede equiparar con la industria familiar: los maestros eran pequeños propietarios poseedores de los instrumentos de producción, de la materia prima; además, lo más frecuente era, que el oficio se heredase de padres a hijos, y por tanto, los secretos profesionales del maestro los heredase el hijo.

Merced a la tienda y obrador, el maestro se sostenía para vivir decorosamente. Muchos agremiados teníanla porque sus actividades así lo requerían: plateros, tejedores, batihojas, torneros, etc., en donde exhibían sus obras para su venta;⁸⁰ otros no, vendían a la clientela sin necesidad de comerciantes intermediarios; esto es: del productor al consumidor.

Para tener tienda era necesario dar fianza previamente, con lo que se aseguraba el manejo de ella, o bien, se daba un fiador, por lo general, un maestro conocido o compadre del pretendiente; o bien, un comerciante del barrio adonde tenía establecido su negocio. La

⁸⁰ Estrada, *Ords. de Doradores y Pintores* 1686, 21; de *Juveleros* 1950, 132.

fianza se otorgaba en la *Caja de Corte*, —*Real Hacienda*— ante los *Oficiales Reales de la Media Annata*.⁸¹ En suma, en el maestro encontramos unidas las dos categorías productoras: el capital y el trabajo. Volveré a tocar este punto en el capítulo referente.

6. Limitación de talleres.

Se prohibió imperativamente por las *Ordenanzas*, que los maestros tuviesen más de un taller o tienda, y que explotasen diferentes industrias o artes, o ejerciesen diferentes oficios en un mismo taller.⁸² En su calidad de maestro, el trabajador no podía ejercer más que un oficio y no pertenecer a más de un sólo gremio. Fundándose probablemente, en la costumbre de limitar los medios de lucro, se trataba que nadie se enriqueciera a merced de otros de la misma corporación.

Sin embargo, había *Ordenanzas* que permitían tener hasta cuatro telares, no sabemos si éstos estaban dentro de un sólo taller, y en ese caso, se equipararían los telares a una duplicación de instrumentos; o bien, si estaban en distintas partes, lo que parece improbable.⁸³ Había cierta categoría de oficios conexos que los maestros practicaban conjuntamente, como se verá en páginas posteriores. Con todo y ello, era excepcional este estado de cosas, por cuanto que la especialización era una de las características de la industria corporativa.

7. Compañías o asociaciones.

Algunas *Ordenanzas* prohibieron en forma imperativa que se formasen compañías entre maestros;⁸⁴ otras, en cambio, permitían y toleraban estas asociaciones, siempre y cuando que los maestros asociados estuviesen en un mismo taller.⁸⁵

El ambiente corporativo de la industria de la época prohibía formar entre miembros de un mismo oficio, otras ligas o compañías que no fuesen las Cofradías, de las que se hablará más adelante; porque

⁸¹ *Ibid.*, 91-2, 111, 142, 145, 178, 186, 195. AGN. AHHda., *Media Annata*, leg. 261-15; 196, 223; leg. 268-267, 268, 269, 272, 274-5, 278; leg. 269-218, 220-31, 272-274; leg. 270. *Consulado*, leg. 66-14. Así aparecen en las numerosas nóminas que traen todos estos legajos; particularmente el 270, y que se pueden consultar con fruto, ampliando los conceptos que vierto.

⁸² Estrada, 75-6, 77, 147, 165. AAMéx., *Barrio Lorenzot*, I, 14, 192, 201, 313, 321; II, 62-3, 83.

⁸³ AGN., *Industria y Comercio*, v. XXI, exp. 4, fs. 126, 128-130.

⁸⁴ Estrada, 97, 140, 147, 165.

⁸⁵ *Ibid.*, *Ords. de Pasamaneros y Orilleros* 1589, 77; de *Tiradores de Oro y Plata*, 1669, 140.

se temía por el gremio, que tales ligas, acrecentándose, tuviesen acción particular sobre ciertos grupos; y asimismo, que tuviesen mayor ingerencia, substituyendo la acción colectiva del gremio. Por igual circunstancia, se prohibió se coaligaran oficiales y maestros, o mejor dicho, obstaculizaran la libertad para adquirir materias primas, subir los precios, o bien, para imponer la reducción de la jornada de trabajo y la elevación de los jornales (como veremos con mayor detenimiento y aparece en la documentación que citaré más adelante), actos a los que estaban siempre alertas los veedores y el *Cabildo*, y trataban de contrarrestar.

8. *Facultades y privilegios.*

Podían tomar parte en concursos de obras, en juicios, quiebras y liquidaciones, así como en informaciones testimoniales, peritajes, etc.⁸⁶ En casos de fuerza mayor, es de inferirse, podían delegar sus funciones en otros maestros del oficio en favor de terceras personas, o bien, en oficiales de su confianza.

Debían concurrir obligatoriamente a las elecciones de alcaldes y veedores, y tenían voz y voto en todo lo que se trataba en las asambleas del oficio: ordinarias y extraordinarias. De los más hábiles y ancianos maestros del gremio, se escogían para el cargo de veedores y alcaldes, así como para consejeros: *la junta de ancianos*; formando este grupo o cuerpo de ancianos, hombres envejecidos y experimentados en la vida y en el oficio, una especie de cuerpo consultivo de la corporación.⁸⁷ No todos los gremios mexicanos tuvieron esta junta.

Y para terminar, los maestros disfrutaban de ciertos privilegios, o como decían las cartas de exámenes, disfrutaban: "... honores, franquizias e inmunidades de que gozan los maestros examinados..." Difícil es precisar en qué consistían unos y otras. Consideración y respeto en honor al talento, habilidad o genio creador artístico o industrial. He ahí, quizá, a lo que se concretaban esos privilegios. Nunca fué el privilegio del maestro agremiado un privilegio semejante al que posee el industrial en la economía individualista; a lo sumo, el maestro novohispano mandaba una familia de productores en el caso de coproducción, que fué la excepción.

Maestros hubo que llegaron a ser ricos en el ejercicio de su arte o industria; sirvan de ejemplo los nombres de Constantino de la Mota y

⁸⁶ *Ibid.*, *Ords. de Doradores y Pintores* 1686, 21. *Vid.*, 91, 184. Cervantes, *Op. cit.*, 12, 32. AAMéx., *Real Audiencia, Fiel Ejecutoria, Veedores Gremios*, v. 3833, leg. 3, exp. 103.

⁸⁷ Vázquez, 130-7. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 137, 447.

Baltasar de Nava, plateros, y de José Trillanes, locero; así como el de Ignacio de Castera, arquitecto.⁸⁸

Señalados los diversos problemas relativos a la maestría dentro de la corporación gremial, pasaré a decir unas cuantas palabras sobre las otras autoridades jerárquicas, que aparecen muy vagamente mencionadas en las *Ordenanzas*, pero, de las cuales, he podido reunir algunas referencias en diversa documentación. Trátase del tesorero o clavario y del fiel de cuentas.

IV. LOS CLAVARIOS O TESOREROS

1. *Atribuciones.*

El agremiado que fungía de tesorero era el *clavario* (clavarius: llavero), guardaba los caudales y alhajas que constituían el patrimonio de la corporación; guardaba las llaves de la caja; cobraba las cuotas reglamentarias y extraordinarias; los derechos de entrada al gremio; los gastos y expensas; los gastos de cartas de examen, las multas, los encargos de las tiendas y de los inmuebles, propiedad del gremio, etc. Acompañaba ocasionalmente a los veedores en sus visitas, por lo que se les llamó *acompañados*. No están bien delimitadas sus funciones, por cuanto que a veces se les llama: *cónsules*, *mayordomos* o *clavarios*. No es remoto pensar que las *Ordenanzas* y otros mandamientos afines, al mencionarlos, no hagan una distinción específica entre éstos y los *mayordomos* de las cofradías, que propiamente hablando, eran los auténticos *mayordomos*, por cuanto que, sus actividades eran prácticamente muy semejantes. Es difícil por ello, precisar el límite de sus atribuciones.

V. EL OIDOR DE CUENTAS

1. *Atribuciones.*

El *oidor de cuentas* o *fiel de fechas*, era una especie de tenedor de libros y al mismo tiempo interventor de pagos. Intervení en la contabilidad y en las funciones del clavario. Duraba en su encargo generalmente un año, por decisión de la mesa o consejo de ancianos.

⁸⁸ Cervantes, *Op. cit.*, 16, 44, 47, 120 y ss. Anderson, *Op. cit.*, I, 169. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 2, f. 8.

⁸⁹ Estrada, *Ords. de Tintoreros* 1556, 54, 56. Anderson, *Op. cit.*, I, 169. AAMéx., *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 21, f. 21. *Arquitectos*, v. 380, exp. 1, fs. 56-60. *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 5, f. 36.

Estos dos puestos, como decía, no aparecen insertados claramente en las *Ordenanzas*; sus funciones estaban más bien reglamentadas por la tradición y la costumbre que por disposiciones legislativas. De ahí, que en muchos gremios, los veedores fungían como clavaríos u oidor de cuentas, eligiéndose de ellos para aquel año, en presencia de todos los maestros, y entregándoseles un libro donde debían asentar todo "...lo procedido de exámenes, multas, cuentas y razones...", que aprobaban o no, los maestros.⁹⁰ El poderoso gremio de *Plateros*, que es del que he podido obtener más datos, sí tenía todos estos puestos;⁹¹ pero era general, que los gremios no los tuviesen, siendo reemplazados fácilmente por los veedores. Veamos a continuación las funciones de éstos.

VI. LOS VEEDORES

1. Requisitos.

Suprema autoridad dentro del gremio eran los veedores. En la documentación consultada se les designa con los nombres de: *veedores*, *celadores* o *diputados*, indistintamente. Debían ser individuos de buena fama *sciencia y conciencia*: generalmente, los maestros de más experiencia y edad en el gremio, que ejecutaban las órdenes de los alcaldes y del *Cabildo*, y hacían respetar las *Ordenanzas*, mandamientos y acuerdos de las mesas directivas o consejos de *ancianos* de sus respectivos gremios.

Obraban con entera libertad dentro de las cuestiones inherentes a la corporación, y en casos que caían bajo su competencia: "...velar y zelar [el cumplimiento de las Reales Ordenanzas]..."⁹²

2. Obligaciones.

Las funciones de los veedores se pueden concretar bajo dos puntos de vista fundamentales: a) de vigilantes; b) de inspectores.

⁹⁰ Estrada, *Ords. de Algodoneros 1765*, 178. AGN., *Industria y Comercio*, v. III, fs. 5-7, 17, 40, 76, 154. AHHA., *Media Annata*, leg. 270-11.

⁹¹ Este libro es y pertenece a la hermandad de Nuestro Señor San Eligio del Gremio de la mui Ilustre Platería, Tiradores y Butihojas. Año de 1699. 2º Libro Becerro en que se asientan todos los Cabildos y Elecciones tocantes al Ilustre Cuerpo de Plateros, Vateojas y Tiradores de Oro, el que comenzó siendo secretario Dn. José Manuel Infante en el año de 1793. Ambos libros en 8o. MSS. pertenecientes a William Spratling, vecino de Taxco, Gro., quien me facilitó bondadosamente su consulta.

⁹² Estrada, *Ords. de Sayaleros 1722*, 73. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 10, fs. 52-3; exp. 16, f. 33; exp. 21, fs. 22-4. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3837, leg. 3, exp. 110. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 4 bis; exp. 5.

Bajo el primer aspecto, velaban por el exacto cumplimiento de las *Ordenanzas*, mandamientos y contratos entre los maestros, oficiales y aprendices, evitando desavenencias que surgieran entre unos y otros; para ello vigilaban el estado de los contratos de aprendizaje y de oficialía. No nos hablan las *Ordenanzas* ni documentos afines si los veedores revisaban conjuntamente con las autoridades del *Cabildo* o por sí mismos, como atribuciones propias, los contratos mencionados; rechazando cláusulas onerosas para el aprendiz o el oficial, o si bastaría con la buena fe del notario ante quien se escriturasen para dar por normales y aprobados por la ley, la costumbre y el texto de ellas. No se halla ningún indicio acerca de la intervención oficiosa de esas autoridades en estos casos particulares. No es de difícil presunción, asentar, que tal vez lo hiciesen, máxime si tenemos en consideración el control estatal que ejercitaba el *Cabildo* sobre la vida de los gremios, y el acendrado rigor con que procedían los veedores en el ejercicio de sus funciones, según lo iremos viendo. Cuidaban celosamente las funciones del artesano y otorgaban las cartas de examen.⁹³

Impedían además, que los oficiales sin título trabajasen por cuenta propia.⁹⁴ Aunque en este caso como en otros muchos más, dentro de esta institución, el hecho no correspondía al derecho, según ya quedó asentado.

Una de sus más señaladas funciones, y, quizá, la de mayor trascendencia, era la de examinar. Ya he dicho que intervenían como jurados en los exámenes de los oficiales, examinando a los candidatos a la maestría. Tanto las *Ordenanzas* como otros mandamientos procuraron siempre que hubiese la mayor justicia y rectitud en los exámenes, estableciendo de manera imperativa:

"Que los véedores no empiessen examen alguno hasta que hagan juramento ante el Escrivano del Cavildo, de no ser rogados, sobornados, ni inducidos por otro modo a disimular los defectos del examinado, pena de ser nulo el examen y de diez pesos de oro de minas los que incurran los véedores..."⁹⁵

Los veedores pues, formaban el jurado calificador ante el cual los oficiales debían someterse a la prueba final; esto es, al examen requerido para obtener la *carta de examen*: el título que los elevaría al grado

⁹³ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 383, leg. 2, exp. 10, 52-3; exp. 16, f. 58; v. 383, leg. 3, exp. 21, fs. 22-44. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3833, leg. 3, exp. 110. *Vid. supra*, Notas 39, 40 y ss.

⁹⁴ Cervantes, *Op. cit.*, I, 50-3; II, 175-8. AAMéx., *Real Audiencia. Penas Cámara*, v. 3835, leg. 1, exp. 2, fs. 1-71; exp. 3, fs. 1-192; exp. 7, fs. 1, 23. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 16.

⁹⁵ Estrada, *Ords. de Sederos y Gorreros 1591*, 34. *Vid.*, 164, 166, 173, 179, 181.

superior de maestros y de poder tener tienda pública como maestros examinados, requisito indispensable para poder ejercer la industria, arte u oficio.

Precisamente esta función de examinadores era la que les daba preeminencia dentro del gremio junto con la que les otorgaba las propias *Ordenanzas*. Sinodales calificadores, dentro de la especie de escuela de artes y oficios que venía a ser el gremio, constituían los veedores examinadores, el jurado final, que podía ser recusado por los examinados por motivos personales. Esta recusación se hacía por escrito ante el *Cabildo*: indicando los motivos que tuvieron para hacerla. Hubo quien los recusara: "por odiosos y sospechosos"; "por odio y mala voluntad", o "por mal trato", etc.⁹⁶

Si los veedores se enojaban a la hora del examen dirigiéndose dimes y diretes a costa del pobre diablo examinado, y aprovechando la ocasión, para explayar con puyas sus viejas rencillas, se nulificaba el examen y se verificaba otro, si es que el examinado usaba de esta facultad que le daban las *Ordenanzas* y la costumbre.⁹⁷ Claro es, que ante la ventaja de dominio o superioridad que en ese momento tiene todo examinador sobre el alumno, éste no se atreviese a usar de ese derecho ante el temor de no ser examinado o lo que es peor, de ser reprobado.

El recusar a un maestro era cosa corriente dentro del gremio (este derecho se practicaba ante el *Cabildo*, Real Audiencia y demás tribunales en toda clase de negocios) y en ese caso se nombraba a otro maestro veedor por la Mesa de Propios o de la Fiel Ejecutoria para que examinase al oficial pretendiente.

Hubo ocasiones en que por estar los veedores ya muy ancianos o por haber fallecido el único existente en un gremio, no se podían examinar los peticionarios. Estas y otras dificultades que en la práctica se presentaban, se solucionaban elevando un oficio o protesta ante el *Cabildo*, el cual con toda buena fe trataba de solucionar cada caso de la manera más conveniente.⁹⁸

Hubo otras, en que los veedores examinadores con miras tal vez, de pingües ganancias; o bien, de notorio favoritismo hacia los examinados, pretendían se hicieran los exámenes secretamente y no como mandaban las *Ordenanzas*.⁹⁹ En fin, hubo también ocasiones en que

⁹⁶ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 3, exp. 2, f. 60; exp. 5, f. 205; v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 123-6; v. 383, leg. 3, exp. 17, f. 56. *Arquitectos*, v. 380, exp. 1, fs. 106-14, 117. *Procuración General*, v. 444, f. 78.

⁹⁷ *Ibid.*, Loc. cit.

⁹⁸ *Ibid.*, Loc. cit.

⁹⁹ AAMéx., *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 383, leg. 3, exp. 23, f. 45. *Arquitectos*, v. 380, leg. 1, exp. 1, fs. 63-5.

coaccionaron a los oficiales que se iban a examinar,¹⁰⁰ o se arreglaron extraoficialmente con la gente del oficio para no ser jurados, a pesar de estar nombrados para ello.¹⁰¹

Los veedores percibían ciertos derechos inherentes al examen,¹⁰² así lo establecía la ley.

Por último, llevaban cuenta y razón de todo lo procedido por cuotas, derechos de exámenes y otros conceptos cuando no existían los clavarios u oidores de cuentas, cosa que era lo más frecuente en la vida gremial.¹⁰³

Bajo el segundo punto de vista mencionado, fiscalizaban como inspectores, el trabajo dentro del gremio y comprobaban la clase de objetos que se manufacturaban, impidiendo se fabricasen artículos fuera de lo establecido por las *Ordenanzas* a que estaban sujetos. Investigaban todo lo concerniente a la buena manufactura o confección de los productos.

Vigilaban asimismo, si los que tenían tienda, taller u obrador eran maestros examinados o no;¹⁰⁴ el número de oficiales que tenían de acuerdo con las posibilidades económicas de cada maestro y lo señalado por las *Ordenanzas*; visitaban —previo pedimento ante el *Cabildo* y asentimiento de él—, cada semana, quince días, cuatro o seis meses, o cada año, las tiendas, obradores, talleres y telares, de los agremiados sujetos a su jurisdicción, así como los mercados, plazas y mesones en donde se vendían las manufacturas de los gremios.

Registraban minuciosamente las tiendas y los talleres con el propósito de encontrar alguna obra hecha fuera de las *Ordenanzas*; algún fraude o la menor infracción en el fiel cumplimiento de ellas.¹⁰⁵ En general, velaban por el exacto cumplimiento de las *Ordenanzas* y mandamientos afines, así como acuerdos del *Cabildo*.

Si había alguna denuncia, los veedores, acompañados del juez y del escribano de la diputación, llegaban hasta despertar al artesano a la media noche para sorprenderlo como presunto reo.¹⁰⁶

Si descubrían una obra ilícita, falta de peso, medida, calidad, etc., tenían la obligación de embargarla, levantando un acta, y de hacer la denuncia respectiva ante la justicia, que era como hemos asentado tantas veces: el Juzgado de la Diputación, Fiel Ejecutoria o Juez de

¹⁰⁰ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 58; exp. 5, fs. 1-2.

¹⁰¹ *Ibid.*, v. 382, leg. 2, exp. 8, f. 58.

¹⁰² Estrada, 44, 58, 93, 103, 115, 118, 124, 133, 136, 138, 154.

¹⁰³ *Ibid.*, *Ords. de Sederos y Carreros 1594*, 35; *de Carroceros 1718*, 91.

¹⁰⁴ Cervantes, *Loza Blanca y Azulejo de Puebla*, I, 50-3; II, 173-8.

¹⁰⁵ *Ibid.*, Loc. cit. Estrada, 202, 207. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 52 y ss. Vázquez, 136, 140.

¹⁰⁶ Estrada, 8, 158, 175, 184-5, 202, 207. Vázquez, 136, 140. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 152. AAMéx., *Real Audiencia. Penas Cámara*, v. 3835, leg. 1, exp. 2, fs. 1-71.

Gremios de la ciudad. La obra "...que estuviese contra ordenanzas la quiten y traigan a la justicia..."¹⁰⁷

El depósito de las obras embargadas, podía hacerse en el Juzgado de la Fiel Ejecutoria,¹⁰⁸ sito en las Casas del Ayuntamiento; o bien, en un lugar seguro para los veedores, mientras se ventilaba sumariamente el juicio contra los contraventores.¹⁰⁹

Intervenían los veedores en las infracciones y multas que fijaban las *Ordenanzas* y que ejecutaba el Cabildo, tales como: destrucción o repartición de la obra, suspensión del trabajo, confiscación, cierre del taller, como se verá detenidamente en la parte relativa. Debo advertir que esta función era sumamente importante y característica dentro de las atribuciones de los veedores en el ambiente gremial.

Marcaban y sellaban la obra para su venta posterior, usando diversos sellos según la calidad de la manufactura que se quisiera expresar con ellos, por ejemplo: "*fino, ordinario y corriente*";¹¹⁰

"El corte ó pieza de tela falsa áunque sea de mangas ha de tener en cada lado un *letrero tejido, que diga, falso*";¹¹¹ así como el sello de la ciudad.¹¹²

3. Elección.

Tanto estas como otras altas autoridades de la corporación gremial, emanaban del sufragio; es decir, se verificaba su elección democráticamente. Cada año se elegían uno o dos veedores de los maestros de cada oficio, en los primeros días del mes de enero (1, 2, 6, 7, o 20 de enero, o día de San Juan Bautista, el 24 de junio); generalmente, de los maestros más antiguos e insospechables por su honradez y habilidad.¹¹³

¹⁰⁷ Estrada, *Ords. de Carpinteros 1575*, 96. *Vid.*, 4, 8, 18, 28, 42-73, 77, 96, 101, 108, 112-3, 138, 149, 152, 163, 165, 202, 207. Cervantes, *Op. cit.*, I, 52. AAMéx., *Real Audiencia. Penas Cámara*, v. 1, exp. 2, fs. 1-71; exp. 3, f. 192; exp. 7, f. 23. *Panaderías y Pulperías*, v. 34-52, leg. 1, exp. 16. *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 13, fs. 112-124. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3831, leg. 1, exp. 1, fs. 6, 11-13; exp. 9, f. 12; exp. 14, f. 3; exp. 25, f. 13; v. 3833, leg. 3, exp. 91, fs. 11-40. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 3, fs. 35, 37 y ss.; exp. 4, fs. 139-223.

¹⁰⁸ Estrada, *Loc. cit.*

¹⁰⁹ *Ibid.*, 149, 152.

¹¹⁰ *Ibid.*, 17, 42-3, 51, 61-2, 79, 93, 130, 132, 158, 161, 172, 177. Vázquez, 66-7, 86, 94, 103, 154. *Actas de Cabildo. Op. cit.*, II, 191. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 13, fs. 114-24. *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3831, leg. 1, exp. 1, fs. 11-3; exp. 9, f. 12; exp. 14, fs. 1-3; exp. 25, fs. 1-3; v. 3833, leg. 3, exp. 91, f. 40.

¹¹¹ Estrada, *Ords. de Tenedores de telas de oro 1596*, 75.

¹¹² *Ibid.*, *Ords. de Tenedores 1595*, 93.

¹¹³ *Ibid.*, 1, 8, 9, 13, 17, 19, 22, 36, 39, 41, 63, 74, 76, 78, 83, 86, 89, 90, 93, 95, 98, 102, 105-6, 108-9, 118-9, 120, 122, 124, 127, 129, 131, 135, 138, 142, 146-7, 150, 152, 154, 156. Anderson, *Op. cit.*, I, *apéndice II*, 436. Vázquez, 28-9, 64, 75, 78, 81, 84, 93, 98, 120-29, 134, 153. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 476. AAMéx., *Barrio Lorenzot. Cedulaio*, v. 439, I.

Federico Gómez de Orozco
Lorenzot

Fig. 2. Retrato tomado de la obra de don Federico Gómez de Orozco: *Las publicaciones del Extinto Ayuntamiento y del Departamento del Distrito Federal*, (México, 1948), 15, lám. 2. La rúbrica, de: *Autos sobre la Fábrica del templo de San Hipólito*, AAMéx., Hospital de San Hipólito, v. 2300, exp. 2.

Es probable que no pudiesen ser elegidos para el cargo, aquellos que hubiesen entablado pleito contra el gremio o contra la cofradía, o hubiesen infringido las *Ordenanzas* en su parte técnica.

La elección de veedores y alcaldes se verificaba por regla general, en el Ayuntamiento; Mesa de elecciones, Fiel Ejecutoria, o en casa del maestro más antiguo o en un convento u hospital,¹¹⁴ e intervenían en ella, quizá tan sólo los maestros; aunque es probable que en algunos casos, también lo hicieran los oficiales.

También en la casa del Real Ensaye y ante el Ensayador Mayor del Reino que era: "*Veedor y Visitador Perpetuo de las Tres Artes*" (platero, tirador y batihoja), en caso de que se eligiesen veedores del gremio de plateros, batihojas y tiradores de oro y plata.¹¹⁵

Había gremios en que se elegían cuatro o más veedores;¹¹⁶ pero lo general, era que fuesen uno o dos. En los oficios conexos, esto es, los compuestos de varias ramas y que formaban un sólo gremio, se nombraba un veedor para cada rama, por ejemplo: cereros y candeleros; calceteros, jubeteros y sastres; carpinteros, entalladores, ensambladores y violeros; en los cuales había uno o dos veedores para cada ramo.

La elección debía verificarse "...atendiendo a la paz, quietud y sosiego del gremio para evitar muchos litigios y discordias..."¹¹⁷

Pero como suele suceder en toda clase de elecciones, es presumible que, en los oficios o gremios de importancia, la veeduría fuese objeto de intrigas y maquinaciones para poseerla; puesto que, significaba en ocasiones, pingües ganancias y determinadas preeminencias fuera y dentro de la corporación, y que los veedores elegidos para un período electivo, movieran toda clase de resortes para volverse a reelegir. Nada dicen a este respecto las *Ordenanzas*; algunas lo permitían, como acon-

fs. 220-1. *Ordenanzas*, I, 2, 47, 75, 81, 127, 129, 187, 213, 325-6; II, 32. *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1. exp. 2, f. 35; exp. 5, f. 59; exp. 6, fs. 28-9.

¹¹⁴ Estrada, 41, 73, 89, 90, 98, 114, 117, 135, 142, 144, 146, 150, 159, 160, 164, 166, 171, 173, 181, 192, 193, 195, 197, 244, 255. Vázquez, 75, 84, 127, 134 y ss. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Cedulario*, v. 439, I, 220-2. *Ordenanzas*, Loc. cit. *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 5; exp. 6, fs. 28-9. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 5.

¹¹⁵ Vázquez, 136-7. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 476. Anderson, *Op. cit.*, I, apéndice II, 436. Las *Ordenanzas* tocante al arte de la platería confirmadas por Cadereita en 20 de octubre de 1638, que reproduce, sirvieron de base a las *Ordenanzas del Nobilísimo Arte de la Platería de Fuen Clara de 1746*, que las repite casi a la letra. Estas *Ordenanzas* influyeron notablemente en las dadas en Guatemala de las que son una réplica. Vid., mi artículo "Ordenanzas del Nobilísimo Arte de la Platería para el Reino de Guatemala 1776", *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, XX, N° 2. (Guatemala, C. A., junio 1945), 97-104.

¹¹⁶ Estrada, 61, 80, 133. AGN., *Industria y Comercio*, v. V, exp. 2, f. 18; v. XVIII, exp. 4, f. 23. Este libro es y pertenece a la hermandad, etc. 2o. Libro Becerro en que se asientan, etc.

¹¹⁷ Anderson, *Op. cit.*, I, apéndice, II, 436. Las *Ordenanzas* tocantes al arte de la platería de 1638 dicen: "procedan con toda paz sin pasión alguna, interés ni respetos humanos atendiendo sólo a que sean de partes y peritos en su arte de buena vida y conciencia y celosos del bien público..."

teció con el capitán Manuel Aparicio, maestro tintorero que fué siete veces veedor, siendo la última vez en 1747; y con el gran artífice, el platero: José María Rodallega, que lo fué en 1780, 1781, 1783, 1785, 1787, 1798, 1810 y 1812.¹¹⁸ Más que la ley, reglamentaba este acto, la costumbre.

Se sabe que, anteriormente a 1588, se elegían anualmente los veedores por el Corregidor, sin que el Cabildo, como cuerpo colegiado se enterase bien del nombramiento. Como resultaban muchos inconvenientes, se siguió a partir de ésa fecha otro procedimiento para la elección de veedores y alcaldes, por medio de la cual, el Cabildo de la ciudad supiese con certeza en quienes recaían. Los nombramientos y las elecciones se hacían con estricto apego a la ley. Las elecciones se verificaban, como decía, en fechas expresamente señaladas, ante el Regidor perpetuo, vocales de las Juntas del Ayuntamiento, esto es, Mesa de Propios, Fiel Ejecutoria y el Juez de Gremios, éste último desde principios del siglo XVIII. Una vez presentes los maestros del trato y oficio, y el escribano, se les recibía juramento, que hacían: "por Dios Nuestro Señor y la Señal de la Santa Cruz", de proponer a elección y nombrar diputados, mayordomos y veedores, a aquellos individuos que como hemos visto, debían ser los más idóneos y "... al servicio de la República y de sus gremios..." Hecha pública la proposición y calificándose por idóneos a los maestros postulantes, se procedía a la votación, depositando en una vasija las papeletas con el nombre de los candidatos. Se hacía el cómputo, y quienes obtuvieran mayor número de papeletas o de votos, salían electos. Generalmente, se votaba por planillas de dos o más individuos. Los así elegidos juraban solemnemente en nombre de Dios y la señal de la Santa Cruz "... con toda forma de derecho, prometiendo proceder fiel y legalmente según su leal saber y entender", ante el Cabildo, y se levantaba un acta por el escribano del propio Cabildo, que se equiparaba para los efectos legales consiguientes, a las actas notariales.¹¹⁹ Tal era el procedimiento normal acostumbrado. Los *Plateros*, *Batihojas* y *Tiradores de Oro y Plata*, como ya se dijo, verificaban sus elecciones ante el *Ensayador Mayor del Reino*.

¹¹⁸ *Ibid.*, I, 106-109. Valle Arizpe. *Op. cit.*, 477. Las Ordenanzas de platería de 1746 decían: "Y asimismo no puedan los que acaban, ser reelegidos; salvo el veedor, si les pareciere, que por sus buenas partes y experiencias es conveniente..." Este libro es y pertenece, etc., 2º Libro Becerro en donde se asientan, etc., *Op. cit.*, AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, fs. 28-31; v. 382, leg. 2, exp. 12, fs. 27-9. *Vid.*, mi artículo "Un gran platero mexicano del siglo XVIII, José María Rodallega", *Arte y Plata*, Año II, N° 19 (México, agosto 1946), 12-13.

¹¹⁹ Estrada, 114, 135, 184, 190, 192. Vázquez, 75. AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, fs. 29, 35; exp. 5, fs. 1-9; v. 382, leg. 2, exp. 10, fs. 54-5; exp. 15, fs. 17-20. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. leg. 1, exp. 5. Barrio Lorenzot, *Cedulario*, v. 439, l. fs. 220-1. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 1, f. 3. AHHA., *Media Annata*, 270-25.

4. *Facultades y privilegios.*

Los veedores, podían contratar, juzgar y fallar; tenían autoridad para dirimir las diferencias surgidas entre los de un mismo oficio actuando siempre con la justicia:

"Que los veedores con la justicia puedan fulminar causas y hallando las obras falsificadas las puedan embargar y dar cuenta a la Justicia para que fulmine la causa..."¹²⁰

Esta función de jueces, como fácilmente se desprende, era una de las más importantes atribuciones que les competían a los veedores; y, junto con su carácter de examinadores, la que les daba mayor preeminencia dentro de la vida corporativa.

Cobraban ciertos derechos por los exámenes; inspección de talleres y tiendas, y por poner el sello gremial. Sin embargo, las funciones de los visitadores se estipulaban por cargo de conciencia; aunque era frecuente que se cobrase cierta cantidad, estipulada las más veces, por las propias *Ordenanzas*.¹²¹ Otras, en cambio, por la costumbre.

En ocasiones, por la propia pobreza del gremio u otras causas análogas, el puesto o título de veedor era más honorífico que otra cosa. Según la pobreza, solvencia y poderío del gremio en general, y de los propios veedores en particular, así eran de codiciados los puestos jerárquicos de los veedores. Por ejemplo, entre los plateros, ser veedor, era tener socialmente una situación de privilegio dentro de la vida gremial y la pequeña burguesía; en cambio, en otros oficios menos boyantes, en numerosas ocasiones, se rehuyó a aceptar el puesto; a tal grado, que fué necesario compelerlos a que lo aceptaran, y hasta se llegó a encarcelarlos —como medio de coacción— con el objeto de intimidarlos y ver si así aceptaban; y era, que el pago de la media annata y los derechos de veeduría eran excesivos para su extremada pobreza. Citaré un caso entre los muchos que puedo traer a colación: en 1780 había cinco maestros de *Tonelería* —gremio que estaba en decadencia—, al elegir veedor para ese año: "no se le cobró por estar en cueros, incapaz de pagar un real ni en plazos..." Cosa semejante pasaba entre los gremios de *Veleros*, *Silleros*, *Zurradores*, *Zapateros*.¹²² En tal virtud, la veeduría no podía ser sino una carga, para muchos veedo-

¹²⁰ Entrada, *Ords. de Loceros* 1681, 175.

¹²¹ *Ibid.*, 44, 58, 93, 103, 115, 118, 124, 133, 136, 138, 154. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Ordenanzas*, I, 3, 5, 6, 9, 21, 33-5, 99, 100, 143, 161-2, 168, 171, 180, 218, 252, 308-9, 352, 363; II, 3, 4, 82. *Vid. Supra*, Nota 40.

¹²² AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 10, fs. 91, 101. AGN., *Media Annata*, leg. 270-20, fs. 80-81v.

res, más que un puesto preeminencia social y económica; más honoraria que onerosa.

En casos de negligencia, malversación de fondos o de malas costumbres de los veedores, se les castigaba con multa, inhabilitación de su oficio o destierro, tras de las denuncias que contra ellos solían hacer los maestros, oficiales y mayordomos de las Cofradías ante la Fiel Ejecutoria, quien se encargaba de estas sanciones:

"...el que los veedores toleren algunos fraudes o defectos, en el cumplimiento de estas Ordenanzas, pueda cualquier maestro examinado, o oficial de dicho gremio denunciar y acusar ante la justicia y fiel ejecutoria al que abusare o adulterare la obra, y unos y otros sean multados..."¹²³

"...y den los veedores cuenta con pago, sólo pena que el mayordomo pueda Sacar Mandamiento de execución".¹²⁴

A pesar pues, de todas las funciones de los veedores que hemos venido mencionando y que les daba un carácter de supremacía entre la gente del oficio, sus funciones estaban celosamente vigiladas, y había la democrática costumbre de poder ejercer alguna acción en contra de ellos si había motivos suficientes para hacerla.

Por último, los veedores podían renunciar a sus cargos, y al *Cabildo* le competía aceptar o no la renuncia.¹²⁵ Antes de hacerla ante la autoridad estatal, era común que lo efectuasen ante la *mesa* o *consejo* de *ancianos* del propio gremio a que perteneciesen, como es fácil de presumir. Para los efectos legales que se adujesen, podían pedir los veedores se les diera testimonio del tiempo y comportamiento de su veeduría durante su período electivo.¹²⁶

De hecho y de derecho pues, eran los veedores los auténticos jefes de los gremios a cuyo cuidado quedaban la buena organización del gremio y a cuyo mando estaban sujetos todos los agremiados del oficio. Esta facultad de mando la recibían legalmente, tanto del propio organismo gremial como del Ayuntamiento o Cabildo, los cuales otorgaban plenos poderes para actuar: "...que se les dé facultad y mandamiento con que puedan usar su oficio..."¹²⁷

¹²³ Estrada, *Ords. de Cereros 1710*, 163.

¹²⁴ *Ibid.*, *Ords. de Zapateros 1560*, 112. *Vid.*, AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 382, leg. 2, exp. 16, f. 40. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 7, f. 47.

¹²⁵ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, fs. 64, 88; exp. 7, f. 8; v. 382, leg. 2, exp. 10, fs. 16-7, 117, 119, 125-8; exp. 12, fs. 1-15; exp. 13, fs. 27-30; exp. 15, fs. 46-50.

¹²⁶ *Ibid.*, v. 382, leg. 2, exp. 13, fs. 99, 100.

¹²⁷ Estrada, *Ords. de Pasamaneros y Orilleros 1589*, 75; de *Guanteros y Aguajeros 1576*, 122. AAMéx., *Ayuntamientos. Alcaldes Ordinarios*, v. 405, leg. 1, exp. 6.

Hubo ocasiones, cuando el estado del gremio así lo requería y por petición expresa del gremio entero elevada ante el Virrey, de que se nombrara un "*veedor general*";¹²⁸ pero esto era una excepción. Este veedor general venía a ser un superior jerárquico de los veedores comunes del gremio y tenía amplias atribuciones.

Por el celo, entereza, lealtad, espíritu de cooperación y de justicia, los veedores salvaron el crédito y confianza depositados en ellos, en muchísimos gremios, cuya documentación he examinado y la cual se cita a lo largo de este trabajo.

Consecuente con todo lo dicho, las funciones del veedor se pueden sintetizar de la siguiente manera: a) vigilar el cumplimiento de los contratos de aprendizaje y la función de los aprendices;¹²⁹ b) examinar a los candidatos a la maestría y percibir los derechos inherentes al examen;¹³⁰ c) vigilar y llevar cuenta y razón de todo lo procedido por cuotas y derechos de exámenes y otros conceptos;¹³¹ d) presidir las fiestas y asambleas del gremio;¹³² e) gestionar las finanzas del gremio;¹³³ f) controlar la fabricación y venta de los productos;¹³⁴ g) hacer las visitas domiciliarias;¹³⁵ h) contratar, juzgar y fallar, teniendo facultad para dirimir las diferencias que surgieron entre los agremiados del oficio actuando con la Justicia;¹³⁶ i) convocar a los del gremio a filas del batallón militar (esto era a fines del siglo XVIII);¹³⁷ j) representar a los agremiados legalmente ante las autoridades en sus súplicas y demandas;¹³⁸ y k) velar por el bienestar, auge y decoro de la corporación.

5. Apoderados.

Algunas *Ordenanzas* elegían un apoderado que se encargaba de seguir los litigios que se suscitaban. Para ello seguía idéntico procedimiento que para la elección de diputados veedores, y sus obligaciones eran:

¹²⁸ AAMéx., *Artesanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 47; v. 382, leg. 2, exp. 56. AGN., *Industria y Comercio*, v. IV, 118-121.

¹²⁹ *Vid. infra.*, cap. IV.

¹³⁰ Estrada, 68, 74, 78, 91, 96, 144.

¹³¹ *Ibid.*, 38, 91. Vázquez, 75, 84.

¹³² *Vid. infra.*, cap. III.

¹³³ Estrada, *Ords. de Pasamaneros y Orilleros 1569*, 76. AAMéx., *Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 1832, leg. 2, exp. 75, f. 2.

¹³⁴ Estrada, 9, 102, 107.

¹³⁵ *Vid. infra.*, cap. IV, Notas 51-2.

¹³⁶ Estrada, *Ords. de Loceros 1677*, 175. *Vid.*, 35, 139, 208. AAMéx., *Barrio Lorenzot, Cedulario*, v. 439, I, fs. 220-1.

¹³⁷ *Vid. infra.*, cap. IV, Notas 144 y ss.

¹³⁸ Estrada, 76, 78, 174. *Vid. infra.*, cap. V, Nota 51 y ss. AAMéx., *Barrio Lorenzot, Op. cit., Loc. cit. Real Audiencia. Fiel Ejecutoria. Veedores Gremios*, v. 3832, leg. 2, exp. 75.

"...Y es obligación de el apoderado seguir los litigios, dirigirlos, zelar el cumplimiento de las Ordenanzas practicar los mandatos de la Fiel Ejecutoria, y los acuerdos con los Diputados, recaudar las pensiones de las tiendas..."¹³⁹

Es más, para que no faltase un individuo que celosamente cuidara del gremio, se podían nombrar hasta tres:

"Y se ordena porque pueda faltar apoderado en el Trienio que en la elección se nombren tres para que faltando él uno entre el otro, y no se pueda Remover, sin justa y legítima causa."¹⁴⁰

Debían estos apoderados, dar cuentas comprobadas de su actuación; y éstas estaban sujetas a una revisión, debiéndose asentar lo cobrado y deducido durante su período electivo, en el libro que se llevaba para el efecto y a que hemos aludido.¹⁴¹ Por excepción, estos puestos se hallan mencionados en las *Ordenanzas*; lo tradicional era que las autoridades supremas de la corporación lo fuesen los veedores y alcaldes.

Había otra clase de apoderados, que no aparecen en las *Ordenanzas*, y que eran nombrados por los distintos gremios, o por los maestros y oficiales en particular, para sus representaciones y litigios —que eran frecuentes—, como consejeros en derecho para estatuir o enmendar las *Ordenanzas* gremiales; o en fin, para cualquier asunto judicial. En esos casos, recaía la designación en personas de derecho, leguleyos entendidos para sacar adelante los asuntos encomendados, como es fácil suponer.

VII. LOS ALCALDES

1. Requisitos.

Con los nombres de *alcaldes*, *mayorales* o *prohombres*¹⁴² se designaban a los que presidían el gremio y lo representaban en los actos oficiales. Convocaban y presidían las juntas de los maestros que constituían el consejo superior, dijéramos del gremio, junta o mesa directiva. Su número variaba según los gremios; generalmente, eran uno o dos que se renovaban cada año en el mes de enero, por elección directa sin restricción en el voto individual de todos los maestros del oficio,

¹³⁹ Estrada, *Ords. de Tenderos de Pulpería 1757*, 171. AGN., *Abastos*, v. IV, exp. 2.

¹⁴⁰ *Ibid.*, Loc. cit.

¹⁴¹ *Ibid.*, Loc. cit.

¹⁴² Estrada, 37, 39, 42, 45, 47, 52, 177-8. No debe equivocarse las funciones del *Mayoral* con las del *mayordomo*. El *mayoral* era el *alcalde* o jefe del gremio, el *mayordomo* era el superior en la cofradía únicamente. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Ordenanzas*, I, 75, 86, 93, 96, 100, 391; II, 86.

en la forma que ya vimos para la elección de los veedores. Se designaban ternas que proponían los salientes votándose por insaculación o sorteo.¹⁴³

2. Obligaciones.

Formaban parte del tribunal de examen según lo expresan las *Ordenanzas*:

"Que los Examinadores sean quatro, dos Alcaldes, y veedores, y dos Maestros del Arte..."¹⁴⁴

Examinaban en su casa.¹⁴⁵ Hacían los presupuestos; se hacían cargo de los recursos y liquidaciones teniendo una de las llaves de la caja y las otras dos los clavaros, oidor de cuentas o veedores, en su caso;¹⁴⁶ tenían autoridad judicial sobre los agremiados y daban su voto en todos los asuntos que se presentaran de la incumbencia del gremio.¹⁴⁷ Hacían visitas de inspección a los talleres, tiendas y demás, de los agremiados:

"Que el mayor, Alcalde y veedores, viciten siempre que se les paresca las casas de los Dueños."¹⁴⁸

Al acabar el puesto de alcaldes pasaban al año siguiente como veedores.¹⁴⁹

3. Privilegios.

Cabe suponer que gozaban de ciertos privilegios y de la consideración de sus vecinos. La inmensa mayoría de los gremios no elegían más cargos que el de veedores y de mayordomos. Sus nombres, nombramientos y elecciones se inscribían en "*el libro de elecciones*"; libros que llevaban al efecto, dando fe el receptor de la *Fiel Ejecutoria*, perteneciente al *Cabildo* de la ciudad, el propio secretario del gremio, que

¹⁴³ Estrada, 8, 9, 19, 20, 22, 81-3, 105, 114, 137, 142, 154, 192. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Op. cit.*, I, 75, 86, 93, 96, 100, 127, 129, 391; II, 83 y ss.

¹⁴⁴ Estrada, *Nuevas Ordenanzas de Doradores y Pintores 1686*, 22.

¹⁴⁵ *Ibid.*, 20, 22, 23, 34.

¹⁴⁶ *Ibid.*, 34, 81, 83, 115, 138-9, 158, 195. AAMéx., Barrio Lorenzot, *Op. cit.*, I, 75-6, 86, 93-4, 96, 100-1, 127, 129, 135, 183, 194, 215, 219-22, 226, 241, 252, 257, 291, 309, 314, 318, 321, 327, 350; II, 64, 83, 86, 106.

¹⁴⁷ Estrada, 35, 139, 208.

¹⁴⁸ *Ibid.*, *Ords. de Zapateros 1749*, 116-7. *Vid.*, 115, 116, 118, 138-9.

¹⁴⁹ *Ibid.*, *Ords. de Sederos y Gorreros 1594*, 36.

por lo común era uno de los veedores, oidor de fechas o mayordomos, y el *Ensayador Mayor del Reino* en tratándose de los *Plateros*.¹⁵⁰

Debe mencionarse por último, que los veedores se equiparaban a los alcaldes en los gremios en que no hubieran éstos; pero en los que sí los había por prescripción tácita de las *Ordenanzas*, los alcaldes tenían un rango jerárquico superior al de aquellos. Genéricamente se les designaba alcaldes, mayores o prohombres, pero quiero hacer notar que no hay que confundir el nombre, funciones y rango con los mayordomos. Mayoral era el alcalde: autoridad suprema dentro del gremio; mayordomo era el que vigilaba los caudales y regía la cofradía. Es fácil de caer en el equívoco. Más adelante veremos las atribuciones de los mayordomos al hablar de la cofradía.

4. Rector.

La *Ordenanza* tocante al arte de la platería confirmada por el Marqués de Cadereita en 20 de octubre de 1638, y que sirven de base substancialmente a las de 1746, que con pequeñas modificaciones estuvieron vigentes aún después de consumada la Independencia, da el nombre de *rector* a la autoridad suprema del gremio, con idénticas atribuciones de los alcaldes: podía ser reelecto, cosa que también podían ser los veedores y por analogía los alcaldes. Es el único caso en que se le da al jefe supremo de la corporación gremial, tal título; constituyendo en consecuencia, una excepción dentro de las *Ordenanzas* y vida gremial.¹⁵¹

VIII. LA MESA O JUNTA DE GOBIERNO

1. Facultades.

Organismo de consulta con funciones de asesoramiento dentro del gremio era la *Mesa o junta de gobierno*, formada por los *ancianos*. Por regla general, estos *ancianos*, habían participado durante alguna etapa de su vida en los asuntos de la corporación. Verdaderamente, era una junta asesora:

"...para tratar y conferir las cosas convenientes del mediar y componer las diferencias que se ofrecieren cerca de sus officios..."¹⁵²

¹⁵⁰ Ibid., *Ords. de Gobierno de la N. C. de México* 1728, 195. Anderson, *Op. cit.*, I, apéndice, II, 436, 443-5.

¹⁵¹ Anderson, *Op. cit.*, I, apéndice II, 436, 442-5, 447.

¹⁵² Ibid., Valle Arizpe, *Op. cit.*, 477.

Tenían voz y voto en las deliberaciones. Lo más común era que se reunieran para tratar los asuntos graves que se presentasen al gremio, conflictos urgentes, problemas, que no faltaron en la vida gremial. En otras palabras, que se reuniesen para casos extraordinarios en asambleas también de ese tipo, o "pelicanos", como vulgarmente se les designaba. Era frecuente también, que la mesa trabajara sola, un día determinado de cada mes, llamándose a sus resoluciones: "*acuerdos*" o "*acuerdos de la mesa*" que tenían carácter de ejecutivos.¹⁵³

Así pues, el gremio para tratar o aconsejarse en los asuntos de mayor trascendencia lo hacía por los apoderados —gente de derecho generalmente—, y por los *ancianos*. Hay que advertir que los *ancianos* no eran la autoridad suprema de los gremios; sino simplemente cuerpo consultivo que asesoraban, pero que además, tenían sus decisiones carácter de obligatoriedad, y en este caso, sí se puede decir que ejercían influjo y poder en la vida corporativa.

En el ambiente gremial, siempre se oyó la voz de la experiencia y de la habilidad; de ahí que se oyera el consejo de los *ancianos* como la más autorizada, la de mayor experiencia.

En contadas ocasiones mencionan las *Ordenanzas* a esta junta; otra clase de documentación que se cita, nos apuntan los datos que quedan señalados. No sabemos si se hacía una selección de *ancianos* o se elegían para formar la junta consultiva. Porque es evidente, que en gremios numerosos hubiese un número crecido de *ancianos*. ¿Intervenían todos los *ancianos* existentes en un gremio en la junta o *mesa*? ¿Cuál era el mínimo de edad que se establecía para considerarlos como tales? Son preguntas de muy difícil contestación. Por la razón expuesta, quedan estas cuestiones sin su conocimiento, laguna como tantas otras dentro de la vida corporativa colonial.

IX. LA MUJER

1. Situación.

No se registran en la legislación de Indias, ni en las *Ordenanzas* gremiales, ni en mandamientos afines, preceptos específicos que regulen de una manera amplia y sistematizada la capacidad jurídica de la mujer dentro de la órbita del derecho de obligaciones.

¹⁵³ Este libro es y pertenece a la hermandad de nuestro Patrón, etc. *Op. cit.*, 2° Libro Becerro en que se asientan todos los Cabildos, etc. *Op. cit.* En ambos libros MSs. que se hallan sin foliar, se encuentran numerosos testimonios de este tipo de asambleas. *Vid.*, mi artículo: "La Mesa Directiva del Gremio de la Platería de la Ciudad de México, (1521-1861)", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, III (México, 1947-1948), 157-173.

Hay algunas normas reguladoras del contrato de arrendamiento o prestación de servicios y encaminadas a proteger a las mujeres de raza indígena en otras instituciones, y que caen como es fácil comprender, fuera del campo de este estudio.

El orden jurídico familiar absorbía la personalidad de la mujer, que solamente en excepcionales circunstancias podía destacar su individualidad con una plena y consciente soberanía de su persona y de sus actos. A este respecto dice José María Ots:

"Vivía la mujer soltera sometida siempre a la autoridad paternal o a una tutela desempeñada por el mayor de sus hermanos varones o por el más próximo de sus otros parientes. El matrimonio, única causa de emancipación familiar, la libertaba de estas estrechas redes, pero la hacía caer dentro de la órbita de un nuevo poder tan acusado como el primero.

Sólo el estado de viudez permitía a la mujer gozar de su plena capacidad civil..."¹⁵⁴

Pero al lado de la doctrina jurídica imperante en este orden de cosas, como en otros muchísimo aspectos de la institución gremial, así como en todas las otras instituciones vigentes y que no es posible señalar a cada paso, se registran en nuestros repositorios documentales, numerosos testimonios que permiten afirmar que el hecho no correspondía siempre al derecho. Aquí como en otras esferas de la vida jurídica, las aspiraciones de las minorías gobernantes no lograron imponerse a la honda fuerza de los intereses creados ni vencer las apremiantes exigencias de la realidad social mexicana.¹⁵⁵

En efecto, las necesidades impuestas por la manufactura y la venta de los productos fueron incentivos para emplear mujeres blancas y de color, y mestizas en las tareas gremiales. Por eso vemos tanto a las casadas, a las que pertenecían a alguna orden religiosa, como a las solteras que estaban sujetas a la patria potestad, paternal o marital o del pariente más cercano, celebrar contratos de trabajo y ejercer un oficio, profesión, arte, industria o comercio lícitos.

La mujer casada de la clase obrera siempre trabajó, aun sin la autorización expresa de su marido, en gremios y oficios en que se lo permitieran sus fuerzas físicas y su natural condición, para satisfacer sus necesidades.

¹⁵⁴ José María Ots, *Bosquejo histórico sobre los derechos de la mujer en la legislación de Indias*. (Madrid, 1920), 131-137. *Ibid.*, *Instituciones sociales de la América Española*, (La Plata, 1934), 210-14. Silvio Zavala y María Castelo, *Fuentes para la Historia del Trabajo en la Nueva España*, (8 vols., México, 1939-1946), la obra contiene numerosas referencias sobre este aspecto del trabajo en los servicios libres, pero, no se refiere al trabajo corporativo gremial y esto hay que tenerlo muy presente. Constantino Bayle, G. I., *España en Indias*, (Madrid, 1944), 258-9.

¹⁵⁵ Ots, *Op. cit.*, 215.

Sebastián Rodríguez, Pedro Manguer, Fernando Chorro,
 José María Rosallega, Andrés Berrío, José María Susman,
 Manuel Benítez, Adolfo Limeres,
 Eduardo Calderón, Manuel Benítez,
 José María Martínez, Joaquín Pérez de Villa,
 Joaquín Espinoza, Fernando Samano,
 Antonio Recaney y Camacho, José de Barrios,
 Miguel María Montero, Alejandro Cárdenas,
 Francisco del Castillo, José Falcón, Cristóbal Moradón,
 Joaquín de Villa, Pedro Sánchez Bruna,
 Manuel Ellos Ríos, Juan de la Cruz,
 Nicolás de Céspedes, Juan de la Cruz.

Rúbricas de plateros famosos de los siglos
 XVII a XIX.

La mujer casada dentro del gremio —en la vida real—, estaba equiparada al hombre, suprimiendo hasta cierto punto, la potestad marital o paternal.

2. Su participación en el gremio.

Dentro del gremio en consecuencia, podían trabajar en dos casos distintos: a) en los oficios compuestos exclusivamente de mujeres tales como: hiladoras de seda, tejedoras de seda, lana, lino y algodón; confiteras, dulceras y cocineras; azotadoras de sombreros, agujeteras y clavadoras de cintas, zurradoras, cereras y otros oficios similares;¹⁵⁶ b) en oficios en que trabajaban mujeres y hombres juntos, como: fabricación de tabacos, confitería, dulcería, bordados, cortes de zapatos, zapatillas y chapines, cerámica, impresiones y encuadernaciones, etc., y, además, en oficios que, aunque propiamente hablando, no eran oficios gremiales caían bajo la jurisdicción de la *Fiel Ejecutoria, Mesa de Propios, Juez de Gremios*, como eran: las cajoneras de fierro y ropas, y de otras cosas que existían en la Plaza Mayor y en el Parián.¹⁵⁷

Había religiosas que trabajaban en sus conventos y que estaban sujetas a las *Ordenanzas*:

“...y por que hay muchas pobres viudas y religiosas que hilan la dicha plata y oro en paños para sustentarse siendo conforme a ordenanza”.¹⁵⁸

La cónyuge supérstite de maestro examinado, podía pues, seguir manteniendo el taller, obrador o tienda de su marido, con ciertas restricciones, tales: como tenerla por determinado lapso de tiempo, tener hijos que sucedieran el oficio del padre difunto.¹⁵⁹

“Que las mujeres de los maestros examinados puedan vssar de los Tornos vn año después de su muerte para que veneficien las sedas que dexó su marido guardando las Ordenanzas”.¹⁶⁰

¹⁵⁶ *Ibid.*, 206. Ricardo Levene, *Introducción a la Historia del Derecho Indiano*, (Buenos Aires, 1924), 14-30 et seq.

¹⁵⁷ Estrada, 48-9, 99, 121, 127, 166-7. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 2, f. 78; exp. 3, fs. 83-4; v. 282, leg. 2, exp. 16, fs. 46, 61-4; exp. 31, fs. 56-8; v. 383, exp. 3, leg. 3; f. 26. *Panaderías y Pulperías*, v. 3452, leg. 1, exp. 14. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 9, f. 68; v. XXII, exp. 19, fs. 10, 64-5.

¹⁵⁸ José Gálvez, *Informe General que en virtud de Real Orden instruyó y entregó el Excmo. Sr...., siendo visitador General de este Reyno el Excmo. Sr. Virrey Fray Don Antonio Bucareli y Ursúa, con fecha de 31 de diciembre de 1771*, (México, 1867), 39. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 831, leg. 1, exp. 3, fs. 83-4; v. 383, leg. 3, exp. 21, fs. 51-2.

¹⁵⁹ Estrada, *Ords. de Tiradores de Oro y Plata 1669*, 141. Valle Arizpe, *Op. cit.*, 149, 177.

¹⁶⁰ Estrada, 39. *Vid.*, 46, 80, 96, 136, 140-1, 153, 155, 160. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 832, leg. 2, exp. 10, fs. 48, 51. *Cédulas y Reales Ordenes*, v. 2979, leg. 2, exp. 213.

“...Que la viuda del maestro examinado teniendo hijos, mientras no se casare la viuda se le permita tener tienda, con tal que el hijo se examine dentro de quatro años...”¹⁶¹

Si contraía matrimonio perdía el derecho de tener tienda, salvo si el nuevo marido era maestro examinado en el oficio.¹⁶² Asimismo, si se casaba con extranjero podía tener tienda, como ya quedó asentado.

Así pues, toda clase de mujeres, tanto españolas como indias, mestizas y de otras castas, y de cualquier estado, podían trabajar dentro de los gremios. Ahora bien, por analogía, podemos decir que, las prescripciones o prohibiciones impuestas a los indios y a las castas y que señalaremos en la parte relativa, eran impuestas también a este sexo, si eran de aquellas clase sociales. Aun cuando sobre el particular no puedo por ahora dar una respuesta documentada, puede uno preguntarse: ¿En qué condiciones trabajaban? ¿Si tenían ciertos derechos o facilidades antes o después del parto? ¿Si se les permitía lactar a sus hijos en el taller? Puntos interesantes sobre los que hay ahora gran oscuridad. Como decía, la mujer en términos generales, se equiparaba al hombre en el trabajo, por lo cual es presumible que las mismas disposiciones que regulaban a aquellos, se aplicasen a las mujeres. Pero en normas aplicables sólo a ellas, es creíble se rigiesen más por la tradición y la costumbre que por la ley.

Sobre la reserva de la doble excepción que menciono arriba, el acceso a la maestría, prácticamente estaba cerrado a las mujeres, que por otra parte, sí se empleaban permanentemente como aprendices y oficiales.

Solamente he encontrado en mis investigaciones un caso de maestría otorgado al bello sexo: el de doña María Francisca Villaseñor, vecina de Orizaba, que presentó su examen “...con el mayor lucimiento y destreza...” Fueron sus sinodales: “Dn. Felipe de Jesús Silva y Dn. Antonio Acuña, como veedores del gremio”.¹⁶³

La mujer artesana se veía impedida por la costumbre, el sistema de educación imperante y otras causas, para poder ejecutar ciertos trabajos y oficios. De manera que, a fines del siglo XVIII, se dictaron varias Reales Cédulas tendiendo a favorecer a la mujer en el trabajo. Se ordenó que no se impidiese a las mujeres ni a las niñas aprender labores propias de su sexo;¹⁶⁴ se les permitió tener tiendas abiertas y

¹⁶¹ Estrada, *Ords. de Aprentadores 1605*, 80.

¹⁶² *Ibid.*, *Loc. cit.*

¹⁶³ *Gazetas de México*, (México, 1804-1805), Martes 26 de febrero de 1805, XII, 248.

¹⁶⁴ Estrada, 136, 140, 153, 155, 160. AAMéx., *Artisanos Gremios*, v. 381, leg. 1, exp. 3, fs. 11, 84; v. 383, leg. 3, exp. 130-3. *Vid. supra.*, Cap. I, Nota 16.

talleres tratándose de viudas, y aunque no fuesen del oficio a que pertenecía el primer marido, sino de cualquiera otro; innovación que venía a modificar las normas establecidas por los gremios en sus *Ordenanzas*;¹⁶⁵ y por último, que tuviesen libertad general para trabajar en todas las artes y manufacturas compatibles con el decoro y fuerzas de su sexo y que pudiesen vender libremente sus manufacturas:

"...para lograr alguna ganancia que pudiera servir de dote para sus matrimonios y a otras un auxilio para mantener sus casas y obligaciones..."¹⁶⁶

Todas estas disposiciones, puedo asentar, vinieron a ratificar lo establecido por la costumbre muchos años atrás.¹⁶⁷ En realidad la mujer no podía destacar y desarrollar su individualidad con plena y consciente soberanía de sus actos y de su persona en el ambiente gremial, en la vida artesana.

¹⁶⁵ AAMéx., Barrio Lorenzot, *Cedulario*, v. 451, fs. 171-171v.

¹⁶⁶ *Ibid.*, v. 451, fs. 169-170.

¹⁶⁷ *Ibid.*, *Loc. cit.*, *Cédulas y Reales Ordenes*, v. 2979, leg. 3, exp. 233. AGN., *Industria y Comercio*, v. XVIII, exp. 10, f. 180.